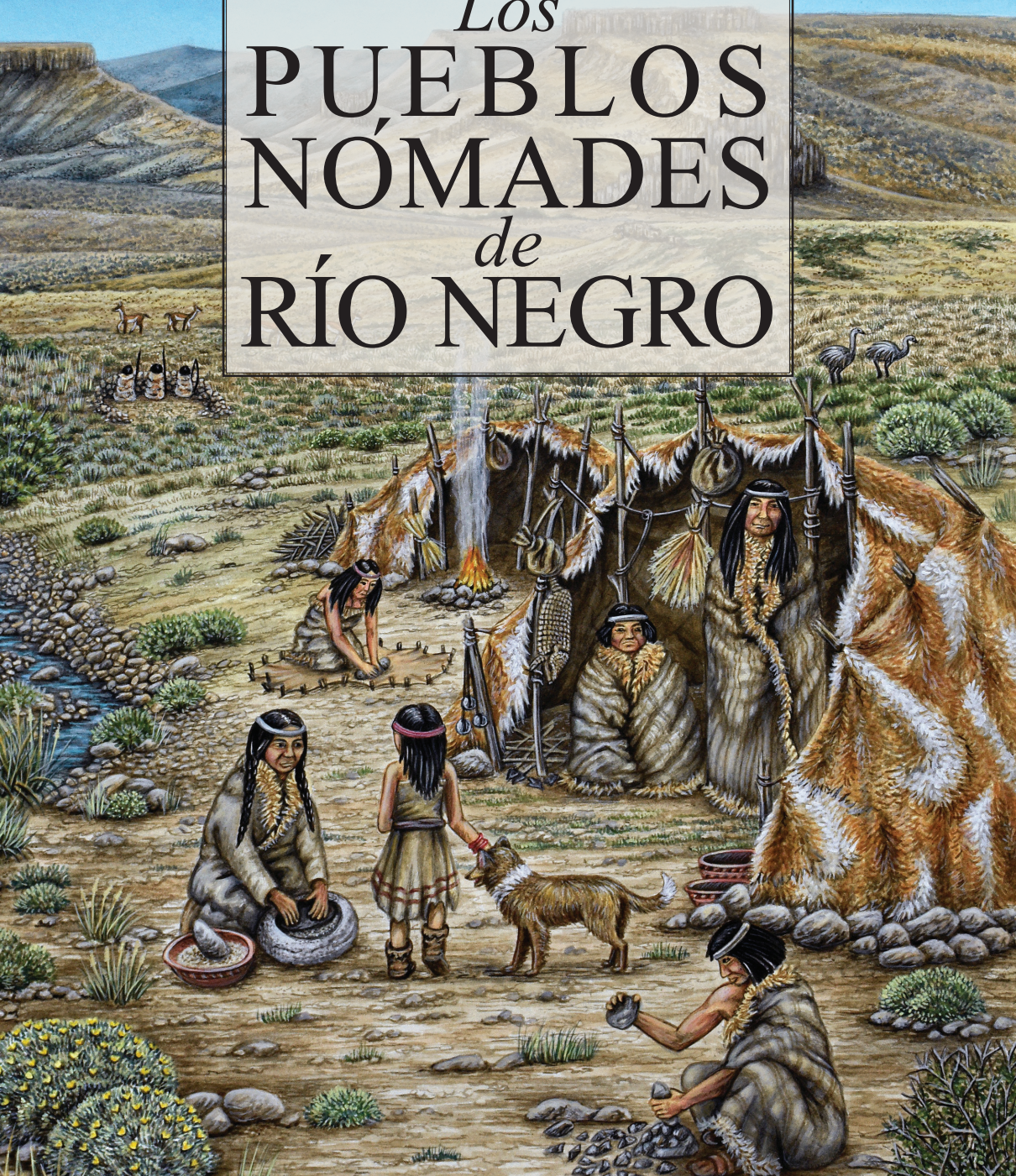


Editores: Emiliano Mange, Alejandro Serna y Lucio González Venanzi

Los PUEBLOS NÓMADES de RÍO NEGRO



Los
PUEBLOS
NÓMADES
de
RÍO NEGRO

AUSPICIADO POR:

'umai
Universidad
Maimónides

Editores:

Emiliano Mange, Alejandro Serna y Lucio González Venanzi

Los
PUEBLOS
NÓMADES
de
RÍO NEGRO

 VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Ilustración de tapa: Elisabeth Pepe Steger

Diseño: Fernando Vázquez Mazzini

Diagramación: Lorena Blanco

Fundación de Historia Natural Félix de Azara

Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas

Universidad Maimónides

Hidalgo 775 - 7° piso (1405BDB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Teléfonos: 011-4905-1100 (int. 1228)

E-mail: secretaria@fundacionazara.org.ar

Página web: www.fundacionazara.org.ar

Las opiniones vertidas en el presente libro son exclusiva responsabilidad de su autor y no reflejan opiniones institucionales de los editores o auspiciantes.

Reservados los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia, CD Rom, Internet o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Primera Edición: 2023. Se terminó de imprimir en el mes de julio 2023, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

VAZQUEZ MAZZINI EDITORES

info@vmeditores.com.ar

www.vmeditores.com.ar

Mange, Emiliano

Los pueblos nómades de Río Negro / Emiliano Mange ; Alejandro Serna ; Lucio González Venanzi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8989-26-6

1. Río Negro. 2. Arqueología. I. Serna, Alejandro. II. González Venanzi, Lucio. III. Título.

CDD 930.1

Índice

Introducción	7
1. Arqueología: una ventana hacia al pasado	17
Por Maitén Di Lorenzo, Victoria Romano y Lucio González Venanzi	
2. Los primeros habitantes del territorio	25
Por Luciano Prates, Adam Hajduk y Laura L. Miotti	
3. La larga transición del Holoceno medio	39
Por Luciano Prates	
4. La ocupación humana de la precordillera y el área andino lacustre	49
Por Federico L. Scartascini, Marcia Bianchi Vilelli, Maximiliano J. Lezcano, Fernando E. Vargas y Solange Fernández Do Rio	
5. Los cazadores-recolectores y el mar	65
Por Florencia Borella y Cristián M. Favier Dubois	
6. La ocupación de los grandes valles extra-andinos	77
Por Luciano Prates y Emiliano Mange	
7. Ocupaciones prehispánicas en las zonas áridas del centro y sur de Río Negro	93
Por Emiliano Mange, Alejandro Serna, Laura L. Miotti, Jorgelina Vargas Gariglio, Marien Béguelin y Luciano Prates	
8. Arqueología funeraria	109
Por Alejandro Serna	
9. Arqueología y patrimonio	125
Por Daniela Saghessi y Adolfo Eliges	

Introducción

Más de 80.000 años pasaron desde que los primeros seres humanos modernos salieron de África hasta que pisaron por primera vez el territorio actual de Río Negro hace algo más de 13.000 años. Probablemente sólo fueron unas pocas familias, tal vez algo más audaces, pero con seguridad descendientes de varias generaciones de gente que, como ellos, enfrentó el desafío de avanzar sobre un territorio desconocido y nunca antes transitado por nuestra especie. A partir de ese momento nada volvería a ser como antes. Poco a poco fueron conociendo, dando significado e integrando a su propia vida cada rasgo del nuevo paisaje; ocupando progresivamente y adaptándose a una gran diversidad de ambientes, desde los bosques andinos de la región cordillerana hasta las áridas costas del océano Atlántico. Todo este proceso fue complejo y dinámico desde el punto de vista social y se desarrolló en un escenario en el que las condiciones climáticas y ambientales también sufrieron modificaciones de distinta intensidad. Con el correr de los milenios los descendientes de aquellos primeros pobladores enfrentaron, como todas las sociedades, períodos de estabilidad y de crisis que los fueron modelando. Ninguno de estos cambios tuvo la magnitud y violencia que el ocurrido durante los últimos siglos, a partir de la ocupación española iniciada en el siglo XVI, que puso fin a los más de 10.000 años de trayectoria de un modo de vida. A partir del período colonial, y sobre todo durante la consolidación del Estado nacional en la segunda mitad del siglo XIX, se aplicó en todo Río Negro y en la mayor parte del territorio actual de Argentina, una agresiva política contra las sociedades autóctonas que ocuparon el área durante milenios y la eliminación de sus modos tradicionales de vida.

¿QUIÉNES HABITABAN NORPATAGONIA AL MOMENTO DE CONTACTO HISPANO-INDÍGENA?

Al momento del contacto hispano-indígena las poblaciones establecidas en la mayor parte de Pampa-Patagonia eran cazadoras-recolectoras. Este concepto¹ utilizado en antropología define de modo general a un tipo de sociedad cuya subsistencia se basa principalmente en la caza de animales y la recolección de vegetales, y que no practica la agricultura ni la ganadería de manera habitual. En algunos casos también pescan y recolectan moluscos e, incluso, practican algún tipo de horticultura a pequeña escala, aunque los productos cultivados no tienen impacto significativo en la alimentación. El único animal doméstico que generalmente estas sociedades tienen es el perro. En la mayoría de los casos se trata de sociedades sin jerarquías ni estructuras de autoridad centralizada, que se organizan en pequeños grupos de pocas decenas de individuos, vinculados por lazos de parentesco. Las jerarquías o el prestigio son personales, no son heredables ni implican acceso desigual a los bienes ni a los recursos. Salvando algunas excepciones, se desplazan por el territorio de acuerdo a una estrategia de “movilidad residencial”, que implica el cambio de residencia muy frecuentemente como parte de un complejo sistema de creencias y de explotación de ambientes y recursos diferentes. Aunque numerosas sociedades han conservado hasta la actualidad parte de sus patrones tradicionales de vida “cazador-recolector” (Figura 1), estos se hallan en franca retracción como producto de la presión ejercida por la sociedad occidental. En América del Sur, la mayoría habita los sectores de selva tropical (en Brasil, Bolivia, Perú, Venezuela y Colombia) y, en menor medida, el Chaco paraguayo y argentino. En el caso puntual de la Patagonia, como fueron diezmados y no dejaron ningún tipo de documento escrito sobre sus formas tradicionales de vida, toda la información sobre ellas nos llega a través de algunos testimonios puntuales de descendientes y de las observaciones efectuadas por los numerosos cronistas, viajeros y naturalistas que recorrieron la Patagonia, sobre todo durante los siglos XVIII y XIX. Sobre la base del análisis minucioso y crítico de este y otros tipos de información escrita y oral, investigadores de reconocida trayectoria como Rodolfo Casamiquela y Lidia Nacuzzi (entre otros), sintetizaron y explicaron los principales aspectos de la vida de estos grupos.

1 El uso del término “cazadores-recolectores” podría ser cuestionado, por ejemplo, porque implica utilizar un criterio exclusivamente económico para definir a un tipo de sociedad (en este caso las actividades realizadas para obtener los alimentos), cuando podrían utilizarse muchos otros criterios. También podría decirse que hay sociedades que practican la caza y la recolección pero no son nómades, o no son igualitarias, o practican también la agricultura. Sin perder de vista estas limitaciones, creemos que el término es operativo para ordenar la diversidad de las sociedades que intentamos describir.



Figura 1. Cazador Awá, Amazonas de Brasil (fotografía gentileza de Rodrigo Antrizani).

Los pueblos nómades de Río Negro

El establecimiento de un complejo sistema social de fronteras en Norpatagonia a partir del siglo XVIII, y el rápido cambio en el funcionamiento de las sociedades indígenas que fueron readaptándose a la situación colonial, desdibujaron en poco tiempo la organización social de los cazadores-recolectores prehispánicos. Probablemente esto acentuó las dificultades de los etnógrafos e historiadores para definir los diferentes grupos existentes en el área al momento de la colonia y en los siglos subsiguientes. Federico Escalada, por ejemplo, propuso en 1949 que en la mayor parte de Pampa y Patagonia se encontraban los tehuelches, descendientes de grupos de cazadores que explotaban una gama amplia de recursos animales y vegetales. Según él, como producto del avance en el continente de otras poblaciones cazadoras, habrían sido arrinconados en la Patagonia donde, por el aislamiento, se habían dividido en distintos grupos: *guéneña-kéne* (en el norte) y *aóni-kenk* (en el sur). Señaló también que más hacia el norte se encontrarían los mapuches y hacia el oeste los pehuenches (chehuache-kénk). Luego Casamiquela, el referente principal de los estudios etnológicos en Pampa y Patagonia, también presentó su esquema étnico para el área². Según Lidia Nacuzzi³ el modelo de Casamiquela presenta algunos puntos de coincidencia con las ideas de Escalada en cuanto a la existencia de un “complejo tehuelche” desde la región pampeana hasta el sur de la Patagonia. Casamiquela diferencia a los tehuelches septentrionales boreales (al norte de la cuenca Limay-Negro), a los tehuelches septentrionales meridionales (entre las cuencas del Limay-Negro y del Chubut) y a los pehuenches manzaneros (en el noroeste de Norpatagonia, actualmente provincia de Neuquén). Este autor define como *tehuelchización de las pampas* a la expansión de grupos tehuelches hacia ámbitos pampeanos entre los siglos XVII y XVIII. También señala que, con posterioridad a este proceso y durante la *araucanización de las pampas* -el avance de grupos mapuche sobre territorio pampeano-, se habría producido una nueva retracción de los tehuelches hacia el sur. A partir de ella, los tehuelches septentrionales “boreales” se habrían replegado desde la región pampeana al territorio de la actual provincia de Río Negro.

A diferencia de Escalada y Casamiquela -y de otros investigadores como Harrington y Vignati, quienes también propusieron esquemas similares para explicar el panorama cultural en el norte de la Patagonia-, Nacuzzi se opone a la idea de la presencia en el área de grupos étnicos claramente diferenciados. Esta autora rechaza las categorías étnicas definidas por los autores anteriores (te-

2 Casamiquela R. M. 1985. Bosquejo de una etnología de la provincia de Río Negro. Fundación Ameghino, Viedma.

3 Nacuzzi L. R. 1998. Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia. Colección tesis doctorales, Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

huelches del norte, tehuelches del sur, pehuenches, etc.) sosteniendo que surgen de clasificaciones creadas por los observadores europeos (los viajeros, naturalistas y misioneros que se adentraron en la Patagonia) en su afán de ordenar la complejidad cultural que encontraron en la región. En otras palabras, considera que constituyen “*identidades impuestas*” que no tienen un correlato real, y que la vida de estos pueblos se organizaba a una escala social menor, es decir, en los pequeños grupos constituidos por el cacique, su grupo y su territorio.

LO QUE DICEN LOS CRONISTAS SOBRE EL MODO DE VIDA DE LOS INDÍGENAS POST-HISPÁNICOS

Más allá de las diferencias en los planteos de los distintos autores, la imagen general que se tiene de los pueblos indígenas de Río Negro al momento de la llegada de los primeros europeos es compatible con la de cazadores-recolectores móviles. Con excepción de los puelches del Nahuel Huapi, posibles cazadores-recolectores-pescadores de los ambientes lacustres del sector cordillerano, estos grupos habrían organizado su subsistencia, sistema de asentamiento y movilidad sobre la base de la caza de animales y la recolección de vegetales. En general vivían en grupos constituidos por unas pocas familias que se desplazaban grandes distancias (hasta cientos de kilómetros en pocas semanas) siguiendo itinerarios organizados sobre la base de un profundo conocimiento del territorio y sus recursos. El número de integrantes de las bandas y la frecuencia de sus desplazamientos variaba según la época del año y la disposición, disponibilidad y el plan de explotación de los recursos. Había épocas del año en las cuales la conformación de grupos más numerosos era favorable, por ejemplo, para la organización de cacerías comunales de guanacos. En otras, cuando lo más apropiado era aprovechar recursos más diversos y dispersos en el espacio, las bandas se disgregaban en grupos más pequeños. El paisaje natural era concebido y utilizado a partir de un complejo sistema social, económico y simbólico.

La base de la economía de estos pueblos eran varias especies de animales cuya carne y productos secundarios eran empleados para la alimentación, para construir viviendas, para confeccionar vestimentas y para fabricar instrumentos, adornos y pinturas. El principal recurso para la mayoría de los grupos de la región fue el guanaco, que no sólo se cazaba por su carne, sino también por el cuero, la grasa, los tendones, las vísceras, la sangre y los huesos. La carne se consumía fresca o disecada (charqui). El cuero se empleaba para fabricar cobertores de toldos, calzados, mantas, bolsos para transportar flechas (carcaj), tientos y correas. La grasa se consumía como alimento y también se utilizaba usualmente para fabricar cremas y mezclar con colorantes. Los tendones, ve-

Los pueblos nómades de Río Negro

nas e intestinos se empleaban para fabricar distintos tipos de cordelería; desde sogas para atar e hilos para coser hasta cuerdas para los arcos de flechas. Otro animal sistemáticamente aprovechado por los pueblos indígenas fue el ñandú, tanto la especie pequeña –choique o ñandú petizo (*Rhea pennata*)- como la grande –ñandú grande o moro (*Rhea americana*)-. Como en el caso del guanaco, cuando se cazaba un ñandú nada se desaprovechaba. La carne era una de las preferidas para su consumo fresco (asado) y los huevos constituían un complemento alimenticio importante durante los meses de anidación. La grasa era también muy apreciada y cuando abundaba se la almacenaba para épocas de escasez de carne gorda; también se la guardaba para consumir con charqui. También eran muy preciados los tendones de las patas del ñandú -por su longitud y resistencia- para la fabricación de cuerdas e hilos; en general se los secaba y luego se los masticaba hasta separarlos en delgadas fibras a fin de manipularlos con mayor facilidad y fabricar cuerdas de distinto grosor. La delgadez, resistencia e impermeabilidad de la piel la convertían en un material apropiado para fabricar contenedores de alimentos y líquido. Muchas veces también se utilizaba el tuétano de los huesos (la médula) para fabricar cremas para el rostro. Las plumas se utilizaban como ornamento y como bien de intercambio con la sociedad hispano-criolla.

El guanaco y el ñandú eran los principales animales explotados, pero no los únicos. Aprovechaban además armadillos (peludo y piche), principalmente por su carne, su grasa -que era considerada muy fina- y, secundariamente, para el empleo del caparazón como contenedor. Además, cazaban zorros y zorrinos -sobre todo por sus cueros-, aves medianas y pequeñas (martinetas, perdices, patos, avutardas, etc.). Solían utilizar también las conchas de los moluscos como contenedores y como materia prima para la confección de adornos. Sobre otros animales, aunque estaban disponibles fácilmente para su captura, no se conocen registros de cronistas sobre su aprovechamiento. Entre ellos deben mencionarse, en primer lugar, el venado de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*), abundante en el río Negro hasta el siglo XIX; probablemente en este caso la falta de información se deba a que esta especie entró rápidamente en proceso de extinción en Norpatagonia a partir de la ocupación hispano-criolla. Sin embargo, los estudios realizados en las últimas décadas han identificado sus restos óseos en los sitios arqueológicos. También debe mencionarse al pecarí, aunque está en debate si efectivamente ocupaba el norte de Río Negro (véase por ejemplo Casamiquela⁴); en este caso, no se ha determinado su presencia

4 Casamiquela R. M. 1975. Nota sobre la dispersión, en época histórica, de algunos mamíferos en el ámbito pampeano-patagónico. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 9: 111-117.

en sitios arqueológicos. Tampoco se menciona en las crónicas la captura de coipos, vizcachas, pinnípedos (por ejemplo lobos marinos), peces y moluscos marinos o de agua dulce.

Además de los animales, numerosos vegetales eran aprovechados con fines muy diversos. Para la alimentación se utilizaban órganos subterráneos almacenadores (raíces y tubérculos) de varias especies; se comían crudos, tostados o se molían para obtener harina. Las vainas de leguminosas del género *Prosopis* (algarrobo, caldén y alpataco) se molían para hacer harina (empleada para pan o bebidas fermentadas). También aprovechaban los frutos dulces de chañar y de piquillín y, en la región precordillerana y cordillerana, los “piñones” de araucaria. Era muy frecuente también el consumo crudo de bayas, hojas y tallos. Además del consumo alimenticio, fueron documentados muchos otros usos de los vegetales entre los pueblos indígenas del área. Además de la leña, para los fuegos se utilizaban algunos hongos y líquenes como yesca (material de rápida combustión empleado para iniciar el fuego), cañas colihue y ramas de sauce colorado para los astiles de las flechas, las resinas, como la del molle, eran usadas como pegamento para el enmangue de los cabezales líticos de las flechas, y también para masticar.

A la lista de animales y vegetales se pueden agregar también los minerales. En primer lugar, deben mencionarse los artefactos de piedra, materia prima principal para la confección de instrumentos de filo (por ejemplo cuchillos, raspadores, perforadores y puntas de arma), aunque la incorporación de metales y vidrio llevó al abandono rápido de las herramientas de piedra cuyo uso observaron muy poco los cronistas y naturalistas. Algo similar ocurrió con la cerámica, fabricada con arcilla y utilizada con recurrencia en tiempos prehispanicos pero reemplazada tempranamente por contenedores de materiales introducidos (sobre todo de metal). A las rocas pueden agregarse la sal -para consumo y elaboración de charqui-, los colorantes -para pintar el cuerpo, las prendas de vestir y para el arte rupestre-.

Como hemos resumido en las últimas páginas, la información aportada por los cronistas, naturalistas y viajeros que recorrieron el norte de Patagonia entre los siglos XVIII y XIX permite caracterizar de un modo general varios aspectos de la vida de los pueblos indígenas que la habitaron. Sin embargo, como también hemos señalado, todas las esferas de la vida de estas sociedades se vieron fuertemente impactadas desde los momentos iniciales de la colonización. La incorporación del ganado introducido (sobre todo caballos y vacas) y de otros bienes alimenticios y no alimenticios (hierro, trigo, azúcar y algunas bebidas alcohólicas) de origen europeo, había inducido significativos cambios en la economía, la movilidad y la organización social de los grupos.

Los pueblos nómades de Río Negro

Incluso, en este nuevo escenario se integraron entre sí pueblos que en tiempos anteriores probablemente se mantuvieron algo más diferenciados. El esquema de movilidad y asentamiento mutó en pocas décadas en un sistema con su eje principal en los bienes y enclaves coloniales. Los actuales territorios de Río Negro, sur de Buenos Aires y La Pampa formaban parte de un vasto espacio fronterizo con una dinámica social de intensas relaciones entre la sociedad hispano-criolla y los distintos pueblos indígenas. Este ámbito de interacciones complejas (comercio, intercambio de influencias culturales, convivencia y violencia), terminaría en la segunda mitad del siglo XIX, cuando los territorios fueron ocupados por la fuerza por el Estado argentino.

Teniendo en cuenta lo expuesto y que la historia de ocupación humana de Norpatagonia tiene una gran profundidad temporal, cabe preguntarse si las observaciones efectuadas por los cronistas constituyen una base sólida para caracterizar la diversidad de los modos de vida a lo largo de más de 10.000 años de historia. Por diversos motivos y aun reconociendo el inestimable valor científico de estas primeras observaciones la respuesta es “no”. Primero, porque la “forma colonial” de ver y explicar el mundo que tenían los cronistas, sólo les permitió percibir y comprender una pequeña parte de la complejidad de las sociedades aborígenes. En segundo lugar, y como fue señalado con anterioridad, la mayoría de las observaciones de los cronistas fue realizada cuando estos pueblos habían reorganizado y modificado profundamente todos los aspectos de su vida como resultado de la expansión del mundo hispano-criollo. Estos cambios no sólo fueron ocasionados por la incorporación de varios bienes hasta ese momento desconocidos, sino también por los efectos de la modificación radical de su sistema económico, organizado a partir de allí sobre una compleja red de comercio con la sociedad colonial. En tercer lugar, la permanente dinámica climática y ambiental y, sobre todo, de las trayectorias históricas que acompañan siempre al paso del tiempo, contribuyó a que las poblaciones humanas no perpetúen invariablemente sus formas de vida a lo largo del tiempo.

Si la información proporcionada por la observación de los cronistas no constituye un medio apropiado ni suficiente para construir la historia de los seres humanos en Patagonia ¿cómo hacer para conocer la dinámica y variabilidad de las sociedades en un tiempo tan prolongado y lejano? ¿Cómo imaginar la vida de quienes no dejaron escritas las visiones, impresiones y reflexiones sobre sí mismos? Como quien reconstruye sobre ruinas, el único camino posible para explorar este pasado, en apariencia inaccesible, es a través de los escasos indicios de aquellos pueblos reconocibles en la actualidad. Es decir, a través del estudio de cualquier producto -intencional o fortuito- de sus activi-

dades (por ejemplo restos de comida y basura doméstica, restos de viviendas, instrumentos, adornos, expresiones artísticas y huellas) que, a diferencia de las personas, sus ideas y sus acciones, han sobrevivido a través del tiempo. La reconstrucción de los modos de vida de los pueblos del pasado a partir de una pequeña fracción de sus restos materiales define el rol principal de la arqueología. Como toda disciplina científica la arqueología ha ido construyendo desde sus orígenes un acervo teórico y metodológico cada vez más complejo que le ha permitido reflexionar cada vez más sobre nuestro pasado.

En este libro intentaremos recorrer de una manera accesible y completa la historia de las ocupaciones humanas en el territorio actual de la provincia de Río Negro, desde el poblamiento temprano hace más de 10.000 años hasta el contacto hispano-indígena. La información será organizada según un criterio cronológico y geográfico. En el primer capítulo, y con el objetivo de definir algunos conceptos generales importantes para los lectores, se define el campo de la arqueología y su relación con otras disciplinas afines. En los dos siguientes capítulos se discute sobre el problema de poblamiento inicial del territorio y el contexto social y paleo-ambiental a nivel continental en que se produjo (entre 15.000-8.000 años atrás) (Capítulo 2), y sobre las ocupaciones durante el Holoceno medio (8.000 y 4.000 años AP), sobre las cuales la información arqueológica es escasa (Capítulo 3). En los cuatro capítulos siguientes se ofrece una imagen de la variabilidad y complejidad social durante los últimos milenios. A fin de ordenar toda esa información, en cada uno de ellos se presenta por separado lo ocurrido en los principales ambientes del territorio actual de Río Negro: precordillera y área andino-lacustre (Capítulo 4); litoral atlántico (Capítulo 5); grandes valles extra-andinos (Capítulo 6) y bajos y mesetas interiores (Capítulo 7). El octavo está destinado al tratamiento de todo lo vinculado a la arqueología funeraria, no solo lo referido al potencial informativo de los esqueletos humanos sino a las implicancias que tiene el manejo de este tipo de materiales para las comunidades actuales de pueblos originarios. En el último capítulo se presentan los aspectos principales vinculados con el patrimonio arqueológico, su importancia para la generación de conocimiento sobre las sociedades prehispánicas y para la construcción de la identidad de la sociedad actual, y los desafíos futuros de los estudios sobre el pasado.

1

Arqueología: una ventana hacia al pasado

Maitén Di Lorenzo, Victoria Romano y Lucio González Venanzi

¿Cuándo y dónde aparecieron los seres humanos? ¿Cuándo y cómo poblaron América? ¿Cómo eran las poblaciones que habitaban el continente antes de la llegada de los europeos? ¿Cómo se relacionaban con el medio ambiente y cómo se adaptaron a él? ¿Cómo era su organización social, política y religiosa? Estos y otros interrogantes son los que busca responder la arqueología, cuyo objetivo principal es (re)construir la vida de las sociedades del pasado mediante el estudio de los restos materiales dejados por ellas o de cualquier otra evidencia que sugiera la actividad humana en la antigüedad.

La arqueología es una ciencia social, y es una de las tres disciplinas de la antropología, junto con la antropología biológica y la antropología socio-cultural. Tiene la particularidad de estudiar sociedades que ya no existen y, por este interés por el pasado, suele ser asociada y confundida con otras ciencias: la historia y la paleontología. Con la primera comparte el estudio de los seres humanos del pasado, pero difieren en que la historia estudia sociedades con escritura y construye ese conocimiento valiéndose de documentos escritos. Con la paleontología tienen diferente objeto de estudio, ya que a ésta le interesa la

Los pueblos nómades de Río Negro

vida y evolución de especies ya extinguidas (incluyendo la evolución biológica de los seres humanos y de otros homínidos), pero comparte con ella la excavación de materiales enterrados y la reconstrucción del pasado a partir de ellos.

Entre estas tres disciplinas existen también diferencias en cuanto a la temporalidad que les interesa. La paleontología maneja una escala temporal de hasta cientos de millones de años (desde el origen de la vida, hace aproximadamente 4500 millones de años), la arqueología de hasta cientos de miles de años (desde el origen de la humanidad) y la historia de unos pocos miles de años (principalmente desde la invención de la escritura). Podríamos decir entonces que la arqueología se encarga del 99% de la historia del pasado humano, desde que nuestros antepasados crearon las primeras herramientas de piedra hace más de dos millones de años, y la historia se ocupa de los últimos milenios. Dado que ambas disciplinas comparten el objeto de estudio, ocasionalmente trabajan en conjunto, con enfoques propios que enriquecen los resultados de las investigaciones.

LAS DISTINTAS CLASES DE EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS

El conjunto de evidencias con las que trabaja la arqueología y que constituye la base para la (re)construcción del conocimiento sobre el pasado, se denomina “registro arqueológico”, y los lugares principales donde se encuentra ese registro se denominan “sitios arqueológicos”. Se llama “localidad arqueológica” a un conjunto de sitios cercanos. En términos generales, el registro está integrado por dos componentes: las evidencias materiales originadas como resultado de actividades humanas y el “contexto” de hallazgo de cada resto. La evidencia arqueológica está conformada por objetos y restos que fueron creados, utilizados y/o acumulados por las personas en el pasado (Figura 2), tales como artefactos o instrumentos (por ejemplo ollas de cerámica, herramientas de piedra, de hueso o de madera), restos de alimentos (por ejemplo, huesos de animales, conchillas de moluscos y restos vegetales), construcciones de piedra (por ejemplo, viviendas y estructuras de caza), representaciones artísticas/simbólicas (por ejemplo pinturas rupestres y grabados, adornos corporales) y sepulturas (restos óseos humanos, estructuras de entierro, etc.). Por otro lado, el contexto es la ubicación de los materiales y las relaciones espaciales con otros objetos.



Figura 2. Evidencia arqueológica: instrumentos líticos manufacturados por talla.

El contexto arqueológico incluye las características del entorno inmediato que los contiene (tipo de sedimento, presencia de raíces, cuevas de animales, etc.) y también la posición, orientación y asociación espacial de los hallazgos entre sí. Es precisamente este contexto el que le otorga el verdadero poder explicativo a los restos arqueológicos, ya que dependiendo de éste, las interpretaciones del pasado pueden ser muy diferentes. Así, por ejemplo, si encontramos en un sitio arqueológico un conjunto de restos de animales asociados a instrumentos de piedra, cenizas y carbones, podemos pensar que fueron consumidos como alimentos por las personas que habitaron el lugar. Pero si encontramos esos mismos restos enterrados junto a esqueletos humanos podría plantearse que fueron una ofrenda o parte de un ritual funerario. Muchas de estas asociaciones de artefactos son producto de actividades y comportamientos de las personas en la antigüedad, pero no son equivalentes directos de observar el pasado sino que constituyen una mínima parte de los escenarios sociales en los que fueron producidos o acumulados. El desafío de la arqueología es, entonces, (re)construir y completar la escena ocurrida en el pasado a partir de un registro arqueológico que se observa y estudia en el presente, y que además es parcial y fragmentario.

El registro arqueológico tal cual es encontrado no solo es el producto de las actividades humanas del pasado, sino también de los procesos de formación del sitio. Estos procesos pueden modificar, destruir, desplazar y/o incorporar evidencias en los sitios arqueológicos después de que fueron acumuladas/

abandonadas por las antiguas sociedades, y son producidos por agentes naturales o por la actividad misma de las personas. Los procesos de formación naturales incluyen, entre otros, la acción de animales y de raíces de plantas, la humedad del ambiente, las inundaciones y el viento. Los procesos de formación antrópicos -es decir que están vinculados con la acción humana- comprenden todas las actividades de los seres humanos que afectan el registro arqueológico, e incluyen la reocupación de un lugar y modificación de materiales previos, la construcción de edificios o rutas, el arado de los campos y el saqueo de materiales de los sitios. El acto mismo de la extracción de los materiales arqueológicos es un proceso que modifica el registro arqueológico y elimina su contexto. Por eso es importante que las excavaciones y recolecciones sean realizadas por arqueólogos y arqueólogas, quienes registran la información del contexto, necesaria para entender e interpretar las actividades del pasado.

EL TRABAJO ARQUEOLÓGICO

El proceso de producción del conocimiento arqueológico constituye una larga secuencia de actividades que se inicia con los trabajos de campo, prosigue con los análisis en el laboratorio e interpretación de los datos, y termina con la difusión de los resultados. Los trabajos de campo comienzan, en la mayoría de los casos, con exploraciones sistemáticas en el terreno, denominadas “prospecciones”, que tienen como objetivo identificar evidencias arqueológicas enterradas o sobre el terreno, y también elementos ambientales o lugares que pudieron ser utilizados en el pasado. Durante las prospecciones se realizan diversas actividades, entre las que se incluyen observaciones de la superficie del terreno y de las barrancas expuestas naturalmente en los cañadones, arroyos y ríos, transectas (caminatas realizadas por el campo en una dirección determinada), muestreos (recolecciones de materiales hallados en superficie) y sondeos (pozos de pequeñas dimensiones para determinar la presencia de materiales arqueológicos bajo tierra). En esta etapa es fundamental el aporte de quienes residen en la región de estudio, ya que muchas veces brindan información precisa sobre la ubicación de restos arqueológicos.

En el caso de los sitios arqueológicos que presentan materiales enterrados (o “en posición estratigráfica”), que por estar tapados preservan mejor los restos, pueden realizarse excavaciones a fin de recuperarlos. Estas tareas consisten en la delimitación de un área a excavar dentro de la cual se extraen en forma cuidadosa las capas de sedimentos, mediante el empleo de cucharines, espátulas y pinceles. Todos los materiales recuperados son inventariados, rotulados y embolsados, y el sedimento extraído es tamizado en una zaranda para recuperar los

restos más pequeños, como huesos de roedores, restos vegetales, cuentas de collares, etc. Durante las excavaciones se toman fotografías y se dibuja la ubicación precisa (coordenadas dentro de la cuadrícula de excavación y profundidad) de cada hallazgo con el objetivo de registrar el contexto (Figura 3).



Figura 3. Excavaciones en la localidad arqueológica Ramos Mexía.

Los pueblos nómades de Río Negro

Los materiales obtenidos durante el trabajo de campo son estudiados posteriormente en el laboratorio, donde quedan resguardados y conservados antes de su devolución a instituciones del Estado nacional, provincial o municipal. Debido a que los materiales arqueológicos son diversos y cada uno requiere métodos y técnicas de análisis específicas, existen dentro de la arqueología distintas especializaciones según el tipo de objeto que se estudia. Solo para mencionar algunos ejemplos, los/las especialistas en zooarqueología se encargan de estudiar los restos faunísticos (huesos de animales, cáscaras de huevos de aves, conchillas de moluscos, etc.) (Figura 4) para conocer la composición de las dietas, las técnicas de preparación de alimentos, los lugares y momentos de captura de animales, las estrategias de caza, etc. Los restos vegetales (carbones, semillas, polen, fitolitos y excepcionalmente otros) son estudiados por los/las especialistas en arqueobotánica y su análisis permite determinar las especies de plantas aprovechadas, los lugares de aprovisionamiento de leña y manejo del fuego, el tipo de alimentos vegetales de la dieta y su preparación, y las características ambientales del pasado. Los restos óseos humanos, abordados por la bioarqueología, permiten conocer prácticas funerarias, la salud de las poblaciones, las actividades cotidianas y, mediante análisis químicos, es posible determinar el tipo de dieta o el lugar de donde obtuvieron los recursos consumidos. El estudio de la alfarería permite responder preguntas vinculadas a las materias primas utilizadas, las técnicas de manufactura, la funcionalidad y estilo de las piezas y, mediante análisis químicos, puede conocerse el tipo de alimentos cocinados en las vasijas. Por último, el estudio de los artefactos líticos (manufacturados en roca) abarca una amplia variedad de materiales como desechos del proceso de manufactura (lascas) e instrumentos (por ejemplo, puntas de flecha, cuchillos, raspadores, morteros y bolas de boleadoras), a partir de los cuales se determinan las técnicas de manufactura, la fuente de aprovisionamiento de rocas, la función de los instrumentos (corte, raspado, etc.), el tipo de material procesado (animal o vegetal) y las técnicas de caza.

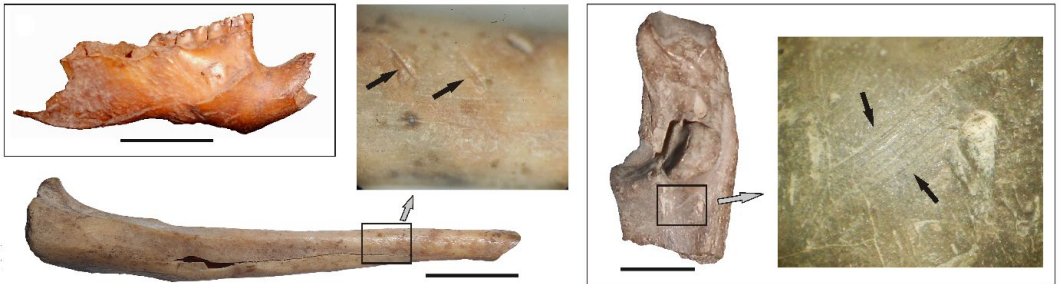


Figura 4. Restos óseos descartados en el sitio Negro Muerto 3 (imagen gentileza de Emiliano Mange).

El último paso de toda investigación arqueológica es la publicación y divulgación de los resultados. Esto se realiza de muy diversas maneras. La información generada a partir de los trabajos de campo y de laboratorio es presentada en reuniones científicas, principalmente en forma de disertaciones sobre temas puntuales, y publicada en revistas o libros especializados. También se realizan trabajos de síntesis y diversas actividades sobre estos contenidos específicos para que sean atractivos para el público general. Entre ellas se incluyen publicaciones para público no especialista, charlas en las localidades donde se realizan los trabajos de campo, talleres en escuelas y elaboración de posters y otros materiales didácticos entregados a museos y otras instituciones. De este modo, se espera que la sociedad se involucre en el cuidado del patrimonio regional y se apropie de los conocimientos generados sobre las poblaciones humanas del pasado. Ambos son elementos constitutivos de los procesos identitarios locales.

LECTURAS SUGERIDAS

- Ávido, D., M. Bednarz, M. V. Fernández, E. Gaal, E. Gilardenghi, P. Miranda, G. Moscovici Vernieri, M. Ocampo, P. Salatino, F. Scartascini y A. Vasini. 2015. Consideraciones sobre la pregunta ¿Para qué sirve la arqueología? En: *Y el Museo era una fiesta... Documentos para una historia de la Antropología en Buenos Aires*, Neufeld y otros (eds.), pp. 353-359. Editorial de la FFyL, UBA, Buenos Aires.
- Bonomo, M., L. Prates, P. Madrid, V. Di Prado, C. León, R. Angrizani, C. Pedersoli y V. Bagaloni. 2010. Arqueología. Conocer el pasado a través de los objetos. *Revista Museo 3* (24): 16-28.

Los pueblos nómades de Río Negro

- Crespo, M. E., G. A. Moscovici Vernieri, C. Bellelli y M. C. Lavecchia. 2017. Arqueología y Participación. *Práctica Arqueológica, Revista de la Asociación de arqueólogos profesionales de la República Argentina* 1 (1): 46-62.
- Prates, L.; M. Vitores y P. Bucci. 2017. La cocina indígena en Patagonia a través de los documentos escritos. *Desde la Patagonia* 13 (22): 16-22.
- Renfrew, C. y P. Bahn. 2004. *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica*. Ediciones Akal, Madrid.

2

Los primeros habitantes del territorio

Luciano Prates, Adam Hajduk y Laura L. Miotti

Para entender mejor el arribo de los primeros seres humanos al norte de la Patagonia es necesario presentar primero el escenario en el que se produjo el poblamiento inicial del continente. En la actualidad existe cierto consenso en cuanto a que esto ocurrió al menos 15.000 años antes del presente (de aquí en adelante años AP). También existe un acuerdo más o menos generalizado en cuanto a que los primeros grupos ingresaron en América a través del puente terrestre que afloraba donde hoy es el mar, en el actual estrecho de Bering y que unía los territorios de Siberia (Asia) y Alaska (Norteamérica). Debido a los efectos de la última glaciación, las condiciones en ese momento eran mucho más frías y áridas que las actuales, y esas bajas temperaturas provocaron la acumulación de un enorme volumen de agua del planeta en forma de glaciares. Esto generó un marcado descenso del nivel del mar y un aumento de la extensión de los continentes, y permitió que emergiera el puente terrestre entre Siberia y Alaska, conocido como Beringia. Es posible que el ingreso de los primeros americanos haya ocurrido cuando los glaciares comenzaban a retroceder y las condiciones se volvían menos extremas, probablemente por el corredor de la costa pacífica conocido como la ruta de las algas, orillando la gran masa glaciaria que para esa época cubría todo el actual territorio de Canadá.

Los pueblos nómades de Río Negro

En la costa patagónica el nivel del océano Atlántico estaba alrededor de 100 m por debajo del actual a finales de la última glaciación y, al este de la desembocadura del río Negro, el continente se extendía más de 200 km sobre áreas actualmente bajo el agua (Figura 5). Si estuviésemos en la provincia de Río Negro en aquel momento encontraríamos además: 1) los glaciares ocupando no sólo las altas cumbres como en la actualidad, sino también sectores de cordillera mucho más bajos, 2) un clima más árido y con una temperatura media de hasta 6° C por debajo de la actual, 3) varias especies de mamíferos de gran tamaño o megafauna (similares en tamaño a los que viven actualmente en África) ocupando los pastizales fríos típicos de ese momento. Entre ellos había grandes herbívoros como gliptodontes, megaterios, milodones, glosoterios, toxodontes, mastodontes (parientes de los mamuts), caballos americanos, varias especies de camélidos, y sus colosales depredadores como los tigres diente de sable y las panteras. Toda esa fauna se extinguió en los siguientes milenios (Figura 6).

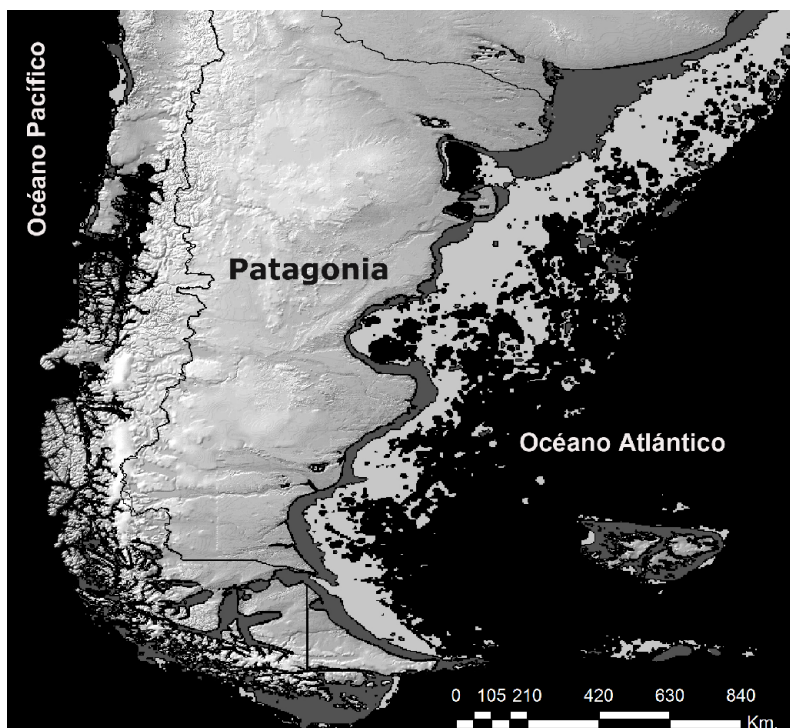


Figura 5. Cambios relativos en el nivel del mar a finales del Pleistoceno (modificada de Prates *et al.* 2013). Se muestra el área emergida cuando el nivel estaba 100 m debajo del actual hace unos 14.000 años (en gris claro), y el área emergida cuando el nivel del mar estaba 50 m debajo del actual hace unos 10.000 años (en gris oscuro).

La extinción masiva de la megafauna sudamericana (Figura 6) es uno de los problemas más debatidos en la arqueología y paleontología de finales del Pleistoceno. Principalmente porque se inició unos pocos milenios después del ingreso de la especie humana al continente y porque varias de las hipótesis que intentaron explicarla apelaron a la responsabilidad de estos nuevos actores en ese proceso. Hasta hace poco, las explicaciones con mayor consenso en Sudamérica veían a las extinciones como el resultado de la participación simultánea o escalonada de diversos factores, principalmente ambientales; los humanos, cuanto mucho, habrían precipitado la extinción de especies que ya atravesaban un punto crítico de supervivencia. Sin embargo, recientes trabajos en Sudamérica ponen a la caza humana, con el uso de grandes puntas de lanza o de dardos especializadas para grandes animales (puntas cola de pescado), y los efectos de la nueva especie sobre el ambiente en el centro de la escena.

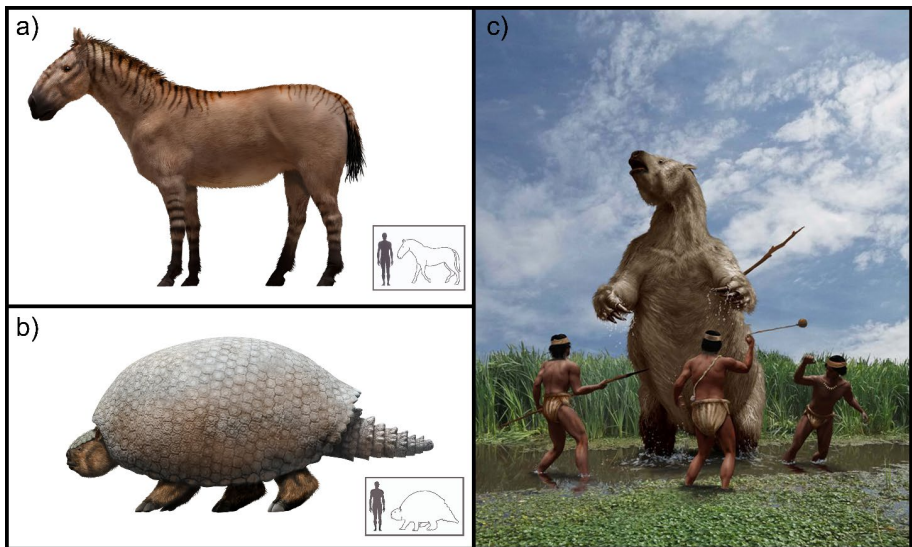


Figura 6. Reconstrucciones de especies sudamericanas extintas de megafauna. a) caballo americano; b) gliptodonte y c) megaterio.

Volviendo al proceso de poblamiento inicial del territorio actual de Río Negro, son varios los interrogantes generales que permiten resumir el problema, por ejemplo: ¿En qué momento arribaron los primeros cazadores-recolectores al área?, ¿Qué evidencias dejaron?, ¿Qué lugares ocupaban?, ¿Cómo se desplazaban por el territorio?, ¿Cuáles eran sus medios principales de subsistencia?, ¿Qué tecnología utilizaban? Las respuestas a estas preguntas las encontramos

tomando en cuenta varios sitios ubicados en Río Negro y en otros sectores cercanos del norte de la Patagonia como Neuquén y Chile.

EL SITIO MONTE VERDE Y EL DESAFÍO DE LOS MODELOS DE POBLAMIENTO DE AMÉRICA

Las evidencias humanas más tempranas de Norpatagonia argentina y del sector adyacente de Chile proceden de varios sitios en los que se hallaron materiales con una antigüedad de entre 14.500 y 12.000 años AP. El más antiguo de todos ellos –junto con Arroyo Seco 2, en la región pampeana– y uno de los más debatidos en la arqueología americana es “Monte Verde”, ubicado cerca de Puerto Montt (Chile). Este sitio fue estudiado por un equipo interdisciplinario encabezado por el arqueólogo estadounidense Tom Dillehay y sobre este se publicaron numerosos trabajos científicos. Algunas características de Monte Verde generaron un resonante impacto en los ámbitos académico, científico y público, sobre todo porque desafiaron la hipótesis del poblamiento de América que hasta hace pocas décadas era la más popular (conocida como “*Clovis First*” o “Clovis Primero”). Los defensores de esta hipótesis proponen que los primeros americanos eran cazadores especializados que empleaban un tipo particular de puntas de lanza acanaladas conocidas como Clovis –comunes en Norteamérica–, y que habrían ingresado hace 13.500 años por el estrecho de Bering. ¿Y por qué Monte Verde desafía esta idea? Primero, porque de este sitio se obtuvieron fechados que lo ubican como uno de los sitios más antiguos de América (alrededor de 14.500 años AP), bastante anteriores a los que presentan los sitios Clovis. En segundo lugar, las evidencias recuperadas en el sitio sugieren que se trataría de un asentamiento residencial de una población semi-sedentaria (tipo aldeana), ocupado por cerca de un año por un grupo con una subsistencia basada en la explotación de diversos recursos animales y vegetales del bosque. Esto tampoco es compatible con el modelo Clovis, que asume para este momento la presencia de grupos poco numerosos con asentamientos pequeños y con desplazamientos frecuentes que habitaron lugares de estepa. En este sitio se registraron evidencias de la presencia de viviendas de madera techadas posiblemente con cueros, una gran variedad de herramientas de madera, y restos de animales extintos (como mastodonte, una especie similar al mamut) y de otros recursos alimenticios como frutos, semillas y algas marinas. Este sitio es compatible con la idea de poblaciones costeras, que de modo similar a las que aparecen en la costa de la Columbia británica (Norteamérica), indican poblaciones colonizadoras en ambientes boscosos y con aprovechamiento de mar y tierra. Aunque Monte Verde es sin dudas uno de

los sitios más interesantes y enigmáticos de Sudamérica, los intentos recientes de llevar la antigüedad del sitio a más de 18.000 años, están generando nuevos debates alrededor de su fiabilidad.

BARILOCHE HACE 12.000 AÑOS

El segundo de los sitios de Norpatagonia con evidencias de ocupaciones tempranas, aunque algunos milenios posteriores a Monte Verde, es “El Trébol”, en el oeste de Río Negro y muy cerca de la ciudad de San Carlos de Bariloche. Se encuentra en un abrigo rocoso de unos 110 m² de superficie (de 22 m de frente y 7 m de profundidad) próximo a la laguna del mismo nombre (Figura 7), y fue estudiado por el equipo de investigadores dirigido por uno de nosotros (Adam Hajduk). Aunque actualmente el sitio está en un ambiente boscoso lacustre de los Andes (a 750 m del lago Nahuel Huapi), cuando fue habitado hace más de 12.000 años se encontraba en un área de bosque abierto con cobertura herbácea. Por las condiciones climáticas del momento los bosques cerrados se encontraban desplazados hacia el oeste. En las capas inferiores, a más de dos metros de profundidad, donde la excavación se redujo a una superficie de 4 m², se registraron lascas de desecho originadas durante la elaboración de artefactos líticos, y un fragmento de ápice de una punta de proyectil -de un arma similar a una lanza-. También se recuperaron otros pocos instrumentos de piedra (un raspador, una raedera y dos cuchillos) y dos punzones de hueso. Entre los restos de animales relacionados con el consumo se incluyen numerosos huesos dérmicos -huesos que estuvieron contenidos en la piel- de milodón (una especie de perezoso gigante extinto). De ellos, un 40% muestran claras marcas de cortes realizadas con instrumentos de piedra durante la faena y un 45% fueron afectados por fuego, probablemente durante la cocción. El estudio de este tipo de rastros sobre los huesos de animales (marcas de corte y de combustión) tiene en arqueología significativa importancia para descartar que su presencia se deba a procesos desvinculados de los seres humanos (por ejemplo, muerte natural en el lugar o depositación de presas cazadas por animales carnívoros). Las otras evidencias de procesamiento humano de animales halladas en el sitio incluyen restos de huemul; de un cérvido no identificado de mayor porte que el huemul -del tamaño de un ciervo de los pantanos-; de guanaco; de un zorro extinguido, de vizcacha de la sierra, de peludo, de algunas aves; de peces y de unas pocas almejas de agua dulce. Todo esto sugiere una dieta variada, y el empleo de diversas estrategias de captura-obtención de estos recursos faunísticos en un área de transición entre el bosque y la estepa.

Los pueblos nómades de Río Negro

En base al análisis radiocarbónico de un hueso de zorro colorado y de dos huesos dérmicos quemados y con marcas de corte de milodón se obtuvieron tres fechas para las primeras ocupaciones humanas que sugieren una edad de alrededor de 12.700 años AP.



Figura 7. Cueva en que se encuentra el sitio arqueológico El Trébol. Adam Hajduk (izquierda) mostrando el área de excavación a Luciano Prates (centro) y Facundo Logreco (derecha).

LOS CAZADORES TEMPRANOS DE LAS MESETAS

Si bien el sitio El Trébol es el único de Río Negro con fechados del Pleistoceno (más de 12.000 años), hay evidencias muy concretas de ocupaciones de antigüedad similar, aunque sin fechados radiocarbónicos. Estas evidencias provienen del sitio Amigo Oeste que fue dado a conocer por el equipo dirigido uno de nosotros (Laura Miotti), y se encuentra ubicado en el centro-oeste de la meseta de Somuncurá, sobre dos cerros mesa (Los Dos Amigos), visibles desde varios kilómetros. Lo interesante de este sitio es que en la parte superior de uno de los cerros (Amigo Oeste) se detectaron en la superficie más de 100 puntas de proyectil del tipo “cola de pescado”. Estas puntas tienen varios rasgos distintivos, entre ellos la presencia de acanaladura sobre una o ambas caras, en la parte basal

o media (Figura 8), cuya función habría sido facilitar y fortalecer su unión con el astil de madera. Las puntas “cola de pescado” por varios motivos pueden considerarse entre los artefactos más interesantes, enigmáticos y uno de los que más debate han generado en la arqueología de Sudamérica. Primero, porque presentan una forma característica que las hace muy diferentes a cualquier otro tipo de punta y, por lo tanto, fácilmente reconocibles a simple vista. Segundo, porque aparecen, salvo muy pocas excepciones, solamente en Sudamérica; fueron registradas en numerosos sitios, desde Ecuador y Venezuela hasta Tierra del Fuego. Tercero, generalmente aparecen asociadas a la caza de megafauna, en contextos con una antigüedad de entre 12.000 y 13.000 años AP. Y cuarto, porque son tecnológicamente similares a las puntas Clovis de Norteamérica que, como ya fue dicho, han sido asociadas por un grupo de especialistas a los primeros americanos y a un sistema especializado de la caza de grandes mamíferos, especialmente mamuts y bisontes entre 13.500 y 12.700 años atrás. Estos atributos han llevado a muchos investigadores a plantear que las puntas “cola de pescado” son la prueba de la expansión en Sudamérica de la cultura Clovis. Esta idea está basada en la coherencia en la distribución geográfica y la antigüedad de ambas puntas acanaladas. Recordemos que ambos tipos de puntas se empleaban enmangadas a un astil, y que constituía un arma arrojadiza con la mano (lanza) o con el propulsor (dardo), o incluso utilizadas como “picas” para herir directamente a las presas sin arrojar la lanza. Otros sistemas de armas más complejos como el arco de flechas eran todavía desconocidos en aquel momento.



Figura 8. Réplica de una punta de proyectil “cola de pescado” (gentileza Mariano Colombo).

Los pueblos nómades de Río Negro

En el sitio Amigo Oeste se registraron solamente artefactos de piedra, entre los que se incluyen además de las puntas “cola de pescado”, “litos discoidales” (instrumentos con función desconocida pero asociados con frecuencia a sitios antiguos con puntas cola de pescado) y numerosos desechos generados durante el proceso de talla (principalmente lascas). Es probable que la ausencia de otros tipos de evidencias en el sitio (huesos, carbón, madera, etc.) se deba a las malas condiciones para la preservación de los materiales. Como ocurre en la mayor parte de las áreas abiertas de meseta de la Patagonia, en la superficie del terreno no se acumulan sedimentos de manera progresiva sino que predominan los procesos erosivos, sobre todo la acción del viento. Estas condiciones no permiten que los materiales sean enterrados y protegidos de los agentes atmosféricos y, por lo tanto, sólo se conservan los más resistentes, es decir, las piedras. Es posible que los grupos humanos tempranos que se establecieron en la parte superior del cerro Amigo Oeste hayan realizado otras actividades además de la manufactura y mantenimiento de artefactos líticos. Por el predominio de puntas fracturadas en el sitio, Darío Hermo, Enrique Terranova y Laura Miotti han planteado que el sitio probablemente constituyó un área de taller (de fabricación y reacondicionamiento de armas) y que la cima del cerro fue un lugar de avistaje y control. Esto es debido a la gran visibilidad panorámica desde el cerro hacia los campos de caza de las planicies circundantes. Toda esta región, ubicada cerca de El Caín, en la meseta de Somuncurá, se conocía como Yamnagoo y constituyó también un área excepcional para la caza de guanacos; no sólo por la abundancia de estos camélidos en el área, sino también porque las características del paisaje facilitan la caza comunal por acecho y emboscada (véase Capítulo 7).

LAS OCUPACIONES ANTIGUAS DE LA CUENCA DEL LIMAY

Otra localidad arqueológica con una cronología similar a la de El Trébol pero ubicada sobre el lado neuquino de la cuenca del Limay es Arroyo Corral, localizada sobre un pequeño cauce tributario del río Limay, a pocos km de sus nacientes, en un ambiente de transición entre el bosque y la estepa. Allí un equipo de investigadores argentinos (entre ellos Adam Hajduk) y españoles excavaron dos aleros: Arroyo Corral 1 (AC1) y Arroyo Corral 2 (AC2). En AC1, se propuso la presencia de mamíferos extintos (milodón y caballo americano) de alrededor de 18.000 años pero sin evidencia concluyente de asociación con actividad humana. Y en AC2, también hay megafauna sin evidencia de explotación, aunque sí hubo consumo de guanaco con una antigüedad de 10.020 años. Esto convierte a Arroyo Corral en una de las localidades arqueológicas tempranas más interesantes y promisorias de Norpatagonia.

Existen otros sitios arqueológicos cercanos con una antigüedad poco menor en varias cuevas de la margen neuquina de la cuenca del Limay (por ejemplo, Cuyín Manzano, Cueva Trafal 1 y Cueva Epullán Grande), aunque allí solo se explotaron animales actuales, como zorros, vizcachas de la sierra y, en menor medida, guanacos. Los humanos ocuparon las cuevas muy esporádicamente y, por tratarse de las primeras incursiones en la región, es probable que hayan sido grupos con un número reducido de individuos. Los registros más antiguos de estos sitios provienen de Cueva Epullán Grande, ubicada a cerca de 37 km al ESE de Piedra del Águila y a 4 km al norte del río Limay, en un ambiente típicamente estepario del departamento de Collón Cura (Neuquén). Este sitio, excavado y estudiado por el equipo encabezado por Eduardo Crivelli Montero, fue ocupado de manera intermitente a partir de los 11.170 años AP. La baja densidad de artefactos y el uso de rocas no locales para su fabricación (por ejemplo, obsidiana) permitieron plantear que el sitio fue ocupado por grupos cuyos asentamientos más importantes se encontraban en otro lado. Según los investigadores, las primeras ocupaciones de la cueva probablemente involucraron a un grupo pequeño de personas que pasó algunas noches allí durante la realización de algunas tareas específicas (principalmente caza de guanacos) para luego regresar a sus asentamientos de mayor importancia. El animal explotado con mayor frecuencia fue el guanaco y, en menor proporción, el ñandú petizo o choique, armadillos (piche y peludo) y varias especies de carnívoros (zorro gris, zorro colorado y zorrino). En este sitio también fueron enterrados numerosos cuerpos humanos, cuatro de ellos asignados a las ocupaciones más tempranas del sitio, aunque su cronología debe considerarse con cautela porque ninguno de los fechados se realizó sobre esos esqueletos.

Los otros dos sitios tempranos que consideraremos aquí también se encuentran en el lado neuquino de la cuenca del río Limay, en un ambiente de ecotono entre el bosque y la estepa: Cueva Trafal y Cueva Cuyín Manzano. El primero está en un sector alto de la margen izquierda del río Trafal, a poca distancia de su confluencia con el río Limay. Las evidencias más tempranas registradas en este sitio tienen una cronología de 10.100 años AP y están constituidas por un área de fogón, desechos de talla lítica (sin instrumentos formalmente definidos), colorantes minerales, valvas de molusco y huesos de cánidos, félicos, aves, vizcachas de la sierra y unos pocos de mamífero grande, que posiblemente sean de guanaco. Crivelli Montero y colaboradores propusieron que las primeras ocupaciones de este sitio habrían estado asociadas con estadias muy breves de cazadores de “fauna menor”. El segundo de los sitios (Cuyín Manzano) se encuentra también cerca de la confluencia entre los ríos Trafal y Limay, a unos 7 km de la cueva Trafal. El sitio fue trabajado hace más

de 30 años por Rita Ceballos y, además de artefactos de piedra (núcleos, raspadores y raederas), se registraron huesos de guanaco, zorro y tuco-tuco. Para la ocupación más temprana del sitio se obtuvo un fechado de 11.200 años AP.

OCUPACIONES TEMPRANAS EN EL COLORADO MEDIO

Todas las evidencias humanas previas a los 7.000 años AP de la provincia de Río Negro (y de sus adyacencias inmediatas) mencionadas hasta ahora se encuentran en áreas cordilleranas o peri-cordilleranas, con un único sitio hacia el este, en la meseta de Somuncurá. Sin embargo, más hacia el este, en el sector pampeano de la cuenca media del río Colorado, se hallaron restos de varias ocupaciones ocurridas durante el Holoceno en el sitio Casa de Piedra 1, una de ellas de gran antigüedad. Este sitio fue excavado a fines de la década de 1970 por el equipo dirigido por Carlos Gradin en el marco de los trabajos de “rescate arqueológico”⁵ previos a la construcción de la represa Casa de Piedra, cerca de las localidades de 25 de Mayo (La Pampa) y Catriel (Río Negro). A más de dos metros de profundidad se hallaron restos de un campamento ocupado probablemente por un pequeño grupo de personas hace unos 9.500 años. En el lugar se encontraron evidencias de los pozos donde se enterró el armazón de madera de una vivienda temporaria, posiblemente similar a los toldos pampa-tehuelches de sociedades de momentos posthispánicos. Algunas partes de estas viviendas eran fáciles de transportar y adecuadas para un modo de vida nómade. Se registraron además unos pocos artefactos de piedra: instrumentos (raspadores y bifaces para corte de carne y raspado de cueros), núcleos (bloques de roca de los que se saca material para fabricar instrumentos) y varias lascas del mismo material desechadas durante la manufactura de esos instrumentos. Los artefactos de piedra pudieron ser empleados para el procesamiento de carne y cuero de mamíferos grandes, posiblemente guanaco, cuyos huesos fueron hallados también en el sitio. Se encontraron además algunos fragmentos de cáscara de huevo de ñandú, un recurso alimenticio aprovechado frecuentemente desde tiempos prehispánicos. Luego de que los ocupantes tempranos de ese sitio abandonaron el lugar, los sedimentos cubrieron

5 Se denomina rescate arqueológico a las actividades realizadas por arqueólogos/as con el fin de poner a salvo o mitigar las consecuencias negativas sobre el patrimonio arqueológico. En general estas actividades se realizan cuando algún tipo de resto es expuesto o hallados en el marco de tareas de campo relacionadas con proyectos de obra. Es esperable, que con anterioridad a la ejecución de proyectos que podrían poner en peligro algún tipo de patrimonio, se efectúen estudios de evaluación de impacto (tanto arqueológico como paleontológico, biológico, turístico, etc.). En el caso de Casa de Piedra, las investigaciones en el área se realizaron por pedido de la Secretaría de Cultura de la provincia de La Pampa, a fin de mitigar los efectos de la construcción del embalse.

parte de los materiales y permitieron que queden protegidos y se preserven. El mismo lugar volvió a ser ocupado en reiteradas oportunidades, entre 7.000 y 1.000 años AP.

LOS ASENTAMIENTOS TEMPRANOS EN PERSPECTIVA

La información obtenida de los sitios descriptos hasta aquí nos permite retratar de un modo general, y bastante parcial, las ocupaciones humanas más tempranas del territorio de Río Negro y de la porción adyacente de la provincia de Neuquén. Las primeras señales arqueológicas se ubican alrededor de los 12.700 años AP; esto implica que son casi 3.000 años más tardías que los registros más antiguos del Cono Sur, ubicados entre 14.500 y 15.000 años AP y procedentes del mencionado sitio Monte Verde (Chile) y de Arroyo Seco 2, en la provincia de Buenos Aires. Con excepción del sitio Amigo Oeste, todas las evidencias proceden de las cabeceras y de la cuenca inferior y media del río Limay, y se trata de sitios ubicados en el interior de abrigos rocosos (cuevas). Estas evidencias parecen corresponder a pequeños grupos de cazadores-recolectores que explotaban recursos variados, desde zorros, guanacos y cérvidos hasta moluscos y probablemente peces. Sólo en Epullán Grande el guanaco aparece como un recurso principal. A modo de ejemplo, y aunque no existe sobre esto acuerdo pleno entre los investigadores, se ha considerado que la tecnología de las puntas “cola de pescado” estaba asociada a grupos especializados en la caza de mamíferos grandes de manada. En el caso puntual del sitio Amigo Oeste (en Somuncurá), en el que se registró un gran número de estas puntas, la ausencia de materiales perecibles (huesos, madera, carbón, etc.) que permita inferir el tipo de recursos explotados, aun no pudo ser testeada pero está en proceso de investigación.

Si bien hay varias certezas sobre la antigüedad finipleistocena y dispersión de los seres humanos en el área, hay interrogantes importantes que permanecen sin respuesta. Por ejemplo, sabemos que la evidencia humana más antigua de Río Negro es algunos milenios posterior a la de áreas vecinas y que la mayoría de los sitios se encuentra en la cuenca del Limay. Sin embargo, ¿esto es reflejo del modo en que los primeros cazadores-recolectores ocuparon el territorio o hay algún factor distorsivo que nos impide detectar sitios más tempranos y en otras regiones? Aunque no pueden darse todavía respuestas definitivas a esta pregunta, por varios motivos nos inclinamos por la segunda alternativa. Primero, cuanto más nos acercamos a las primeras etapas del poblamiento de una región -cuando se supone que la densidad de población era menor- es razonable que aumenten las dificultades para encontrar sus evi-

dencias arqueológicas. Segundo, salvo en el sector andino de Norpatagonia, donde el clima de fines del Pleistoceno probablemente era demasiado hostil para que los seres humanos se establezcan allí con cierta frecuencia, no existen motivos para pensar que el resto de la región no haya estado habitada cuando sí lo estaban los territorios ubicados al noreste (región pampeana), al oeste (Chile centro-sur) y al sur (Patagonia meridional), donde también hay varios sitios de alrededor de 13.000 años AP, principalmente en las mesetas del este cordillerano. Tercero, la ausencia de sitios tan tempranos en las cuencas de los ríos Colorado y Negro y en la costa atlántica es probable que responda a las dificultades para encontrarlos. Estas dificultades podrían estar vinculadas con: 1) la ausencia de cuevas y aleros⁶, 2) la escasez de lugares donde se conserven (o sean accesibles) sedimentos depositados en el período en la región; en el caso de los valles de los ríos Colorado y Negro la intensa acción erosiva pudo destruirlos y ocultarlos, y en el caso de la costa, el océano debió cubrirlos por el aumento del nivel de los mares luego de los 12.000 años AP, y 3) a que las investigaciones se han intensificado muy recientemente (hace 15 años) y requieren algún tiempo para lograr los resultados alcanzados en otras regiones.

En otras palabras, que la información sobre los primeros y posiblemente pocos pobladores del norte de la Patagonia proceda del sector occidental, sobre todo de sitios ubicados en el interior de cuevas, no significa que sólo se hayan establecido en esta región. La presencia de poblaciones tempranas en Pampa y Patagonia indica claramente que la fachada atlántica tuvo también sus exploraciones. La dificultad para encontrar sus restos en otros lugares de las mesetas áridas y ventosas que no permiten el enterramiento rápido de los contextos antiguos (por ejemplo, en otros valles y la costa) podría responder también a lo que en la arqueología se denomina “visibilidad arqueológica”, es decir, el potencial de un lugar para preservar y hacer visibles las evidencias de los grupos que lo ocuparon. Esto nos hace pensar que los primeros pobladores probablemente habitaron y se movieron por un espacio mucho mayor del que somos capaces de identificar actualmente.

6 En los abrigos rocosos se combinan tres cualidades que los hacen especialmente relevantes desde el punto de vista arqueológico: a) fueron espacios utilizados recurrentemente por las sociedades humanas del pasado como sitios de habitación, b) en su interior se generan con frecuencia condiciones que favorecen el entierro y preservación de los restos dejados por dichas sociedades y c) son fáciles de detectar por los arqueólogos durante los trabajos de campo.

LECTURAS SUGERIDAS

- Albornoz, A.M., A. Hajduk y M. Lezcano. 2002. 10.000 años de ocupación humana en el área del Lago Nahuel Huapi (San Carlos de Bariloche). *Pueblos y Fronteras* 3: 4-11.
- Miotti, L. 2006. La fachada atlántica, como puerta de ingreso alternativa de la colonización humana de América del Sur durante la transición Pleistoceno/Holoceno. En II Simposio Internacional El Hombre Temprano en América (pp. 155-188). Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Miotti, L.; D. Hermo; R. Blanco y E. Terranova. 2011. Puntas Cola de Pescado en el ecorefugio de la meseta de Somuncurá Río Negro, Argentina. En: J.C. Jiménez *et al.* (Eds), IV Tomo *El Hombre temprano en América*. Pp. 149-172. Publicaciones INAH, UNAM, Museo del Desierto, México.
- Politis, G; L. Prates y S. I. Perez. 2009. *El poblamiento de América: arqueología y bioantropología de los primeros americanos*. EUDEBA, Buenos Aires, pp. 1-206.
- Prates, L. y S.I. Perez. 2022. Los seres humanos y la extinción de la megafauna en Sudamérica durante el Pleistoceno final. *Ciencia Hoy* 30 (179): 36-40.
- Terranova, E., R. Blanco, L. Marchionni y L. Miotti. Arqueología en la meseta de Somuncurá. Un lugar especial en el mundo: una punta para el poblamiento americano. *Museo* 3: 24-75.
- Cavallotto, J. L., R.A. Violante y G. Parker. 2004. Sea-level fluctuations during the last 8600 years in the de la Plata river (Argentina). *Quaternary international*, 114 (1): 155-165.

3

La larga transición del Holoceno medio

Luciano Prates

Después de las primeras señales humanas en Norpatagonia, las cosas no cambiaron de manera muy notable durante un tiempo prolongado. Durante todo el Holoceno medio (entre 8.000 y 4.000 años antes del presente) las evidencias arqueológicas para toda la región siguen siendo relativamente escasas. No tanto como en el período anterior, pero sin un aumento significativo en número ni en distribución espacial de los registros. Aunque no está claro todavía si esto fue producto de algún proceso demográfico concreto, derivado por ejemplo, de las condiciones ambientales, o se debe a un sesgo de muestreo que disminuye la visibilidad arqueológica de las sociedades del momento, es un aspecto que merece evaluarse en profundidad en investigaciones futuras. En este capítulo nos enfocaremos en las características principales de este período en Río Negro y, para cubrir la falta de datos, haremos un repaso general de algunos sitios ubicados en las inmediaciones del territorio de la provincia, como el sector neuquino de la cuenca del río Limay y los sectores pampeano y bonaerense del río Colorado, donde existen también algunos registros. Antes de eso, y teniendo en cuenta la importancia del escenario ambiental sobre la

trayectoria de las poblaciones humanas, haremos una referencia breve sobre los cambios ambientales significativos ocurridos en el Holoceno medio. Durante este período se hacen plenamente visibles los cambios resultantes del final de la última glaciación.

LOS CAMBIOS AMBIENTALES LUEGO DE LA ÚLTIMA GLACIACIÓN

El inicio del Holoceno medio (8.000 años AP) coincide con el comienzo de un período climático denominado “Hipsitermal” u “Óptimo Climático”, que se prolongó hasta los 6.000 años AP, y se caracterizó por un incremento de la humedad (en general, no en todos los casos) y de la temperatura (de entre 3 y 6 °C), y por el ascenso del nivel de los océanos a nivel global. Este ascenso se debió al proceso inverso del ocurrido a fines del Pleistoceno durante el “Último Máximo Glacial”, cuando el mar se retrajo permitiendo la emergencia del puente terrestre de Beringia (véase Capítulo 2). Si bien el retroceso de los hielos comenzó varios milenios antes, el incremento significativo de las temperaturas recién se produjo a partir de los 9.000 años AP. El aumento de las temperaturas medias provocó la fusión de un gran volumen de hielos continentales que pasó a formar parte de los océanos y, como consecuencia de esto, se elevó el nivel del mar y quedó anegada una extensa porción del continente, incluso superando la línea de costa actual. La faja costera anterior a este período quedó cubierta por el mar y, con ella, todos los restos de las ocupaciones humanas previas ubicadas sobre o en cercanías del litoral.

En el caso de Norpatagonia, si bien el clima estuvo afectado por estos cambios globales, a nivel local el factor más determinante de las condiciones de humedad fue -al igual que en la actualidad- la importancia de los vientos del oeste. Cuanto más predominantes fueron esos vientos cargados con la humedad del Pacífico, las condiciones se volvieron más lluviosas en el oeste (disminuyendo progresivamente hacia el interior, luego de la zona peri-cordillerana), y a la vez más secas en el este, porque esos mismos vientos limitaron el ingreso de los frentes húmedos del Atlántico.

Las inferencias sobre las condiciones climáticas y ambientales en el pasado pueden realizarse mediante varias vías, por ejemplo, del estudio de las propiedades químicas del hielo de los glaciares, y de la diversidad de animales y de plantas en ese período. En el caso de las plantas, sus características pueden conocerse mediante los estudios palinológicos, que se basan en el análisis de los granos de polen contenidos en los sedimentos. En la provincia de Río Negro se han realizado importantes aportes sobre el tema desde la palinología. Los

trabajos efectuados por Garleff y colaboradores⁷ muestran que hasta los 9.000 años AP predominaron intensos vientos del oeste que generaron condiciones de mayor humedad en la zona cordillerana y centro de la provincia (por ejemplo, se infirieron precipitaciones de hasta 400 mm anuales en la zona de Ingeniero Jacobacci) y más secas en el este de Río Negro y en el extremo sur de la región pampeana (a eso se debe la formación del gran cinturón de dunas entre Utracán, en La Pampa, y la localidad de Médanos, en Buenos Aires). Durante todo el Holoceno medio, y producto de la disminución de los vientos del oeste las condiciones se volvieron progresivamente más secas en el oeste y centro, hasta volverse similares a las actuales hace unos 4.000 años (a la vez aumentaban progresivamente las lluvias en el este, por mayor incidencia de vientos con humedad del Atlántico). En el este de Norpatagonia las condiciones se mantuvieron secas todo el Holoceno medio y recién a partir de los 3.000 años aumentaron las precipitaciones a valores similares a los actuales.

ANTES DE LOS 6.000 AÑOS AP

Como hemos señalado, la densidad de sitios arqueológicos correspondientes al Holoceno medio del territorio de Río Negro es baja. Además de las ocupaciones datadas alrededor de los 5.700 años AP en el sitio El Trébol, solo aparecen registros en la costa del golfo San Matías (véase capítulo 6) y en la cuenca del río Limay; ambos con una antigüedad que no supera los 6.100 años. Entre 8.000 y 6.100 años AP solo se han fechado contextos arqueológicos en el sector neuquino de la cuenca del Limay y en la ribera pampeana del río Colorado.

En el caso del Limay, la mayor parte de los registros del Holoceno medio provienen de los mismos sitios en que se registraron evidencias tempranas de ocupación (Capítulo 2). En ninguno de ellos se hallaron evidencias ubicadas entre 9.500 y los 7.900 años AP; es decir, se observa un vacío de información de alrededor de 1.500 años. En los estudios realizados por Eduardo Crivelli Montero y su equipo, las ocupaciones ubicadas entre 7.900 y 6.000 años (sitios Cueva Trafal I, Cuyín Manzano y Epullán Grande)⁸ (Figura 9) se agrupan en lo que denominan la fase “Trafal”. De un modo muy general, y sin entrar

7 Garleff, K., T. Reichert, S. Sage, F. Schäbitz y B. Stein. 1994. Períodos morfodinámicos y el paleoclima en el Norte de la Patagonia durante los últimos 13.000 años. *Revista del Museo Nacional de Historia Natural de San Rafael* 4: 217-228.

8 Ceballos R. 1982. El sitio Cuyín Manzano. Centro de Investigaciones Científicas de Río Negro. Serie Estudios y Documentos, N° 9, pp. 1-66. Crivelli Montero E., D. Curzio y M. Silveira, 1993. La estratigrafía de la Cueva Trafal I (Provincia del Neuquén). *Præhistoria* 1: 9-160. Crivelli Montero E., U. F. J. Pardiñas, M. Fernández, M. Bogazzi, A. Chauvin, V. Fernández y M. Lezcano. 1996. La Cueva Epullán Grande (Provincia del Neuquén, Argentina). Informe de Avance. *Præhistoria* 2: 185-265.

Los pueblos nómades de Río Negro

en precisiones teóricas y metodológicas, diremos que bajo el término “fase”, poco utilizado actualmente en los estudios arqueológicos, se busca englobar a contextos arqueológicos de un área determinada que comparten, además de la cronología, un número variable de aspectos tecnológicos, económicos y/o sociales (por ejemplo, diseño de algunos instrumentos de piedra, recursos alimenticios explotados, representaciones simbólicas, etc.).



Figura 9. Sitios Cueva Trafal I (izquierda) y Epullán Grande (derecha) (fotografías gentileza de Eduardo Crivelli Montero).

En términos generales se observa en este período una tendencia progresiva a la mayor importancia del guanaco en la economía de los grupos humanos -aunque en menor medida también se explotaron zorros, vizcachas de la sierra y almejas de agua dulce-. Esto se refleja en el predominio de restos de esa especie en los sitios y también en la aparición de un mayor número de instrumentos asociados a su caza, como las puntas de proyectil. Recordemos que los indígenas que habitaron Norpatagonia en aquellos tiempos no conocían la tecnología del arco de flecha. Es probable que estas puntas, en su mayoría triangulares de tamaño mediano sin pedúnculo, se hayan fijado al extremo de los astiles de armas arrojadas lanzadas con la mano o por medio de un propulsor, que es un arma de palanca utilizada para lograr mayor precisión y alcance en los lanzamientos. Las puntas líticas no eran confeccionadas con cualquier roca sino con aquellas con mejores propiedades para ser talladas, como obsidianas y algunas silíceas. En Cueva Trafal, por ejemplo, se determinó que algunos instrumentos fueron confeccionados con rocas obtenidas de fuentes lejanas (tal vez ubicadas a cientos de kilómetros), sobre todo la obsidiana. En otros casos, los instrumentos se manufacturaron sobre rocas obtenidas en las

inmediaciones de los sitios. En este sector del río Limay hay disponibles rocas volcánicas abundantes en el lecho del río en forma de rodados, y una cantera de rocas del mismo tipo (dacita), conocida como cantera de Paso Limay, ubicada a 60 km de la Cueva Trafal I, en el sector rionegrino de la misma cuenca. Estas dacitas fueron utilizadas recurrentemente en toda el área para la fabricación de puntas de proyectil.

Las ocupaciones del Holoceno medio de la cuenca del río Colorado, registradas en el sitio Casa de Piedra, son similares en sus aspectos generales a las más tempranas referidas en el Capítulo 2. El aspecto más destacable es que para este momento (entre 7.500 y 6.000 años AP) la densidad de materiales hallados es mayor, además de que se registran puntas de proyectil (lanceoladas y triangulares) de tamaño mediano y grande –alguna de ellas similares a las registradas para el mismo período en los sitios del río Limay- y artefactos de molienda (morteros y manos) vinculados con el procesamiento de vegetales o animales –por ejemplo, charqui-. La presa principal siguió siendo el guanaco, cuya caza seguramente se realizó con puntas de proyectil del mismo tipo que las halladas. Es probable que, en la captura de esta presa, la mayor disponible en este periodo (en el cual ya no había megafauna), hayan incluido técnicas precisas de acecho, camuflaje, encierro e, incluso, el uso de crías como señuelos vivos. También esperaríamos que, en algunos casos, sobre todo frente a la posibilidad de cacerías masivas, en estas actividades hayan participado grupos numerosos de personas y se hayan aprovechado las características topográficas del terreno para el ocultamiento, emboscada y/o entrapamiento de los animales. En sociedades de cazadores-recolectores como estas, era frecuente que los grupos se congreguen en las épocas en que las manadas de animales son más numerosas y, por lo tanto, permiten realizar cacerías de muchos ejemplares en un mismo momento.

DESPUÉS DE LOS 6.000 AÑOS AP

A partir de 6.000 años AP se habrían mantenido las características básicas en la subsistencia de los grupos; con el guanaco como recurso principal, aunque con un progresivo aumento en el aprovechamiento de otros recursos de menor importancia (por ejemplo, vizcachas de la sierra, maras, aves, e incluso algunos peces, moluscos y vegetales). Para el sitio El Trébol (con ocupaciones entre 5.800 y 5.600 años AP), Lezcano y colaboradores⁹ plantean que la ubica-

9 Lezcano M. J., A. Hajduk y A. M. Albornoz. 2010. El menú a la carta en el bosque ¿entrada o plato fuerte?: una perspectiva comparada desde la zooarqueología del sitio El Trébol (lago Nahuel Huapi, Pcia.

ción del sitio en el bosque abierto habría permitido a los cazadores un acceso más directo desde el sitio a los guanacos, que habitaban los espacios esteparios. Aun así, la importancia de este animal en el sitio habría sido menor que en ambientes de estepa (ubicados más hacia al este) ya que en él se explotaron también especies del bosque (ubicado más hacia el oeste). Las investigaciones realizadas en Neuquén por Eduardo Crivelli Montero y Mabel Fernández los llevaron también a plantear un paulatino incremento en la densidad de población en toda la región a partir de este momento, lo cual se reflejaría, por ejemplo, en el aumento en el número y frecuencia de las ocupaciones en algunos sitios. Las rocas de procedencia más lejana, como la obsidiana, fueron mucho menos explotadas y se registra un aumento en el uso de materias primas locales, como las dacitas de Paso Limay. Esto estaría indicando también que la movilidad de los grupos se habría restringido en comparación con los períodos anteriores, es decir, que los rangos de los desplazamientos regionales de las bandas probablemente se hicieron más acotados. De finales del Holoceno medio datan los primeros registros de presencia humana en el sector inferior del río Limay; proceden de la capa 3 del sitio Alero de los Sauces (provincia del Neuquén) y tienen una edad cercana a los 4.500 años AP. Aunque los restos de esta capa son escasos, es interesante la conclusión de Luis Borrero¹⁰ respecto de la explotación de almejas de agua dulce (*Diplodon* sp.). Otros sitios del Neuquén también registran a finales del período las primeras y tenues evidencias humanas (por ejemplo, Piedra del Águila 11 y Cueva Trafal III).

Además de lo señalado hasta ahora, hay dos aspectos interesantes para resaltar sobre el Holoceno medio. El primero se refiere a la aparición de las primeras evidencias de ocupaciones humanas en el litoral atlántico de la provincia de Río Negro. Como hemos señalado, esto no quiere decir que no hubiera ocupaciones previas, sino que probablemente se preservaron los materiales desde este momento. Estos sitios, aunque escasos, se encuentran en áreas de dunas en sectores más elevados que la costa actual y se los conoce (al igual que otros similares más recientes) con el nombre de “concheros”. Se los denomina de ese modo porque están constituidos principalmente por concentraciones de valvas de moluscos, acompañadas con frecuencia por fragmentos de hueso, carbón y artefactos de piedra. Estos concheros se formaron en las inmediaciones de áreas domésticas (campamentos) como producto del descarte de las conchas de los moluscos (por ejemplo, cholgas, mejillones, mejillines) luego

de Río Negro). Zooarqueología a principios del siglo XXI: aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio, 243-257.

10 Borrero L. A. 1981. La economía prehistórica del Alero de los Sauces (Neuquén, Argentina). Trabajos de Prehistoria 1: 111-124.

de ser utilizados para la alimentación. Aunque los concheros de más de 4.000 años son escasos, se hacen abundantes recién a partir de los 3.000 años AP. Uno de los aspectos más interesantes de los estudios efectuados en estos sitios por Florencia Borella y Cristian Favier Dubois y equipo, es que muestran que los grupos que se asentaron allí hace alrededor de 6.000 años (por ejemplo, en el sitio Bajo de la Quinta) hacían un uso intensivo de la costa (véase Capítulo 5). Es decir, los recursos del mar ocupaban un lugar central en su economía y subsistencia, y no secundario como en momentos más recientes. Esta aparente especialización costera durante el Holoceno medio se refleja en: a) el consumo de moluscos, aves, pinnípedos y, sobre todo, peces -inferido a partir de los restos faunísticos hallados en los sitios-; b) la relativamente baja importancia de los recursos continentales en la subsistencia (guanaco, ñandú, armadillos, etc.), c) los resultados de los estudios químicos (de isótopos de carbono y nitrógeno) de los esqueletos humanos que sugieren que se alimentaban principalmente de productos de origen marino, y d) el uso de técnicas especializadas de pesca, inferida a partir de la presencia de pesas para red. El segundo aspecto interesante es que se dieron a conocer recientemente los resultados del estudio de varios restos humanos con edades de entre 6.000 y 4.000 años procedentes de tres sitios del sector bonaerense del curso inferior del río Colorado (cerca de las localidades de Pedro Luro y Villalonga): La Modesta, Cantera de Rodados Villalonga y Loma de Los Morteros. Si bien estos restos estaban altamente perturbados al momento del hallazgo, proveen información sólida de la presencia humana en el área durante el Holoceno medio.

En suma, como hemos visto hasta aquí, luego de las ocupaciones iniciales de la región (discutidas en el Capítulo 2), se observa un vacío de información de alrededor de 1.500 años (entre 9.500 y 7.900 años AP), las señales humanas se hacen visibles nuevamente en la cuenca del río Limay hacia los 8.000 años AP. En este momento las ocupaciones de este sector de Norpatagonia muestran algunos cambios sensibles con respecto a los momentos previos. Se observa una mayor importancia del guanaco en la subsistencia de los grupos establecidos en el área, un probable aumento de la densidad demográfica, una posible reducción de la movilidad de los grupos y, desde el punto de vista tecnológico, aparecen indicios de un uso bastante generalizado de puntas de proyectil (triangulares sin pedúnculo). Hacia los 6.000 años AP aparecen los primeros indicios de ocupaciones en la costa atlántica, que sugieren un uso intensivo de los recursos marinos. No se tiene hasta ahora información arqueológica para esta segunda parte del Holoceno de la cuenca del río Negro, ni de las mesetas y planicies ubicadas al norte y al sur (véase Cap. 7). Este vacío de información puede atribuirse razonablemente a la escasa información arqueológica gene-

rada todavía en la provincia. Hacia finales del período aparecen las primeras señales humanas en el Limay inferior

Como veremos en los próximos capítulos, recién en el Holoceno tardío, especialmente luego de los 3.000 años AP, los registros de presencia humana en el actual territorio rionegrino se vuelven abundantes. A comienzos de este período comenzó a gestarse un profundo proceso de cambio en la organización de las sociedades cazadoras-recolectoras del Cono Sur. Sus primeros indicios comienzan a manifestarse entre los 3.000 y 2.500 años AP pero se vuelven más evidentes algún tiempo después. Más allá de las opiniones diversas de los investigadores, la mayoría coincide en considerar la ocurrencia de varios cambios importantes. Entre ellos podrían mencionarse: a) el marcado aumento demográfico, en especial a partir de los 1.000 años AP, b) la aparición entre los cazadores-recolectores del área de bienes tecnológicos desconocidos en tiempos previos -algunos con un fuerte impacto en la economía y en la vida cotidiana- como el arco de flechas, la tecnología cerámica, los instrumentos para moler y la cestería, d) la dispersión de estilos definidos de arte rupestre y mobiliario en áreas extensas y e) la aparición de patrones de subsistencia diferentes en los distintos ambientes (costa, mesetas, valles, bosques andinos). De los últimos 2.000 años se dispone además de abundante información arqueológica de las diferentes regiones de la provincia. En cada una se reconoce además un énfasis en la utilización de recursos característicos del ámbito local. Estas particularidades locales del registro arqueológico generaron discrepancias entre los científicos. Mientras que algunos planteaban que las diferencias regionales se debían a que distintas poblaciones habitaron cada ambiente, otros sostenían que los mismos grupos llevaban un modo de vida particular en cada lugar, posiblemente, en momentos específicos del año. En los capítulos siguientes nos enfocaremos en las características generales de las ocupaciones humanas en cada una de estas regiones principales de la provincia: el litoral marítimo, los sectores interiores de mesetas y planicies, los grandes valles y el sector andino occidental.

LECTURAS SUGERIDAS

- Borella F. y M. Cardillo. 2011. *Arqueología de pescadores y marisqueadores en Nordpatagonia. Descifrando un registro de más de 6.000 años*. Editorial Dunken, Buenos Aires.
- Crivelli Montero E. 2010. Arqueología de la cuenca del río Limay. En: R. Maser (cord.), *Los ríos mesetarios norpatagónicos. Aguas generosas del Ande al Atlántico*, pp. 261-338. Minigraf, Patagones.

- Martínez G. 2015. Arqueología y pobladores antiguos de la cuenca del río Colorado. En: M. Sili, A. Kozel y R. Bustos Cara (eds.), *La región del Colorado. Historia, cultura y paisaje en la frontera*, pp. 29-47. Serie Aportes al Desarrollo Nacional de la Fundación ArgenINTA, Buenos Aires.

4

La ocupación humana de la precordillera y el área andino lacustre

Federico L. Scartascini, Marcia Bianchi Villelli, Maximiliano J. Lezcano, Fernando E. Vargas, Solange Fernández Do Rio

La ocupación del sudoeste de la provincia de Río Negro tiene una larga y fascinante historia. Como hemos visto en los capítulos anteriores, la evidencia de ocupación humana más antigua del área andino lacustre tiene unos 12.500 años y procede del sitio “El Trébol”, ubicado al oeste de la actual ciudad de San Carlos de Bariloche. Sin embargo, desde el momento de la ocupación inicial hasta hace aproximadamente 3.000 años AP, la historia en esta parte de la provincia muestra señales escasas. Aún no sabemos con claridad el significado de estos “silencios”, pero sin duda abren la puerta a una serie de preguntas que pronto esperamos empezar a contestar. Lo cierto es que a partir de los 3.000 años AP se observa un notorio cambio en la historia de ocupación del sudoeste rionegrino: las evidencias arqueológicas se vuelven más frecuentes, diversas y notorias. En este capítulo nos enfocaremos en este período temporal en el cual se establecen cambios sustanciales en la forma de ocupación humana de la región.

Los pueblos nómades de Río Negro

El sudoeste rionegrino incluye el área andina boscosa-lacustre y la porción de estepa ubicada inmediatamente al este de la cordillera, hasta aproximadamente la antigua ruta 40 (Figura 10). Una de sus características más destacables es la diversidad de ambientes que se integran en un espacio relativamente pequeño (aproximadamente 80 km en sentido este-oeste). La faja cordillerana actúa como una barrera para los vientos húmedos del oeste, lo que determina una marcada y progresiva disminución de las precipitaciones hacia el este (véase Capítulo 3). Este gradiente explica la mayor parte de la diversidad de paisajes, que incluye selvas templado-frías en áreas limítrofes con Chile, bosque y ecotono en la parte media, y estepas arbustivas en el extremo oriental. Esta diversidad ambiental permitió a los grupos humanos en el pasado aprovechar distintos biomas y establecer modos de vida diversos, en la medida que los escenarios ambientales y sociales se iban modificando.

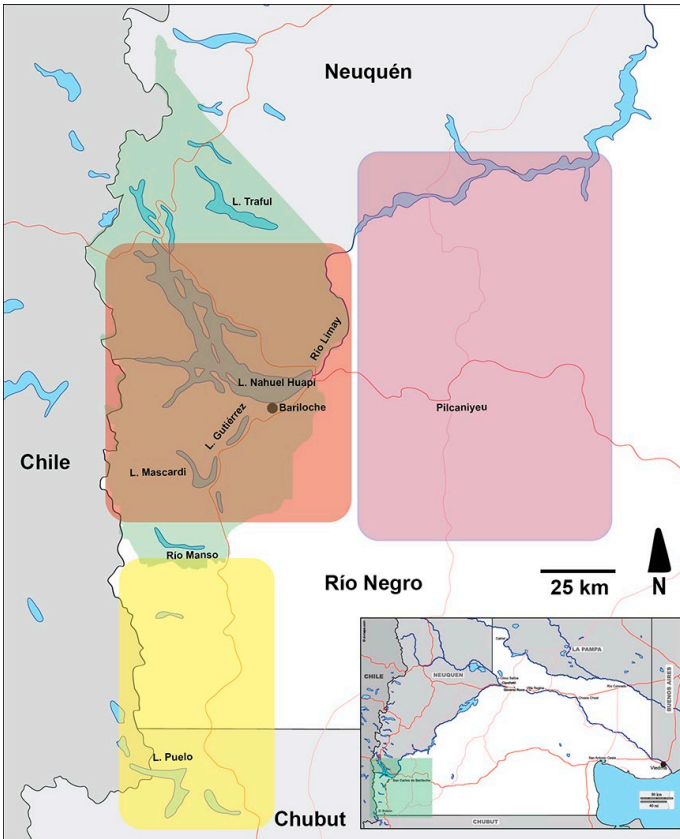


Figura 10. Sudoeste rionegrino y áreas mencionadas en el texto: zona boscosa en torno al lago Nahuel Huapi, ambientes de estepa (derecha) y sub-área del río Manso (abajo).

Una de las discusiones centrales en la agenda de investigaciones arqueológicas del área estuvo enfocada en la discusión sobre el uso y la adaptación humana a sus diferentes ambientes. Las distintas posturas acerca del tema podrían sintetizarse en dos hipótesis generales: 1) que los ámbitos boscosos del extremo sudoeste de la provincia sólo fueron utilizados ocasionalmente por poblaciones que habitaban ambientes más productivos, como la estepa o el ecotono; y 2) que los ambientes boscoso-lacustres fueron efectivamente utilizados por grupos humanos adaptados a este medio y no necesariamente procedentes de la estepa. Esta adaptación admitiría grados diferentes de interacción con otros grupos y ambientes. El estado actual del conocimiento en el oeste de la provincia no permite posicionarse de forma definitiva en ninguna de las dos posturas. De hecho, más que como posicionamientos contrapuestos, podríamos pensar ambas como variantes de una gama amplia de estrategias posibles en un ambiente que a nivel general se caracteriza más por la diversidad que por la homogeneidad.

LAS OCUPACIONES HUMANAS EN EL BOSQUE

Los trabajos arqueológicos dirigidos por Adam Hajduk, Ana Albornoz y Cristina Bellelli en el sudoeste de la provincia indican el uso del bosque desde más de 12.500 años AP en Nahuel Huapi, incluso con aprovechamiento de fauna extinta como se ha observado en el sitio El Trébol. Un poco más al sur, en la zona del río Manso, el sitio Población Anticura presenta fechados de 8.000 años AP (véase Capítulo 2). Estas evidencias en conjunto, sugieren un uso esporádico y estratégico del medio ambiente boscoso-lacustre hasta 3.000 años AP, posiblemente por grupos con gran movilidad procedentes de ambientes esteparios. A partir de esta fecha se identifican ocupaciones humanas específicamente adaptadas al consumo sistemático de recursos del ambiente boscoso-lacustre. En los últimos 2000 años habrían ocurrido las primeras ocupaciones humanas en la isla Victoria, en el lago Nahuel Huapi, donde se han documentado más de 30 sitios arqueológicos. En este mismo periodo, también aumentan notablemente las ocupaciones en muchas zonas costeras de este lago, por ejemplo, en Puerto Tigre, Puerto Chabol y Península San Pedro.

Un aspecto interesante de las evidencias culturales en estos sectores es que necesariamente se encuentran vinculadas al uso de embarcaciones y al desarrollo de las capacidades técnicas para la navegación segura en el lago. Esto constituye un cambio significativo en la forma de uso de estos ambientes. El desarrollo de la tecnología de navegación permitió ocupar nuevos espacios, recorrer nuevas áreas y que los inmensos cuerpos de agua, antes intransitables e

Los pueblos nómades de Río Negro

infranqueables, se transformen en caminos, verdaderas rutas que permitieron conectar distintos ambientes. En el caso del Nahuel Huapi esto alcanza una dimensión notable ya que en unas pocas horas de navegación se puede pasar de la selva Valdiviana a la estepa patagónica, mientras que por tierra son cerca de 60 km que se deben transitar a pie por bosques cerrados y valles accidentados. Los trabajos de las arqueólogas de la Administración de Parques Nacionales, Soledad Caracotche y Romina Braicovich, compilaron hasta el momento al menos ocho canoas monóxilas (construidas con un solo tronco) en la zona del lago Nahuel Huapi, aunque todas ellas fueron asignadas a momentos posteriores a la llegada de los europeos (Figura 11). Su uso por parte de los indígenas es citado recurrentemente en las crónicas de los siglos XVI a XVIII y si bien hasta el momento no se ha recuperado ninguna con fechas prehistóricas, suponemos que el uso de embarcaciones similares se extendería por lo menos 2.000 años AP. Embarcaciones similares fueron recuperadas en sitios inmediatamente al oeste del Nahuel Huapi, en las regiones VIII, IX y X del actual territorio chileno. Allí la adaptación humana a los entornos boscosos-lacustres parece ser algo más antigua, alcanzando al menos los 6.000 años AP. Las investigaciones de Leonor Adan y equipo en los sitios Marifilo 1 y Pucón 1 (entre otros) caracterizan estas adaptaciones como la “Tradición Arqueológica de Bosques Templados”.

Es interesante señalar que el incremento de la presencia de grupos humanos adaptados al medio lacustre-boscoso en gran parte del sudoeste rionegrino se vincula con un aumento en las evidencias materiales de conexiones cada vez más fluidas con la vertiente pacífica de los Andes. Por ejemplo, la presencia de cerámica y moluscos marinos típicos de áreas trasandinas y, más tardíamente, el manejo de plantas cultivadas (sobre todo maíz) que también provendría de aquellas regiones. Este escenario llevó a algunos investigadores como Adam Hajduk y Ana María Albornoz, en el sudoeste rionegrino, y Alberto Pérez, en la zona cordillerana del sur de Neuquén, a considerar la posibilidad de que la ocupación efectiva del ambiente boscoso hace alrededor de 2.000 años AP sea resultado del flujo de poblaciones humanas provenientes de la vertiente pacífica de los Andes.



Figura 11. Extracción de una canoa monóxila en el lago Nahuel Huapi (año 1968) y actualmente expuesta en el centro de interpretación de la isla Victoria (tomada de Braicovich 2004).

La tecnología cerámica representa una de las innovaciones más significativas ocurridas en los últimos 2.000 años en el mundo de las sociedades cazadoras-re-

Los pueblos nómades de Río Negro

colectoras norpatagónicas. No sólo por las ventajas utilitarias que implicó su uso para la cocción de alimentos, sino también para el almacenamiento de líquidos y sólidos. Con este material se fabricaron ollas para cocción, jarras para contener líquidos, platos y pipas, entre otros artefactos. Los modos de fabricación, y las formas y los diseños decorativos de la cerámica en ambas vertientes de los Andes son expresiones estilísticas muy características del área y se conocen como “Complejo Pitrén” y “Vergel-Valdivia”. Estos complejos se destacan por el método de “pintura negativa” (como la moderna técnica de *batik*) y la decoración lineal o extendida en colores negro, rojo y blanco, respectivamente (Figura 12). Según muchos autores estos estilos podrían estar relacionados con la cultura mapuche, en particular en el caso del Valdivia, cuyo uso es registrado en las crónicas de los siglos XVI al XIX. En cambio, en la estepa interior la cerámica presenta algunas diferencias tecnológicas y decorativas como la presencia de decoración incisa más elaborada, grabada en la pasta fresca. Al parecer existieron estilos distintos en las áreas boscosas cordilleranas y esteparias, que orientan las investigaciones en torno a las relaciones interétnicas y a la circulación de objetos y de ideas.



Figura 12. Vista de una pieza tipo “Valdivia”, estilo “Negro sobre Blanco”, proveniente de la provincia de Neuquén (colección Mario Raone, Neuquén Capital) (tomada de Hajduk y colaboradores 2011).

El caso de los moluscos marinos, de los cuales se han hallado más de 10 especies en sitios arqueológicos de Norpatagonia argentina, es fascinante porque muestran la circulación de artefactos y personas a larga distancia. Se trata

de objetos que pueden o no estar manufacturados, pero que en líneas generales no suelen asociarse al consumo alimenticio. En la mayoría de los casos se trata de elementos utilitarios, por ejemplo cucharas, y frecuentemente fueron utilizados para confeccionar adornos personales como cuentas de collares y pendientes. Uno de los muchos ejemplos que se pueden destacar en la zona del lago Nahuel Huapi tiene que ver con la presencia de un caracol muy pequeño de color fucsia (*Homalopoma cunninghami*; Figura 13), hallado en diversos sitios, con antigüedades de hasta 6.500 años en el caso del sitio El Trébol, y con una cantidad y distribución mucho más marcada en los últimos 2.000 años. La evidencia actual sugiere que estos moluscos provendrían tanto del océano Atlántico como del Pacífico, lo cual permite imaginar las formas y alcance de la movilidad y la interacción social de las poblaciones norpatagónicas y en particular del sudoeste rionegrino.



Figura 13. Molusco marino recuperado en el sitio El Trébol. Obsérvese el orificio intencional, que indicaría su posible uso como cuenta de collar (tomada de Hajduk y colaboradores 2011).

En el extremo sudoeste de la provincia, en la zona del río Manso inferior y sus afluentes, las investigaciones desarrolladas por las arqueólogas Cristina Bellelli y Mariana Carballido Calatayud, y Pablo Fernández y equipo, muestran tendencias generales similares a lo observado en el Nahuel Huapi, aunque también algunas diferencias. En este sector boscoso la cronología de ocupación humana es más tardía y si bien existe un sitio con fechas cercanas a los 8.200 años AP (Población Anticura), la mayor parte de la evidencia corresponde a los últimos 3.000 años (sitios Paredón Lanfré, Peumayén, Campamento

Argentino, entre otros). De igual forma que en el área del lago Nahuel Huapi, durante los últimos 2.000 años se observan cambios sustanciales en la forma de ocupar el bosque y aparecen estrategias específicas como la caza y consumo sistemático de especies del bosque (por ejemplo, huemul). A diferencia del área del Nahuel Huapi, allí no se observaron materiales que prueben el uso de tecnologías de navegación, y tampoco son claras las evidencias de contacto con la vertiente occidental de los andes, aunque existen algunas similitudes en ciertos motivos rupestres. Esto nos muestra la diversidad en la forma de utilizar estos ambientes y las distintas trayectorias humanas en cada sector de este amplio paisaje.

LAS OCUPACIONES HUMANAS EN LA PRECORDILLERA Y LA ESTEPA VECINA

Hacia el sector más oriental de la cordillera, en el ámbito precordillerano estepario, las evidencias de la presencia humana son más notorias, visibles y frecuentes. Desde las nacientes del río Limay, hasta la confluencia con el río Traful, se observa un paisaje transicional, con parches de bosque que se instalan en un ambiente predominantemente estepario. Este ambiente fue utilizado por poblaciones de cazadoras-recolectoras desde hace unos 11.500 años AP, según lo muestran varias cuevas excavadas por los arqueólogos Adam Hajduk, Eduardo Crivelli Montero, Mario Silveira, Rita Ceballos y equipos, a ambos lados del Limay (Corral I y II, Valle Encantado, Traful I, Cuyín Manzano, entre otros sitios, véanse Capítulos 2 y 3). La economía de estos grupos, como es habitual en la estepa patagónica, se centraba en el guanaco, aunque esto fue variable en el tiempo, incorporando fauna de pequeño tamaño y también algunos recursos acuáticos (peces y moluscos). En ningún caso se observó el aprovechamiento alimenticio de megafauna. Como se expresó en capítulos previos, la evidencia de ocupación temprana de este tramo de la cuenca superior del río Limay y del lago Nahuel Huapi contrasta con la evidencia más tardía registrada en el resto de la provincia.

En el sector estepario hacia el este del Nahuel Huapi, en la zona media del río Pichileufu, se encuentra el sector denominado “área de Pilcaniyeu”. En este lugar, las investigaciones llevadas adelante por las arqueólogas María Teresa Boschín y Gloria Arrigoni y equipo, permitieron detectar un total de 67 sitios, entre los que se destacan Cueva Pichileufu, Comallo I y II, Cueva Loncomán, La Figura y Cueva Visconti (excavada y publicada previamente por la arqueóloga Rita Ceballos). Las evidencias recuperadas indican ocupaciones recurrentes de grupos cazadores-recolectores, con un marcado conocimiento

del ámbito estepario y sus recursos. En líneas generales la ocupación humana parece estar ligada a la red de cursos de agua estacionales o permanentes, que desaguan en el río Limay.

Más hacia el norte, siguiendo la cuenca del río Pichileufu antes de su desembocadura en el río Limay, los trabajos de los arqueólogos Eduardo Crivelli Montero, Amalia Sanguinetti de Bórmida y equipos detectaron numerosos sitios, tanto a cielo abierto, como en aleros y cuevas, entre los cuales se destacan Casa de Piedra de Ortega, Cueva Curapil, Carriqueo, La Marcelina y El Manantial 1/88. En este ambiente de estepa herbácea y arbustiva, los sitios arqueológicos generalmente se ubican en cercanías de cursos de agua y muestran economías de caza y recolección centradas en el guanaco, aunque con aprovechamiento de ñandú y fauna de tamaño pequeño. En cercanías del río Limay se emplaza el sitio de aprovisionamiento de materias primas Paso Limay, donde se observó una gran disponibilidad de rocas volcánicas negras (llamadas dacitas), cuyas cualidades las hacen especialmente aptas para la talla de artefactos líticos. La materia prima de esta fuente fue empleada en numerosos sitios arqueológicos del sudoeste rionegrino, junto a otras como sílices del río Limay y obsidianas de fuentes más lejanas.

Un aspecto interesante es que de todos los sitios arqueológicos relevados hasta la fecha (más de 100) no se han documentado en la estepa del sudoeste rionegrino contextos con fechas previas a 3.000 años AP. Las investigadoras Boschín y Arrigoni propusieron un interesante modelo de ocupación tardía del área en el marco de la colonización de nuevos espacios interiores por parte de los grupos humanos que habitaron el sector norpatagónico. Según estas autoras, estos espacios habrían sido poco utilizados en momentos previos, principalmente por sus condiciones de aridez. Investigaciones más recientes en el área de la cuenca del arroyo Comallo, es decir, inmediatamente hacia el este del área Pilcaniyeu, confirmaron este “vacío cronológico” para la estepa rionegrina.

PAISAJES HUMANOS E IMÁGENES EN LAS ROCAS

Una de las evidencias arqueológicas más abundantes y relativamente poco conocidas en el sudoeste de la provincia de Río Negro es el arte rupestre. Estas manifestaciones, sean pinturas o grabados sobre las rocas, constituyen evidencia de la dimensión comunicativa y simbólica de los grupos cazadores-recolectores. Si bien hoy no podemos acceder a estos sentidos y significaciones debido a que no formamos parte de la cultura del grupo humano que los hizo, sí sabemos que plasmar diseños en la roca, ya sean figuras geométricas, plantas,

Los pueblos nómades de Río Negro

animales o humanos, conlleva ineludiblemente ideas y conceptos. Como consecuencia, cuando en la actualidad observamos estas “imágenes del pasado”, podemos afirmar que estamos ante la presencia de imaginarios, relatos, eventos y recuerdos. En definitiva, estamos ante imágenes cargadas de palabras y significaciones que ocuparon un rol central en la transmisión de conocimientos para los inmediatos participantes y también para las generaciones futuras.

El sudoeste rionegrino se destaca por poseer una gran cantidad de sitios con arte rupestre (pinturas y grabados), tanto en la estepa como en el ecotono y el bosque. Si bien en la cuenca del Limay hay evidencias de grabados rupestres con una posible antigüedad cercana a los 10.000 años AP, fue en los últimos 3.000 años cuando proliferó este registro, aumentando la cantidad y la diversidad de diseños. Una de las características más notables de los motivos rupestres en nuestra región es que presentan diferencias importantes en cuanto al repertorio de diseños según el ambiente en que se encuentren. En la estepa se han identificado y estudiado más de 50 sitios arqueológicos con presencia de pinturas y grabados. Estos sitios presentan una gran diversidad de diseños, que se pueden agrupar en dos grandes grupos o estilos: el de pisadas y el de grecas (Figura 14). El estilo de pisadas, tiene una antigüedad estimada en 3.000 años AP y se caracteriza por la representación de animales y humanos a través de sus pisadas o huellas, junto con diseños geométricos simples como círculos, líneas y puntos. El estilo de grecas, presenta una considerable complejidad geométrica destacándose los diseños de tipo laberínticos, escalonados y almenados, junto a representaciones humanas esquemáticas. Muchas veces estos diseños están realizados en rojo y también en otros colores como amarillo, verde, negro y blanco. En la actualidad este estilo constituye un desafío para los arqueólogos ya que dentro de él coexiste una gran diversidad de diseños. Se estima que la antigüedad del estilo grecas no supera los 1.000 años AP.

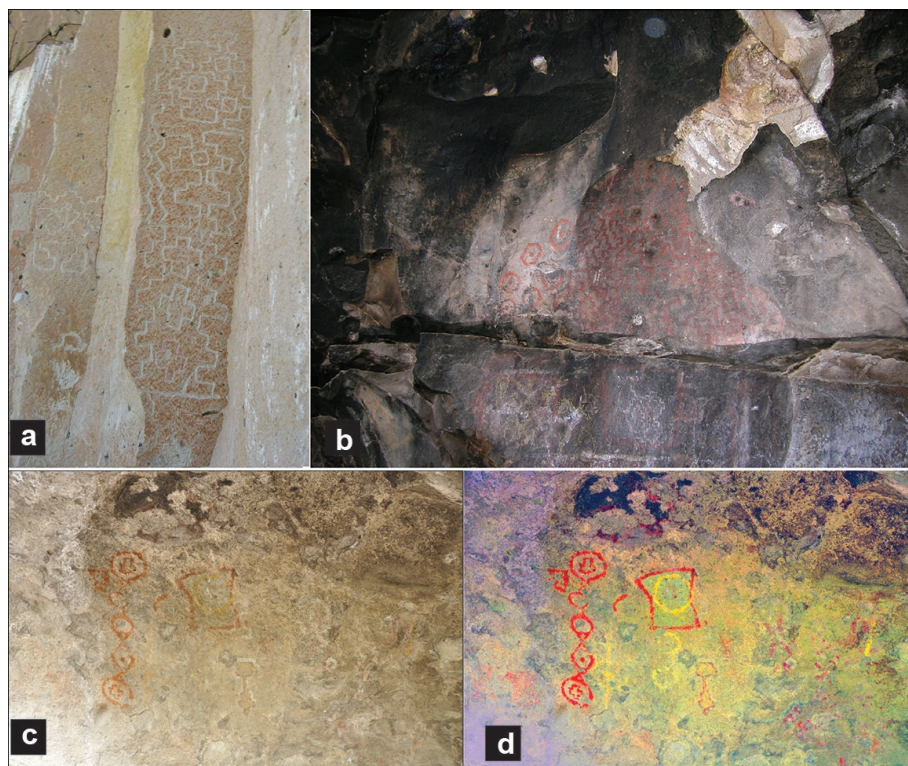


Figura 14. Representaciones rupestres en sitios de la estepa de Río Negro. a) Paredón Pichileufu; b) Cueva Fernández; c) Valle Encantado, y d) Valle Encantado procesado con *DStretch*.

Por su parte, en el ambiente de bosque y ecotono, los sitios rupestres se emplazan principalmente cerca de los grandes cuerpos de agua, tales como los lagos Nahuel Huapi, Moreno, Mascardi y Guillermo; y también cerca de cursos de agua como el río Manso. Una de las particularidades de estos sitios es que las pinturas rupestres en su mayoría son de tonalidades del rojo, con escasa presencia de otros colores como el amarillo y el verde. El repertorio de diseños presentes en estos ambientes difiere notablemente de las formas de la estepa vecina. Se trata de diseños que representan animales cuadrúpedos (posiblemente huemules y guanacos) y también figuras humanas, en muchos casos representadas junto a animales que fueron interpretados como caballos montados. Considerando estas características, las investigadoras Ana María Albornoz y Estela Cuneo definieron una modalidad nueva y diferente dentro del estilo de grecas, denominada “modalidad del ámbito boscoso lacustre” (Figura 15). Según ellas, estas pinturas fueron realizadas por grupos humanos

Los pueblos nómades de Río Negro

diferentes a los asentados en la estepa, plenamente adaptados a la vida en el medio lacustre-boscoso.

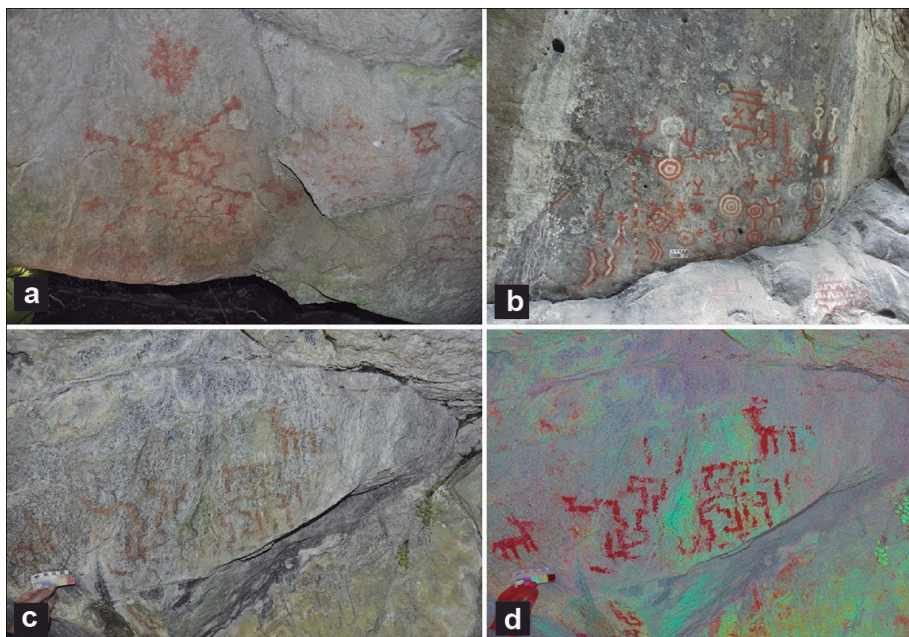


Figura 15. Sitios del bosque Andino Patagónico. a) Queutre Inalef; b) Alero Las Mellizas; c) Lago Guillermo, y d) Lago Guillermo procesado con *DStretch*.

En suma, la presencia de una gran cantidad y variedad de sitios rupestres emplazados en los distintos ambientes del noroeste de la provincia de Río Negro, muestra que, durante los últimos 3.000 años, diversos grupos desplegaron estrategias visuales, comunicativas y simbólicas sustancialmente diversas. De este modo, a partir de su estudio podemos comprender de qué modo estos grupos humanos marcaron el paisaje, pero a su vez lo fueron transformando inscribiendo estas “imágenes en las rocas”.

LOS ÚLTIMOS SIGLOS: ENCUENTROS Y CONFLICTOS

En los últimos siglos, el área del actual sudoeste rionegrino se mantuvo como escenario de encuentros entre distintas parcialidades indígenas que establecían amplias redes de circulación tanto norte-sur como desde la costa atlántica al océano Pacífico, documentadas por las crónicas de los viajeros de

los siglos XVII y XVIII. Estos grupos desarrollaron diversas estrategias para la subsistencia, tecnologías complejas como la producción de cerámica para cocción y transporte de alimentos, metalurgia en cobre, técnicas para el trabajo de la piedra y el cuero, que se sumaban a las pinturas rupestres realizadas en varios puntos del paisaje norpatagónico como forma de comunicación entre grupos y representación de sus creencias.

Desde el siglo XVI, los grupos indígenas vieron como la Patagonia pasó a ser el centro de viajes, expediciones militares, malocas esclavistas y misiones religiosas, así como en un espacio de confrontación armada. La presencia española llegó muy temprano a la vertiente oeste de la cordillera, donde se instalaron centros urbanos como Villarica, Osorno, Castro y Calbuco, los tres primeros destruidos en los enfrentamientos durante la rebelión mapuche de 1598, conocida como la “Guerra del Arauco”. En este contexto de conflictividad entre españoles e indígenas se produjo el avance misionero jesuita al lago Nahuel Huapi. En 1670, el Padre Nicolás Mascardi lleva a delante la incursión al lago, fundando la Misión Nuestra Señora de la Asunción de los Poyas, en la zona de Península Huemul -zona noreste del lago, actual Parque Nacional Nahuel Huapi- para evangelizar las poblaciones canoeras y cazadoras, nombrados respectivamente *puelches* y *poyas* según el mismo Mascardi. La misión tuvo varios enfrentamientos con las poblaciones indígenas locales, siendo refundada cuatro veces en 50 años, para ser finalmente abandonada por los clérigos. En 1933, el propietario del terreno, Carlos Ortiz Basualdo excavó una parte de lo que se estima sería el cementerio de la misión, encontrando 13 esqueletos humanos indígenas enterrados de forma “cristiana” -brazos cruzados sobre el torso y orientados el Oeste-, con cuencos cerámicos y piezas de orfebrería indígena como acompañamiento.

La arqueología de tiempos históricos en el área no sólo se limita a la misión. Se han hallado también restos arqueológicos coloniales en la zona de puerto Pañuelo y península Llao-Llao. El sitio arqueológico Cancha de Pelota Llao Llao (Figura 16) fue excavado por Adam Hajduk y equipo desde la década de 1970, y presenta restos de una construcción rectangular realizada con postes de madera de ciprés, con vajilla mayólica española, fragmentos de botellas de vidrio antiguas, así como cerámica e instrumentos de piedra indígenas. Luego de varios años de investigaciones, este sitio aún sigue siendo trabajado por la investigadora Marcia Bianchi Vilelli y equipo para entender cómo fue la relación entre jesuitas, indígenas y la milicia realista en el área.



Figura 16. Sitio arqueológico Cancha de Pelota Llao Llao (S.C. de Bariloche). Obsérvese la estructura de troncos de madera de ciprés (fotografía gentileza de Adam Hajduk).

Una vez abandonada la zona por los jesuitas, los distintos grupos indígenas mantuvieron sus formas de vida, incorporando gradualmente el intercambio con los asentamientos coloniales tanto del oeste cordillerano como del este pampeano. Un aspecto que resulta llamativo e interesante es que la mayoría de los sitios arqueológicos con evidencias humanas muy antiguas mantiene su ocupación hasta momentos muy recientes, incorporando el uso de materiales coloniales, restos de animales introducidos en Norpatagonia, como caballos, vacas y ovejas, muchos de los cuales se encuentran en el repertorio de las pinturas rupestres, representando posibles equinos y en algunos casos, jinetes.

Las investigaciones de la historiadora Laura Méndez muestran cómo durante el siglo XIX las relaciones entre los pueblos indígenas y el Estado argentino se fueron complejizando con tensiones y alianzas comerciales. A fines de la década de 1870, este escenario se modificó definitivamente cuando el ejército argentino, al mando del General J. A. Roca, avanzó sobre las poblaciones indígenas con el objetivo de someterlas y anexar sus territorios al dominio estatal. Esta avanzada militar produjo la matanza, desarraigo y demarcación étnica de las poblaciones mapuche y tehuelche. Así, la arqueología del siglo XIX en la zona muestra la presencia del ejército argentino, con los fortines y objetos de

uso militar como armas, balas, botones, etc. Durante la última década del siglo XIX, el territorio del oeste rionegrino fue organizado por el Estado nacional, formalizando la entrega de tierras a quienes financiaron la campaña militar a Patagonia. En este contexto de mayor actividad ganadera y comercial en la zona, se crea en 1902 la colonia agrícola pastoril Nahuel Huapi y en 1903, la ciudad de San Carlos de Bariloche. La zona se caracterizaba por la población rural indígena y criolla a la vez que recibía a inmigrantes europeos y chilenos, ocupando el incipiente casco urbano. Existen varios sitios arqueológicos trabajados por Adam Hajduk, Ana Albornoz, Solange Fernández y Graciela Montero que retratan este momento fundacional de la ciudad de S.C. de Bariloche: la casa Pérez Arduser, el hospital salesiano y las excavaciones en el basural del Mitre 50. Todas ellas dan cuenta de la vida entre 1890 y 1940; una incipiente vida urbana muy vinculada al consumo de bienes importados de Europa y Estados Unidos que llegaban a través de Chile.

En síntesis, la historia del uso humano del sudoeste rionegrino es rica, diversa y con gran profundidad temporal. A lo largo del proceso de poblamiento y ocupación del área se observa que los grupos humanos desarrollaron diferentes estrategias para lidiar con un paisaje cultural y naturalmente diverso. El área está directamente implicada en discusiones que son centrales en la arqueología tanto a nivel local como regional: el poblamiento inicial de la Patagonia, la interacción entre poblaciones humanas y megafauna extinta, el desarrollo de adaptaciones a ambientes específicos como por ejemplo la navegación prehistórica -no documentada en ninguna otra área de Patagonia continental argentina-, los vínculos entre poblaciones a uno y otro lado de la cordillera de los Andes, la complejidad de las relaciones interétnicas y el avance del ejército sobre la poblaciones indígena.

Este capítulo no agota el enorme potencial que el área tiene en relación a la historia humana; aún queda un largo camino por transitar antes de poder responder las preguntas fundamentales que nos ocupan. Sin embargo, todo este esfuerzo sería en vano si no logramos comunicar adecuadamente nuestros resultados y la importancia de conocer, conservar y proteger el patrimonio cultural de nuestra provincia.

LECTURAS SUGERIDAS

- Braicovich, R. 2004. Las canoas del Parque Nacional Nahuel Huapi. Tesis de Licenciatura inédita, Universidad Nacional de Rosario.
- Fernández P., M. Carballido Calatayud, C. Bellelli, M. Podesta y V. Scheinsohn. 2011. Marcas en la piedra, huellas en la tierra el poblamiento del bos-

Los pueblos nómades de Río Negro

que del suroeste de Río Negro - noroeste de Chubut. En: *Procesos históricos, transformaciones sociales y construcciones de fronteras: aproximaciones a las relaciones inter-étnicas: estudios sobre Norpatagonia, Argentina, y Labrador, Canadá*, coordinado por S. Valverde, G. Maragliano y M. Impemba. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

- Hajduk A., A. Albornoz y M. J. Lezcano. 2011. Espacio, cultura y tiempo: el corredor bioceánico norpatagónico desde la perspectiva arqueológica. En: *Cultura y espacio. Araucanía-Norpatagonia*, compilado por Pedro Navarro Floria y Walter Delrio, pp. 262-292, IIDyPCa-UNRN.
- Hajduk A., F. L. Scartascini, E. Vargas y M. Lezcano. 2018. Arqueología de isla Victoria, Parque Nacional Huapi, Patagonia Argentina: actualización y perspectivas futuras. *Intersecciones en Antropología* 19: 37-48.

5

Los cazadores-recolectores y el mar

Florencia Borella y Cristian M. Favier Dubois

Al igual que los ríos, las costas marinas han sido muy atractivas para las sociedades humanas a lo largo del tiempo y del espacio, y el actual territorio de Río Negro no fue una excepción. Si bien durante muchos años existió una idea generalizada según la cual la costa atlántica de Norpatagonia, en general, y la de Río Negro, en particular, fue un espacio marginal y poco atractivo para los grupos cazadores-recolectores del pasado, esta idea ha ido cambiando en las últimas décadas. Hoy en día sabemos que las costas fueron explotadas de muy diversas maneras según su forma, la disponibilidad y abundancia de recursos, a la vez que hemos registrado cambios en las tecnologías empleadas por estas sociedades. Por ejemplo, hay sectores costeros en los que la gran abundancia de recursos marinos disponibles permitió que sociedades marisqueadoras, cazadoras y pescadoras permanezcan allí de manera permanente durante miles de años, como ocurrió en el Canal Beagle (al sur de Tierra del Fuego) y los canales fueguinos del sur de Chile. Otras costas, en cambio, con mayores dificultades para obtener recursos de ellas, fueron esporádicamente utilizadas para la obtención de

alimentos, como sucede con la costa actual de la mayor parte de la región pampeana, en la provincia de Buenos Aires. En el medio de estos dos extremos existen numerosos ejemplos de usos variados de los territorios costeros en el pasado. En la provincia de Río Negro, las investigaciones realizadas en las últimas décadas permitieron reconocer distintos tipos de explotación de la costa a lo largo de la historia. En las siguientes páginas nos referiremos a esa relación variable entre los cazadores recolectores y el mar, con especial énfasis en el golfo de San Matías donde una mayor intensidad de uso de la costa fue registrada arqueológicamente. La mayor parte de la información aquí discutida fue generada por un equipo interdisciplinario que inició hace unos veinte años investigaciones arqueológicas sistemáticas en el área.

LOS CONCHEROS, EL RASGO MÁS VISIBLE DEL USO HUMANO DE LA COSTA EN EL PASADO

Uno de los rasgos más característico del paisaje costero del golfo de San Matías (de aquí en adelante GSM) son las acumulaciones de valvas de moluscos denominadas “concheros”, localizados entre los médanos litorales (Figura 17). Estos montículos se formaron por el recurrente descarte de las valvas de mejillones y cholgas consumidos por los grupos cazadores-recolectores que ocuparon el área en el pasado y que, hasta hace unos años, poco se decía de ellos. Estos “concheros” contienen valiosa información referida a la alimentación de los grupos humanos del pasado y a la época del año en que fueron consumidos dichos recursos; así como a artefactos líticos que nos permiten conocer diversas actividades allí desarrolladas.



Figura 17. Concheros erosionados en la costa norte del GSM, La Rinconada -Las Grutas- (arriba) y Paesani -Bahía Creek- (abajo).

Una de las primeras preguntas que el equipo de arqueólogos se hizo al comenzar los estudios sistemáticos en la costa de Río Negro fue acerca del papel de los recursos marinos (moluscos, peces, aves y mamíferos) en la alimentación de los seres humanos que ocuparon el amplio litoral en el pasado prehispánico. Un hallazgo recurrente que hicieron en los concheros (Figura 18) fue el registro de abundantes restos de peces. Este fue un dato curioso y novedoso ya que las investigaciones arqueológicas previas en Patagonia continental prácticamente no mencionaban el consumo de peces entre los grupos cazadores-recolectores del pasado, sino que más bien señalaban que el principal recurso alimenticio había sido el guanaco. Por otra parte, para este sector litoral no se dispone de información de fuentes históricas-documentales que mencionen poblaciones humanas viviendo en la costa del golfo de San Matías en la época colonial.



Figura 18. Restos de peces en la excavación de un conchero (abajo) y otolitos de corvina en superficie hallados en la costa del GSM (arriba).

Otra de las preguntas importantes que había que responder era por qué estas personas escogieron vivir en el GSM. Desde el punto de vista ambiental la región posee un clima general templado, semiárido, con una temperatura media de unos 15° C y una vegetación arbustiva que corresponde al monte patagónico. Pero la singularidad del área sin duda está en las características del golfo, el segundo más extenso de la costa argentina, cuyas aguas presentan una rica composición de especies debido a que en esta latitud se establece la zona de transición entre las provincias biogeográficas Argentina y Magallánica. Esto genera una notable biodiversidad marina compuesta por 257 especies de invertebrados (incluyendo 131 de moluscos), 94 de peces, 198 de aves y al menos 24 de mamíferos marinos (lobos y cetáceos). Además, en los campos de dunas litorales se generan reservorios naturales de agua dulce que son fundamentales para la supervivencia en una región semiárida como esta. El litoral marítimo rionegrino constituye entonces un espacio rico en recursos y muy atractivo para los grupos humanos del pasado, donde a los recursos vegetales y faunísticos del continente se le suma esta amplia diversidad de recursos marinos.

INDAGANDO ACTIVIDADES A TRAVÉS DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Son muy variados los materiales arqueológicos que aparecen en la costa del GSM, pero el estudio de todos ellos y del contexto brinda la información clave para interpretarlos. El estudio de los restos faunísticos recuperados en la excavación de los concheros nos informa sobre las especies consumidas, mientras que los artefactos de piedra permiten inferir otras actividades realizadas en el lugar. Precisamente, los desechos de rocas talladas refrieren al modo empleado en la confección de instrumentos líticos, que pudo ser por percusión, presión o abrasión. Estos artefactos se utilizaban para capturar peces o arponearlos (pesas de línea o red, lanzas) o para cazar animales terrestres de diverso tamaño como guanacos, pequeños mamíferos, aves, etc. (puntas de proyectil, lanzas y bolas). También fueron empleados para diversas tareas relacionadas con el procesamiento de presas animales (descamación, fileteo, desarticulación, cuero, descarnar, etc.) y para procesar los vegetales colectados en el área, tales como semillas y bayas que se molían mediante el uso de morteros y manos.

El hallazgo de fragmentos cerámicos indica el empleo de vasijas de formas globulares, de diversos tamaños como contenedores (de agua y productos sólidos) y también para la preparación y cocción de alimentos. Asimismo, el hallazgo de instrumentos realizados sobre huesos de animales y fragmentos de valvas transformados en artefactos mediante pulido o talla (cuentas de collares, adornos y otros objetos sobre conchas) así como de fragmentos de cáscaras de huevos de ñandú o choique decoradas con grabados (Figura 19), nos señalan la importante diversidad de artefactos elaborados para muy variados fines, incluyendo aquellos de carácter simbólico.



Figura 19. Diseños grabados en fragmentos de cáscaras de huevo de ñandú o choique halladas en varios sitios arqueológicos de la costa del GSM (izquierda) y huevo colectado por un poblador local donde se observa la guarda periférica al orificio (derecha).

Los pueblos nómades de Río Negro

Si bien es difícil tratar sobre los aspectos simbólicos entre grupos cazadores-recolectores por las dificultades para interpretar la complejidad de sus motivaciones, podemos señalar que la decoración de artefactos delicados como son las cáscaras de huevo, la confección de cuentas en valvas, la elaboración de hachas y placas de piedra grabadas y la decoración cerámica, implica realizar motivos con “significados” compartidos por los miembros del grupo. Algo similar sucede con los grabados rupestres sobre rocas (petroglifos) hallados cerca del mar en Punta Odriozola, en la costa oeste del GSM (Figura 20). Si bien hoy no podemos conocer el significado que tuvieron estos símbolos para la gente en el pasado, está claro que su empleo remite a una forma de comunicación visual de cierta información compartida por el grupo. En el caso de los petroglifos, su localización puntual posiblemente demarcara un espacio, tal vez funcionando como indicador de identidad social o de un territorio.

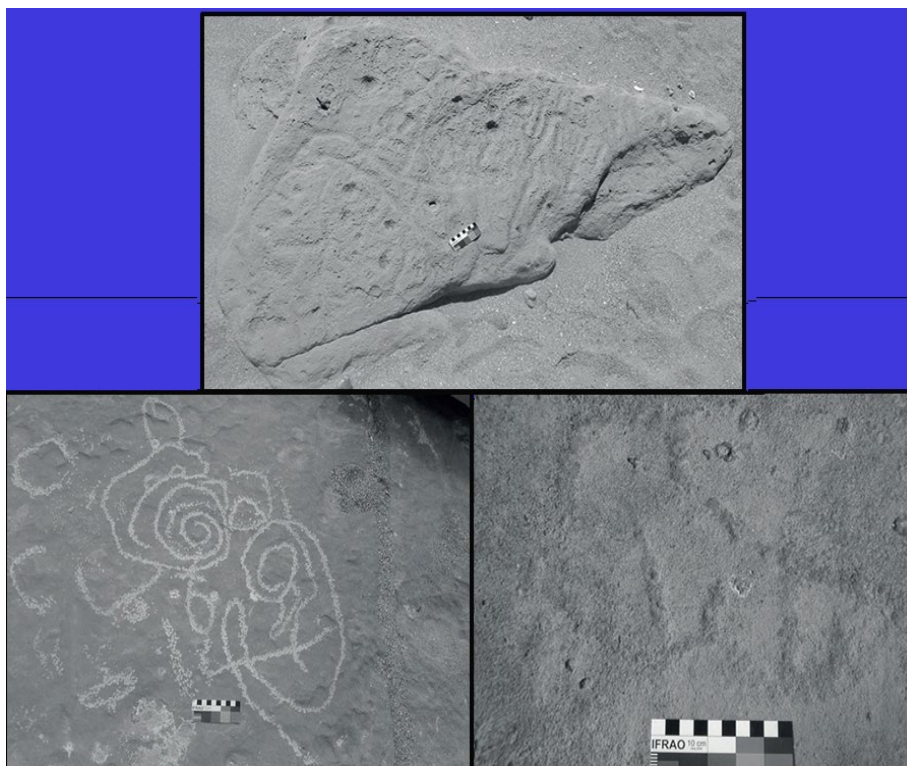


Figura 20. Motivos grabados en la roca (petroglifos) hallados en Punta Odriozola.

EL USO DE LOS RECURSOS MARINOS ENTRE LOS ANTIGUOS POBLADORES DE LA COSTA

El vínculo de los antiguos pobladores con el mar podemos verlo a través de diferentes tipos de evidencia arqueológica. El consumo de recursos marinos a través del tiempo y con diferentes matices ha sido casi constante en la costa del Golfo de San Matías durante los últimos 6.000 años. Es interesante que hasta la fecha no existe evidencia del uso de canoas o balsas en esta región litoral. Sin embargo, y como mencionamos antes, los restos de peces son abundantes en los concheros, y muestran una gran variabilidad y diversidad de especies consumidas. A partir del conocimiento actual del comportamiento de las especies recuperadas es posible determinar la época del año en que se realizó su captura, dónde y cómo se llevó a cabo y si se trató de una captura masiva o individual. Se registraron más de 20 especies costeras distintas de peces en las diferentes localidades arqueológicas, con predominio de algunas de ellas en determinadas localidades. Por ejemplo, en Bahía Creek, Bajo de la Quinta y Bahía San Antonio se hallaron abundantes otolitos (concreciones minerales muy resistentes a la erosión contenidas en el oído) de corvinas rubias (Figura 18) que constituyen la evidencia de ocupación humana más temprana para este litoral con una antigüedad cercana a los 6.000 años, restos que aparecen asociados a pesas líticas y en antiguas terrazas marinas. Estas pesas eran fabricadas con guijarros de playa a los que se hacía dos muescas opuestas al eje longitudinal (Figura 21), la que probablemente se utilizaban para fondear las redes y las líneas de pesca desde la costa.



Figura 21. Pesas de red empleadas para la pesca en la costa del GSM.

En sitios de la Bahía San Antonio se recuperaron numerosos restos de sargo, especie típica de arrecifes costeros y ambientes de fondos blandos. Los cardúmenes de sargos suelen verse en los canales de marea durante la fase re-

Los pueblos nómades de Río Negro

productiva (septiembre a diciembre), mientras que durante el resto del año se observan agregaciones de juveniles o adultos de hábitos solitarios. En cambio, en los concheros de Bahía Creek la evidencia arqueológica indicó la abundancia de lucerna, pez que en la actualidad presenta un patrón de mortalidad masiva durante los meses de verano. Si el patrón actual de esta especie fue similar en el pasado, es posible que los grupos humanos hayan visitado el lugar durante esos meses para recolectar lucernas en la playa. Más al sur, en la desembocadura del arroyo Verde, el registro arqueológico señaló una alta representación del mero entre los restos de peces, cuya máxima abundancia se observa en los meses de otoño. De esta forma, la evidencia arqueológica señaló una explotación de peces orientada a ciertas especies en determinados sectores del paisaje litoral. A su vez, se observó que en aquellas localidades donde se registró un mayor número de restos de peces, también se observó un alto porcentaje de pesas líticas asociadas con actividades de pesca.

Asimismo, el análisis de la variedad de tamaño de los peces en los distintos sitios y el estudio de las pesas empleadas para la pesca, permitió inferir los métodos utilizados. Se propuso que para los momentos del máximo transgresivo marino del Holoceno medio (alrededor de 6.000 años atrás, cuando el nivel del mar era mucho más alto que el actual), la morfología de la costa habría constituido un escenario adecuado para la captura de grandes cantidades de peces mediante métodos masivos como las redes con pesas líticas en algunas entrantes donde las aguas eran calmas y poco profundas (Figura 22).



Figura 22. Antiguos escenarios de pesca: restos de peces y pesas en antiguas terrazas utilizadas durante el Holoceno medio en el sitio Bajo de la Quinta.

Por otra parte, y a partir la identificación de los cambios en la vegetación a través de estudios del polen preservado en sedimentos, se determinó que entre 6.000 y 8.000 años AP el clima en esta zona fue muy árido. Esto habría disminuido la disponibilidad de recursos terrestres en el interior y estimulado a las sociedades humanas a ocupar la costa rionegrina y el desarrollar técnicas pesqueras necesarias para explotar los variados recursos que ofrece el mar en esta latitud.

A partir de la conformación de la actual línea de costa -durante el Holoceno tardío, hace unos 3.000 años-, las condiciones para la práctica pesquera cambiaron. Se observa una disminución en las frecuencias de restos de corvina en los conjuntos arqueológicos y una mayor selección de los tamaños de presas capturadas. Esto podría estar vinculado con técnicas más selectivas e individuales de pesca como el empleo de líneas con anzuelos. También se observa un marcado aumento en las diversidades de especies de peces explotadas, así como la incorporación de otras especies de animales, tanto marinos como terrestres. Huesos de lobos marinos -crías y animales de pequeño tamaño- aparecen en buena parte de los concheros y basurales arqueológicos. Es interesante destacar que se identificaron principalmente huesos de lobo marino de dos pelos (*Arctocephalus australis*), especie que actualmente no se reproduce en la costa rionegrina y se observa en menor proporción en términos de abundancia en el litoral del GSM. Sin embargo, esta especie fue la más capturada y consumida durante miles de años, aunque en la actualidad es otra especie (*Otaria flavescens*, o lobo marino de un pelo) la que predomina en todo el litoral atlántico de Patagonia continental.

Al mismo tiempo registramos en los concheros del Holoceno tardío que junto a los restos de moluscos, peces y lobos marinos, aparecen también restos de guanacos, maras, armadillos, aves marinas y también terrestres. Esta diversidad de presas muestra la incorporación durante este período de animales que, si bien estaban presentes en el ambiente en forma previa, no contábamos con registro de su explotación y consumo por parte de los grupos humanos antes del Holoceno tardío. Junto a estas nuevas presas se observa la incorporación de una serie de herramientas líticas específicas para la caza, como son las puntas de lanza y de flecha, que cada vez son más frecuentes. Estas armas fueron confeccionadas mayormente con rocas obtenidas en la faja costera, lo que demuestra que la costa les brindaba la mayoría de los recursos que necesitaban para vivir. Así, a partir de los 3.000 años AP comienza a notarse un cambio en cuanto a las especies de animales aprovechadas y a la forma en que fueron capturadas.

En síntesis, la evidencia arqueológica recuperada en la costa del GSM en forma conjunta, permite indagar sobre un vasto espectro de actividades de-

sarrolladas en cada lugar, acerca de la amplia gama de utensilios que se han confeccionado y de las diferentes materias primas empleadas para elaborarlos. Esto da una idea del inmenso conocimiento del ambiente donde vivían, de los recursos que disponían y de sus potencialidades, a la vez que nos permite conocer, al menos de manera fragmentaria, una forma de vida particular, diferente a la registrada en otros sectores de la costa patagónica.

LA DIETA DE LOS ANTIGUOS POBLADORES DE LA COSTA

En las últimas décadas, el incremento de la erosión de las dunas litorales produjo la aparición de inhumaciones ancestrales, señalando que los médanos fueron un espacio escogido en forma recurrente en el pasado para sepultar a los muertos. La repetida elección de ese espacio frente al mar para los enterramientos humanos es sin duda significativa para comprender la relevancia que tuvo la costa en el modo de vida de los grupos cazadores-recolectores-pescadores que ocuparon el GSM.

Sobre los restos humanos se realizaron estudios químicos de isótopos estables del carbono y del nitrógeno, a fin de conocer qué alimentos fueron consumidos (véase Capítulo 8). Este tipo de estudios es muy valioso ya que a partir de un pequeño fragmento de huesos o diente humano se puede obtener información acerca de lo que predominantemente comió ese individuo, si se trató de recursos marinos o terrestres e, incluso, evaluar qué tipos de especies. Esta información obtenida a partir de los elementos químicos es de suma importancia ya que muchas veces los restos faunísticos y vegetales en los basurales pueden haberse destruido o no preservarse en la misma proporción en que fueron consumidos, por lo que la representación de huesos de ciertos animales puede estar sesgada a favor de aquellos restos más durables, resistentes al paso del tiempo (huesos densos, más duros o de animales de mayor tamaño). En el caso puntual del GSM, a partir de los estudios isotópicos se detectaron dos tipos de dietas sucesivas en el tiempo: la primera (desde hace 6.000 hasta unos 2.000 años AP) predominantemente marina que incluía especies de alto nivel en la cadena alimentaria, como son los lobos marinos, peces y aves marinas. Luego (entre los 2.000 y los 400 años AP), la relevancia de los recursos marinos disminuye y se incorporan a la dieta una mayor cantidad de plantas y herbívoros terrestres, ambos de menor jerarquía en la cadena alimentaria. Es interesante destacar que, los cambios en las dietas detectados por estos estudios se derivan también de la presencia de otros materiales arqueológicos en los sitios, como restos óseos de animales terrestres y nuevas armas para la captura de presas (aves, guanacos, maras, armadillos, etc.). También comienza a utilizarse

la cerámica que permitió, por ejemplo, la preparación y conservación de alimentos para el consumo de una manera diferente.

En suma, en este capítulo hemos resumido los resultados principales del estudio de los restos arqueológicos recuperados en la costa rionegrina, y que constituyen lo que los arqueólogos llamamos “registro arqueológico”. A partir de las investigaciones realizadas hemos visto que desde hace miles de años hasta hoy, el mar y sus recursos ocuparon y ocupan un lugar central en la vida de los habitantes de la costa del golfo de San Matías.

LECTURAS SUGERIDAS

- Borella F. 2006. ¿Dónde están los lobos en la costa atlántica de Norpatagonia? Explorando vías para resolver el registro arqueofaunístico. *Revista Werken*, 9: 97-114.
- Borella, F., y M. Cardillo. 2011. *Arqueología de Pescadores y marisqueadores en Nordpatagonia. Descifrando un registro de más de 6.000 años*. Editorial Dunken, Buenos Aires.
- Carden, N. y F. Borella. 2016. Primeros datos sobre arte rupestre en el litoral atlántico de Patagonia continental. Los petroglifos de Punta Odriozola (Río Negro, Argentina). En: *Arqueología de Patagonia: de Mar a Mar*, F. Mena (Ed.). Editorial CIEP, Coyhaique, pp. 421-429.
- Favier Dubois, C.M., R. Kokot, F. Scartascini y F. Borella. 2016. Una perspectiva geoarqueológica del registro de ocupaciones humanas en el golfo San Matías (Río Negro, Argentina). *Intersecciones en Antropología* (vol. Especial) 4:47-59.
- Favier Dubois, C.M.; F. Borella y R. Tykot. 2009. Tendencias en el uso humano del espacio y los recursos en el litoral rionegrino durante el Holoceno medio y tardío. En: *Arqueología de Patagonia: una mirada desde el último confín*, M. Salemme, F. Santiago, M. Alvarez, E. Piana, M. Vazquez y M.E. Mansur (eds). Editorial Utopías, Ushuaia, pp. 985-998.
- Scartascini, F. L. 2017. 5.000 Años de pesca en la bahía San Antonio, Río Negro, Patagonia Argentina. *Latin American Antiquity* 28 (3), pp. 394-408.

6

La ocupación de los grandes valles extra-andinos

Luciano Prates y Emiliano Mange

Las sociedades humanas han tenido a lo largo del tiempo una fuerte dependencia de los valles de los ríos y el norte de la Patagonia no ha sido una excepción. Sus tres valles principales (Limay, Colorado y Negro) contienen un importante registro arqueológico que retiene en su memoria miles de años de historia. En ellos las sociedades indígenas no solo obtuvieron agua potable y otros recursos para el consumo, sino que los usaron recurrentemente para la instalación de bases residenciales (o campamentos), como vías de movilidad y desplazamiento entre la cordillera y el mar, y para el entierro de los muertos. Aunque no ha sido evaluado en profundidad, es probable también que los ríos hayan funcionado en algunos casos como límite territorial entre distintos grupos o parcialidades étnicas.

Uno de los aspectos más interesantes y destacables de la historia humana de algunos de estos valles (y en cierta medida esto también se aplica a lo ocurrido en el litoral atlántico de la provincia) es que las características de las sociedades indígenas que los ocuparon no coinciden, en algunos aspectos, con la imagen general que se tiene de los pueblos originarios de la Patagonia. Como hemos

señalado en la introducción de este libro, en el imaginario actual predomina la idea de que estas sociedades eran una unidad cultural homogénea con un modo de vida cazador-recolector cuya forma de vida se organizaba casi exclusivamente alrededor de la caza de grandes animales como guanacos y ñandúes. En las siguientes páginas resumiremos los aspectos más relevantes de la historia humana de las cuencas de los ríos Colorado y el Limay-Negro, donde se muestra que esa idea no es en todos los casos acertada. Teniendo en cuenta que es escasa la información para el sector rionegrino del Colorado y que parte de la información del sector rionegrino del Limay ya fue presentada en los capítulos 2, 3 y 4, pondremos mayor énfasis en el río Negro.

OCUPACIONES HUMANAS EN EL RÍO COLORADO

La información arqueológica sobre la ocupación prehispánica en el sector rionegrino del valle del río Colorado es prácticamente nula, debido a que todavía no se han realizado investigaciones arqueológicas sistemáticas. Solo se dispone de algunas descripciones generales de sitios superficiales en cercanías de Casa de Piedra, y del estudio del sitio Don Aldo, ubicado en la Colonia Juliá y Echarren, aguas abajo de la localidad de Río Colorado. Aun así, la información producida en los sectores de la cuenca correspondientes a las provincias de La Pampa y Buenos Aires es suficiente para ofrecer una imagen general de las ocupaciones indígenas en el área.

Las características generales de los grupos que habitaron el río Colorado difieren bastante según se ubiquen en la cuenca media (el tramo de las provincias de Río Negro y La Pampa) o en la inferior (sector bonaerense). A unos 50 km río abajo de Catriel, en la cuenca media, se encuentra la localidad Casa de Piedra. Además de los restos de los campamentos antiguos, sobre los que hemos hecho referencia en los capítulos 2 y 3, se hallaron en la zona evidencias de ocupaciones más recientes, de los últimos 2.000 años (Figura 23). Entre los aspectos más salientes de este período podría mencionarse la mayor abundancia de sitios arqueológicos con respecto a los momentos más tempranos, aunque pocos de ellos fueron estudiados sistemáticamente. Esto podría indicar cierto aumento en la densidad de la población, lo cual ha sido observado también a nivel regional y continental, especialmente a partir de los 1.500 años AP. Otro aspecto importante es la aparición durante este período de puntas de proyectil más pequeñas y delgadas, las cuales estarían vinculadas con el uso de un arma cuya adquisición fue revolucionaria desde el punto de vista tecnológico: el arco de flechas. Es sabido, por información etnográfica de grupos cazadores-recolectores más recientes y por análisis específicos sobre la aerodi-

námica de los proyectiles con cabezales de piedra, que las puntas pequeñas y delgadas se fabricaban para su uso en flechas arrojadas con arco, a diferencia de las más grandes y gruesas (utilizadas a también en momentos previos) que requerían de propulsión a mano o el uso de propulsor. Aunque no se conoce con precisión cómo y en qué momento apareció esta nueva tecnología entre los cazadores recolectores de América del Sur, existen pocas dudas en cuanto a que no fue inventada localmente y a que su uso ya era generalizado algunos siglos antes de los 1.000 años AP. Este poco conocimiento se debe a que no se han encontrado (ni es esperable que vayan a encontrarse), arcos de flechas en el registro arqueológico. Primero, porque los arcos habrían sido bienes muy valorados por los cazadores y, por esta razón no se los descartaba con frecuencia como otros bienes que aparecen recurrentemente entre los restos de basura de los campamentos. Y segundo, aun cuando un arco haya sido descartado y pasado a formar parte del registro arqueológico, es difícil que se preserve durante mucho tiempo debido a que eran fabricados enteramente con materiales perecibles (madera y fibras vegetales o animales).



Figura 23. Vista del sitio Tapera Flores. De frente se observa a Carlos Gradin, director del equipo de investigación a cargo de los trabajos en la localidad Casa de Piedra (fotografía gentileza de Mónica A. Berón).

Los pueblos nómades de Río Negro

Otro cambio importante ocurrido en toda la región en algún momento entre los 2.000 y 1.000 años AP fue la incorporación de la cerámica. En el valle medio del Colorado hay varios sitios en los que se encontraron fragmentos de este material, aunque los únicos sobre los que se realizaron fechados radiocarbónicos (Carbono¹⁴) son Rinconada Giles -ubicado en la margen pampeana- y Don Aldo. Sin embargo, ambos fechados arrojaron edades más tardías que los momentos de aparición de esta tecnología, que en contextos arqueológicos del sur de la provincia de Buenos Aires habría aparecido hace más de 2.000 años. En Rinconada Giles se encontraron restos de una cerámica cuyas características, especialmente los diseños y motivos de su decoración, son típicos de los utilizados por grupos indígenas de la Araucanía chilena; esto ilustra la escala espacial extensa en la que se producían las interacciones humanas en esos tiempos. En Don Aldo, que se encuentra sobre la margen rionegrina pero más de 300 km río abajo del sitio anterior, los fragmentos de cerámica presentan escasa decoración, y en algunos se observaron depositaciones de hollín, que indican que las vasijas se usaron como recipientes para la cocción de alimentos. Además, se registraron evidencias de consumo de fauna terrestre (guanaco, venado de las pampas y peludo), puntas de proyectil triangulares pequeñas, posiblemente también relacionadas con el uso del arco, y una sepultura humana de un hombre de unos 40 años de edad. Como en Casa de Piedra, es interesante que no se registraron evidencias de aprovechamiento de recursos del río. La presencia de recursos fluviales y marinos es excepcional en el valle medio del Colorado y no está relacionada con el uso alimenticio. Como ejemplo pueden mencionarse las valvas de almejas de agua dulce y conchas de gasterópodo marino que, en ambos sitios, presentan evidencias de haber sido usadas como pequeños recipientes o contenedores.

La información arqueológica del sector inferior del río Colorado (provincia de Buenos Aires) difiere en algunos aspectos de manera bastante notable con respecto a lo observado en la cuenca media. En cercanías de la desembocadura hay ambientes de delta y estuario, y el aprovechamiento humano de los recursos del río se vuelve uno de los rasgos más característicos. Si bien los recursos típicos de los montes y las planicies, como el guanaco, el ñandú y los armadillos, no dejaron de ser relevantes en ningún momento, los recursos propios del río (peces, aves y roedores) fueron significativamente más importantes que en el sector medio de la cuenca.

La mayor parte de lo que sabemos hoy sobre los habitantes prehispanicos del curso inferior del río Colorado se lo debemos a las investigaciones intensivas realizadas por el equipo interdisciplinario dirigido por el arqueólogo Gustavo Martínez. Los trabajos de prospecciones y excavaciones realizados allí

durante los últimos veinte años han permitido generar una imagen muy completa, no solo sobre las formas de vida de esa gente y de sus cambios a través del tiempo, sino también de las condiciones climáticas predominantes en los distintos momentos. El registro humano más antiguo detectado hasta el momento tiene aproximadamente 6.000 años y proviene de restos óseos humanos y faunísticos hallados en el sitio La Modesta, a 60 km de la costa atlántica (véase Capítulo 3). Pero más allá de estos datos antiguos y de los numerosos sitios mortuorios, a los cuales nos vamos a referir en el Capítulo 8, la mayoría de los sitios relacionados con ocupaciones residenciales se encuentran en áreas medanosas cercanas a paleocauces del río o lagunas y tienen una antigüedad que no excede los 2.000 años AP.

Algunos aspectos generales inferidos por Martínez y su equipo a partir del estudio de numerosos sitios que fueron áreas residenciales (entre los más importantes se encuentran La Petrona, El Tigre, La Primavera, Loma Ruiz 1, Zoko Andi 1, localidad arqueológica San Antonio) podemos mencionar, por un lado, lo que ya hemos señalado sobre la mayor importancia en el curso inferior de los recursos del río y, por otro lado, el cambio en los tipos de recursos alimenticios explotados a través del tiempo. Concretamente, en los sitios más tardíos, sobre todo luego de los 1.000 años AP, se empieza a aprovechar una mayor diversidad de recursos que no solo incluye guanacos, venados, ñandúes y armadillos, sino también peces, aves, mamíferos pequeños y vegetales. Esto posiblemente estuvo relacionado con un aumento demográfico y con la incorporación de las nuevas tecnologías ya mencionadas (cerámica y arco de flechas). Paralelamente a estos cambios en la alimentación también se reconoce, por un lado, una progresiva intensificación de la interacción con grupos de otras regiones, lo que se refleja en la aparición de materiales y bienes de procedencias lejanas, y de motivos decorativos compartidos por grupos de regiones vecinas. Y, por otro lado, un cambio en el tratamiento funerario de los muertos, con una mayor inversión de tiempo en la preparación de los ritos funerarios. Esto incluye, por ejemplo, la práctica conocida como “entierro secundario” que, como se describe en el Capítulo 8, consistía en la exhumación de restos enterrado con anterioridad, re-disposición de los huesos de los individuos en paquetes y nueva inhumación en otros lugares, en algunos casos lejanos.

OCUPACIONES HUMANAS EN EL RÍO LIMAY MEDIO Y BAJO

En la cuenca superior del río Limay, incluyendo sus afluentes principales (por ejemplo, Comallo y Pichileufu), se han detectado numerosos sitios arqueológicos correspondientes al Holoceno tardío (entre 3.000 y 500 años AP)

Los pueblos nómades de Río Negro

(Figura 24). No nos referiremos a ellos porque ya han sido descritos en el Capítulo 4, sino a los detectados río abajo, en los sectores de estepas más áridas del Limay medio e inferior. Aunque allí la señal arqueológica es mucho más dispersa y menos intensa, hay varios sitios interesantes, como Alero Arias -del lado rionegrino-, Epullán Grande, Epullán Chica y varios sitios de la localidad Piedra del Águila -en la provincia de Neuquén-. En términos generales, el ambiente de este valle es diferente al del río Negro, por la presencia de formaciones rocosas volcánicas que configuran un valle más estrecho y ofrecen abrigos naturales (cuevas y aleros) atractivos para los cazadores-recolectores. Las investigaciones pioneras en este sector fueron conducidas por Amalia Sanguinetti en la década de 1970, y luego fueron continuadas, en algunos sectores, por otros equipos de investigación.



Figura 24. El sitio Alero Carriqueo, ubicado en cercanías del río Comallo/Limay (fotografía gentileza de Eduardo Crivelli Montero).

Entre los aspectos más destacables de los sectores inferiores del Limay, además de la menor densidad de evidencias arqueológicas con respecto a la cuenca alta, puede mencionarse la disminución de la importancia del guanaco como recurso alimenticio durante el Holoceno tardío. Como observó el

arqueólogo Luis Borrero a principio de 1980, la mayoría de los sitios de este sector de la cuenca muestran una importancia creciente de la recolección de vegetales y almejas, y de la caza de animales de pequeño porte (por ejemplo, roedores). Es posible que esto se deba a algunos cambios en los recursos disponibles, principalmente a la menor densidad de guanacos y a la creciente productividad biológica en la cuenca hacia sectores más bajos. Es posible además que la explotación y consumo de algunos de estos recursos con escaso registro en momentos previos haya sido facilitada por el manejo de nuevas tecnologías. Muchos trabajos realizados a lo largo del mundo muestran que, por ejemplo, la fabricación de recipientes de cerámica permitió procesar y/o cocinar más eficazmente algunos alimentos (por ejemplo, vegetales y recursos de río). También es interesante en este momento la generalización de la práctica de acondicionar la superficie de las áreas de habitación. En varios sitios se han observado capas de vegetales, que se cree que fueron acumuladas para aumentar la comodidad y hacer a las cuevas más confortables. Las condiciones de aridez del ambiente también permitieron conservar otros materiales poco comunes en el registro arqueológico, como los restos de cestería y cordelería hallados en algunos sitios del área del Chocón (como Alero el Dique y Alero de los Sauces)¹¹. También se halló un fragmento de astil de punta de flecha prácticamente intacto en Alero de los Sauces, que muestra el uso de arcos de flecha cerca de 800 años AP, y una base de madera para la generación de fuego por fricción rotativa en Epullán Grande.

OCUPACIONES HUMANAS EN EL RÍO NEGRO

En el río Negro las evidencias arqueológicas a lo largo de ambas riberas llamaron la atención a numerosos naturalistas desde el siglo XIX. Tanto es así que una de las primeras publicaciones científicas referidas a la arqueología de Argentina procede de allí, y corresponde a las descripciones de los hallazgos realizados en 1865 por el naturalista italiano Pellegrino Strobel en en cercanías de Viedma y Carmen de Patagones. Luego de Strobel, el “perito” Francisco P. Moreno también describió en 1876 varios sitios de los alrededores de la antigua laguna del Juncal, en cercanías de la ciudad de Viedma (Figura 25). Desde entonces, pero especialmente durante los últimos veinte años, cuando se comenzaron a desarrollar investigaciones arqueológicas sistemáticas en el área, se registraron centenares de sitios en distintos sectores de la cuenca. Y a partir

11 Aschero C. 1981. Los aleros del Limay norte: morfología y tecnología de los artefactos. *Trabajos de Prehistoria* 1: 39-53.

Los pueblos nómades de Río Negro

del estudio integrado de varios de ellos se ha construido un esquema general del pasado humano en el área.



Figura 25. Vista de la laguna del Juncal, en cercanías de Viedma, secada en los años '30 para evitar las inundaciones (tomada de Rey y colaboradores¹²).

La baja antigüedad de las evidencias humanas en el río Negro

A pesar del elevado número de sitios en el valle del río Negro, el rango de antigüedad en el que se ubican es relativamente pequeño, ya que en ningún caso superan los 3.000 años. Sabiendo que no hay dudas sobre la presencia de poblaciones humanas en Norpatagonia muchos miles de años antes de esa fecha, por ejemplo, en la meseta de Somuncurá, en la cuenca del Limay e incluso en la costa atlántica, ¿por qué el río Negro no contiene evidencias de poblaciones tan antiguas? ¿Es posible que habiendo gente antes en áreas cercanas, no hayan visitado ni ocupado el río Negro? ¿Cómo explicar que fuera un espacio tan poco atractivo para las sociedades a pesar de los recursos que ofrecía? Como dice una frase muy conocida en arqueología “la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia” y, por lo tanto, hay varios factores a

¹² Rey H., J. Entraigas, R. Bovcon, W. Arizcuren, E. Cardone y B. del Valle Moldes (eds.). 1981. *De la laguna El Juncal a las chacras del IDEVI*. Centro de investigaciones científicas, CURV, IDEVI, Viedma.

considerar para entender esta aparente anomalía. Como hemos mencionado sintéticamente en el Capítulo 2, el valle del río Negro probablemente fue habitado por grupos cazadores-recolectores desde tiempos anteriores a los que se tiene evidencia cierta. La imposibilidad de encontrar esas evidencias podría estar relacionada con lo que en arqueología se conoce como “procesos de formación del registro arqueológico”. Estos procesos incluyen las condiciones ambientales que permiten preservar y hacer visibles los restos materiales de las actividades humanas del pasado. Hay lugares con condiciones muy favorables (por ejemplo, las cuevas del valle del río Limay) y otros con condiciones desfavorables (por ejemplo, los ambientes de monte de la provincia de Río Negro). En el caso del río Negro, gran parte de los sedimentos contenidos en el valle fueron depositados después de los 3.000 años AP y, por lo tanto, la antigüedad del registro arqueológico contenido en ellos tiene una edad igual o menor. La mayoría de los sedimentos más antiguos han sido removidos por la erosión producida por el propio río o enterrados en lugares muy puntuales y difíciles de encontrar. Esto, junto con la baja densidad poblacional que suponemos que había en momentos previos a los 3.000 años AP, hace que se requieran muchos años de investigación para encontrar alguna evidencia arqueológica de esas antiguas ocupaciones.

Asentamientos, uso del espacio y recursos explotados

Si bien los procesos de formación del registro arqueológico en el valle del río Negro no habrían facilitado la preservación de las evidencias del poblamiento temprano, sí lo hicieron con las ocupaciones más recientes. Por eso disponemos de datos abundantes y precisos sobre las sociedades humanas que lo habitaron durante los 1.500 años previos a la conquista. Gracias a eso sabemos dónde establecían los campamentos, qué recursos explotaban, qué tecnologías manejaban, cómo se desplazaban por el territorio y sus comportamientos ante la muerte. De manera similar a la de tiempos actuales, las poblaciones se ubicaban en el interior del valle, y utilizaban principalmente los sectores cercanos al río. En las áreas altas de planicies y de bajos adyacentes al valle, las señales de presencia humanas son más escasas y aisladas. Esto no significa que la gente no haya ocupado ni utilizado estos sectores del paisaje, sino que el uso y utilización que les dieron, por ejemplo, para la captura de animales o como zonas de tránsito entre regiones, son menos evidentes arqueológicamente. Todas las actividades vinculadas con la caza son menos visibles actualmente porque los derivados materiales asociados a ellas son escasos y dispersos en el espacio. Los campamentos más estables (conocidos como campamentos base o bases residenciales), en los que se encontraba la mayor parte de la banda -incluyendo

Los pueblos nómades de Río Negro

niños, niñas y gente mayor-, y alrededor de los cuales se generaba mayor cantidad de desechos, estaban cerca del río. Allí no solo se disponía de agua potable y otros recursos en abundancia (leña, arcilla, rocas y alimentos animales y vegetales), sino de un ambiente protegido y confortable para la ocupación, debido a la presencia de sustratos blandos y cobertura vegetal de los bosques en galería.

Las investigaciones efectuadas en el área permitieron reconocer que muchos campamentos fueron instalados en proximidades de los cuerpos de agua, sobre todo cerca de las lagunas formadas en el interior de los cauces abandonados, en áreas elevadas del terreno, generalmente médanos. Los momentos del año más propicios para la instalación fueron probablemente los posteriores al descenso de las aguas de las inundaciones. Recordemos que antes de la construcción de las represas sobre el río Limay, las inundaciones del río Negro eran muy importantes, ocurrían principalmente en dos momentos del año y dejaban anegada la mayor parte de los sectores bajos del valle. Pero lo más importante era que luego del retiro del agua la productividad del ambiente, y por lo tanto los recursos útiles, aumentaban notablemente. El anegamiento de la mayor parte de la planicie aluvial propiciaba el desarrollo de una importante cobertura vegetal atractiva para herbívoros, y una variada fauna acuática (peces, moluscos y aves) se expandía en las numerosas lagunas y canales de inundación. Este ambiente potenciado en recursos debió constituir una de las atracciones principales para el asentamiento de los grupos humanos.

Este escenario general de aprovechamiento de la productividad del ambiente fluvial luego de las inundaciones se refleja nítidamente en el registro arqueológico. En los distintos sectores del valle del río Negro se identificaron los restos de cientos de antiguos campamentos. En la mayoría de ellos se detectaron materiales arqueológicos en superficie y, en unos pocos, en estratigrafía o enterrados. La importancia de los sitios enterrados es que normalmente contienen contextos mejor preservados que los superficiales y con mayor diversidad y cantidad de materiales debido a que estuvieron protegidos de los agentes atmosféricos (cambios de temperatura, viento, insolación y precipitaciones). En el valle medio del río Negro se realizaron excavaciones sistemáticas en varios sitios en estratigrafía, cuatro de ellos correspondientes a áreas de campamento, dos en la margen norte (Angostura 1 y Negro Muerto) y dos en la margen sur (Pomona y Colforta 1).

En Angostura 1, ubicado cerca de la localidad de General Conesa, hace alrededor de 1.000 años un grupo pequeño de personas procesó, consumió y descartó diversos recursos animales (guanacos, venados de las pampas, roedores pequeños, peludos, aves, peces y almejas) y vegetales (principalmente frutos de algarrobo). Si bien es difícil inferir como ingresaban al ámbito do-

méstico estos recursos, la información disponible sobre poblaciones similares permite sostener que muchos eran cazados o recolectados por mujeres, niños y niñas, y no solo por hombres adultos. En el mismo sitio, utilizando rodados del río, se confeccionaron y repararon puntas de flechas y otros instrumentos de piedra para el procesamiento de carne y pieles. Las mismas personas fabricaron cuentas de collar con valvas de moluscos y, posiblemente, también decoraron sus prendas y cuerpos con pintura roja. Un hallazgo interesante realizado durante las excavaciones fueron los dientes de perro doméstico encontrados en los alrededores de un área de fogón; no se disponía hasta entonces de ninguna evidencia de la presencia prehispanica de esta especie doméstica en la Patagonia. Luego de unos pocos días, el campamento fue abandonado y rápidamente cubierto por sedimentos eólicos y fluviales. El hallazgo del sitio se produjo gracias a que una cárcava de erosión expuso los materiales del sitio en uno de sus perfiles, a casi dos metros de profundidad.

En Negro Muerto, ubicado a medio camino entre Choele Choel y General Conesa, un grupo humano se estableció a orillas de un brazo del río hace alrededor de 500 años (Figura 26). Se registraron evidencias de diversas actividades en un área de pequeñas dimensiones: procesamiento y consumo de fauna, talla de artefactos líticos y, posiblemente, cocción de recipientes de cerámica. Entre las especies explotadas, además de animales grandes y medianos como guanaco, venado y ñandú, se identificaron varias especies menores de vertebrados e invertebrados, tanto terrestres como fluviales, de manera similar a lo que ocurrió en Angostura 1. El aprovechamiento de animales propios de sectores bajos del valle (peces, moluscos, patos, algunos roedores y huevos de aves), muestra que los ocupantes del sitio explotaron de manera sistemática numerosos recursos disponibles en cercanías del campamento. Con excepción de las puntas de proyectil triangulares pequeñas, empleadas posiblemente como puntas de flechas lanzadas con arco, los instrumentos líticos de filo fueron confeccionados con lascas apenas modificadas y descartados luego de un corto período de uso.

Los sitios arqueológicos Pomona y Colforta 1 se encuentran ubicados sobre médanos y en cercanías de antiguos cauces del río, a pocos kilómetros del extremo Este de la isla Grande de Choele Choel. En Pomona, los materiales indican el uso del médano para realizar prácticas mortuorias y como campamento entre 900 y 800 años AP: se tallaron instrumentos con rodados fluviales e instrumentos de molienda con areniscas, y también se confeccionaron vasijas de cerámica. Además, se consumieron numerosos recursos animales que incluyen desde grandes especies como guanacos y ñandúes, hasta pequeñas como rata-nutrias y almejas. Se hallaron algunas semillas, probablemente de

Los pueblos nómades de Río Negro

chañar, y también carbones y bloques de sedimentos quemados, que indican el encendido repetido de fuegos. Se encontraron cuentas de collares y grabados realizados sobre un fragmento de hueso y sobre cáscaras de huevo de ñandú. Tiempo después del abandono del sitio, probablemente en el siglo XIX, hubo una nueva ocupación indígena; los materiales que dejaron (huesos de ovejas y vidrios tallados) muestran claramente los cambios ocurridos a estas sociedades en los últimos siglos.



Figura 26. Vista del sitio Negro Muerto, ubicado a mitad de camino entre Choele Choele y General Conesa, a orillas del río Negro.

Colforta 1 es un sitio cercano al anterior, ubicado a la vera del mismo paleocauce y fue ocupado hace unos 700 años (Figura 27). Los materiales indican que se trataba de un campamento, donde se realizó la talla de rocas (rodados del río para realizar instrumentos con filos y areniscas para obtener instrumentos de molienda), se hicieron vasijas de cerámica y se consumieron diversos recursos. Los restos óseos de animales muestran el consumo de guanacos, ñandúes, venados, peludos, piches, peces, aves pequeñas (principalmente martinetas y perdices), cuises y rata-nutrias. Además, se hallaron almejas y

caracoles fluviales. La cantidad de restos de peces (principalmente de percas) marca una diferencia con otros conjuntos arqueológicos del valle del río Negro e indican una explotación intensiva de la laguna cercana ubicada en el paleo-cauce del río. De los recursos vegetales se preservaron principalmente restos de frutos de piquillín. Por otro lado, se hallaron cáscaras de huevo de ñandú grabadas, esto podría deberse a que se utilizaron los huevos como contenedores de líquidos y por esta razón fueron decorados. Algunas rocas y minerales, como calcedonias, obsidiana y pigmentos, indican una gran movilidad de las personas ya que no se encuentran disponibles en el valle del río Negro. Los pigmentos fueron preparados sobre instrumentos de molienda; algunos de ellos aparecen manchados con pintura roja.



Figura 27. Excavaciones en el sitio Colforta 1 (año 2015), en cercanías de la localidad de Pomona.

A partir de los estudios efectuados en el área, parece bastante claro que no todos los sectores del valle fueron igual de atractivos para los grupos humanos. En ambas márgenes del valle medio los lugares con mayor densidad de sitios arqueológicos coinciden con aquellos donde la planicie aluvial del río es más extensa y, por lo tanto, donde las inundaciones podían extenderse en una su-

Los pueblos nómades de Río Negro

perficie mayor (por ejemplo, la zona entre Negro Muerto y Boca de la Travesía, en la margen norte, y entre Colonia Josefa y Castre, en la margen sur). Teniendo en cuenta lo señalado en cuanto a la mayor productividad ambiental en los lugares con efecto más importante de las inundaciones, puede proponerse que la ubicación de los sitios se debe a que la gente se instaló en los puntos con mayor concentración de recursos (mamíferos, aves, peces, moluscos y vegetales). Algo parecido debió ocurrir en el valle inferior, en el área correspondiente a la ex laguna del Juncal¹³ donde también el registro arqueológico es abundante (véase Capítulo 8). En las márgenes de esta inmensa laguna fluvial, varios investigadores y coleccionistas particulares extrajeron una cantidad inusual de esqueletos humanos y de evidencias de asentamientos residenciales (residuos de alimentación, artefactos de piedra y fragmentos de cerámica). Aunque la mayor parte del patrimonio arqueológico de la laguna del Juncal fue destruida por el uso agropecuario de las tierras, la expansión urbana y la recolección de materiales por coleccionistas aficionados, no hay dudas de que fue uno de los espacios más importantes de la región para las poblaciones humanas prehispánicas.

Es probable también que los grupos que ocuparon el área hayan organizado sus itinerarios siguiendo un sistema de movilidad residencial (o traslado de los campamentos) a lo largo del valle, al menos durante los meses post-inundación. Esto consistió en la instalación de sus campamentos en cercanías de los cuerpos de agua, en especial lagunas y canales de inundación. Desde allí la mayoría de los integrantes de la banda (niñas, niños y adultos de distintas edades) explotaban los recursos vegetales y animales disponibles en las áreas ubicadas a no más de algunas horas de caminata desde el campamento. Es probable que pequeños grupos de adultos hayan realizado excursiones más prolongadas (de uno o varios días) a sectores de planicie alejados del valle a fin de obtener algún recurso específico, por ejemplo guanacos, posiblemente el recurso cuantitativamente más importante. Una vez que los recursos de los alrededores del campamento empezaban a escasear, mudaban el asentamiento a otro punto de características similares.

Otro aspecto interesante del río Negro, al igual que algunos sectores de la faja costera de Norpatagonia, es que fue un espacio con importantes connotaciones simbólicas por su fuerte conexión con la muerte. Los médanos en que se instalaban los campamentos también fueron utilizados recurrentemente como lugares para el entierro de los muertos. Incluso, y aun cuando las eviden-

¹³ Estaba ubicada en el sector sur del valle inferior del río Negro y fue disecada intencionalmente en la década de 1930 para evitar inundaciones, mejorar la comunicación y aprovechar las tierras en cercanías de la ciudad de Viedma.

cias no han sido evaluadas en profundidad, es probable que viniesen de lugares lejanos para enterrar a los muertos en el río Negro y en la costa atlántica, y/o que ambos sectores de Norpatagonia hayan sido elegidos con mayor frecuencia que otros como áreas de sepultura. Aunque las evidencias sugieren que los ritos mortuorios en los que se realizaban las sepulturas y el uso residencial de un mismo médano no ocurría simultáneamente, no hay dudas que la muerte para estas sociedades tenía connotaciones muy diferentes a las que se tienen en la sociedad moderna. Entre otras cosas, no existía una separación espacial taxativa entre lo sagrado y lo profano como sí ocurre actualmente.

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, los seres humanos que ocuparon los valles principales de Norpatagonia dejaron un registro arqueológico heterogéneo y, sobre todo, algo incongruente con las características del indígena patagónico más difundido actualmente en nuestra sociedad. Si bien en estos valles el guanaco constituyó el recurso principal de la economía a lo largo del tiempo, en la mayor parte del río Negro y en sectores inferiores del Colorado hubo una utilización importante del interior del valle y de los recursos fluviales. Por otro lado, la distribución y frecuencia de hallazgos arqueológicos también varía a lo largo de los valles (de Oeste a Este), ya que la densidad de sitios es mayor en los sectores de pre-cordillera (véase Capítulo 4) y en la porción media e inferior de los ríos Colorado y Negro, que en los sectores intermedios. Aunque todavía es necesario estudiar con más profundidad las causas, es posible que en esto tenga cierta influencia la productividad ambiental. Es decir, la disponibilidad abundante de guanacos en las estepas herbáceas y mallines del alto Limay, y la mayor diversidad y abundancia de recursos fluviales y terrestres en los sectores bajos (o inferiores) de los valles, probablemente influyeron sobre la mayor concentración de gente en ambos sectores en determinados momentos del año. Por último, más allá de los aspectos demográficos y económicos, los ríos también tuvieron un rol central en otros dos aspectos del comportamiento. Primero, estas cuencas, pero sobre todo las del Negro y el Colorado, concentran una alta densidad de entierros humanos en los sectores inferiores, lo cual refleja la importancia simbólica que tuvieron para las sociedades indígenas del área. Y segundo, ambos valles debieron utilizarse intensamente como vías de comunicación y desplazamiento en dirección Oeste-Este (entre el mar y los Andes y viceversa).

LECTURAS SUGERIDAS

- Crivelli Montero E. 2010. Arqueología de la cuenca del río Limay. En R. Masera (cord.), *Los ríos mesetarios norpatagónicos. Aguas generosas del Ande al Atlántico*, pp. 261-338. Minigraf, Patagones.
- Martínez G. 2015. Arqueología y pobladores antiguos de la cuenca del río Colorado. En: M. Sili, A. Kozel y R. Bustos Cara (eds.), *La Región del Colorado. Historia, cultura y paisaje en la frontera*, pp. 29-47. Serie Aportes al Desarrollo Nacional de la Fundación ArgenINTA, Buenos Aires.
- Prates L. 2008. *Los indígenas del río Negro: un enfoque arqueológico*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, pp. 1-321.

7

Ocupaciones prehispánicas en las zonas áridas del centro y sur de Río Negro

Emiliano Mange, Alejandro Serna, Laura Miotti, Jorgelina Vargas Gariglio, Marien Béguelin y Luciano Prates

En el pasado, las ocupaciones humanas en la Patagonia fueron más continuas e intensas en las zonas con disponibilidad de agua dulce permanente y en ecosistemas que, a lo largo del año, tenían mayor riqueza y productividad. Es decir, en aquellos lugares que contaban con un balance favorable en cuanto a la abundancia y diversidad de recursos para la subsistencia. En la provincia de Río Negro estas condiciones se dieron, por ejemplo, en la zona precordillerana (Capítulo 4), en la costa marina del golfo de San Matías (Capítulo 5), y en los valles de los ríos Colorado, Limay y Negro (Capítulo 6). En otras áreas, con una productividad restringida a momentos específicos del año, y/o con agua potable más limitada, las ocupaciones fueron en general menos intensas, aunque en algunos casos estas zonas fueron usadas en forma recurrente por las sociedades humanas. En este capítulo nos enfocaremos concretamente en las planicies, mesetas, bajos y serranías áridas del centro y sur de la provincia,

Los pueblos nómades de Río Negro

con énfasis en la caracterización de su registro arqueológico y en la discusión sobre la manera en que las sociedades prehispánicas las aprovecharon y ocuparon. Para organizar la información se presentan los bajos y planicies, por un lado, y las serranías y mesetas, por otro (Figura 28). Aunque las investigaciones arqueológicas son todavía escasas, puede proponerse que las primeras habrían sido utilizadas principalmente como áreas de tránsito o de paso y, las segundas, como lugares para la realización de actividades específicas durante algunos momentos del año.

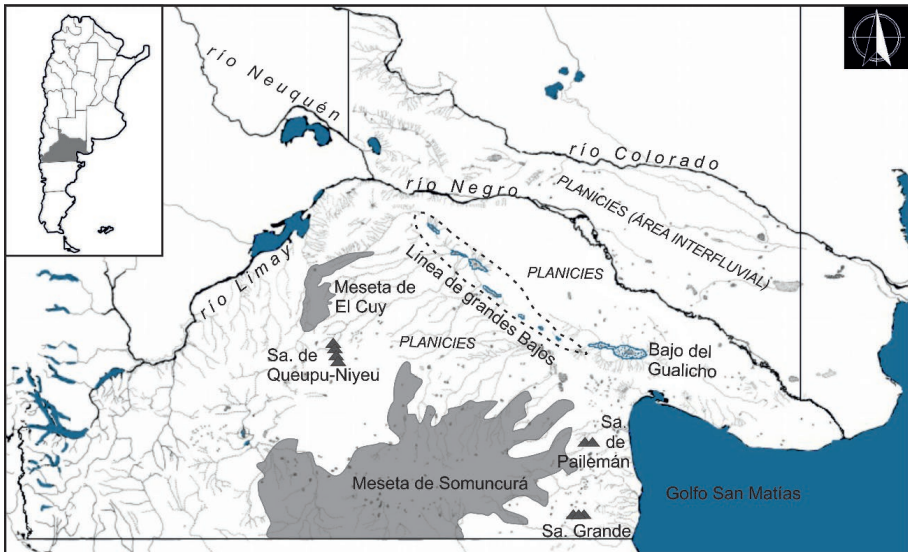


Figura 28. Mapa de las áreas tratadas en este capítulo y sitios mencionados en el texto.

BAJOS Y PLANICIES: ÁREAS DE TRÁNSITO Y ESTACIONES DE PASO

El área de Bajos y planicies es la más extensa y con mayor déficit hídrico de la provincia de Río Negro. La geografía típica de este sector consiste en planicies aterrizadas cubiertas por arbustos. Incluye toda la zona ubicada entre los ríos Colorado y Negro, y gran parte del área que separa el valle del río Negro de la meseta de Somuncurá. Este último sector presenta algunas mesetas (desde Colitoro a El Cuy) y serranías (Queupu-Niyeu) en su porción oeste, y también una serie de grandes bajos parcialmente conectados, paralelos al curso del río Negro (Los Menucos, Trapalcó, Santa Rosa, Valcheta, de San Antonio, entre otros). Otro bajo de grandes dimensiones, que no está conectado con ellos, es el gran Bajo del Gualicho, que se ubica entre el valle medio del río Negro y Valcheta.

Esta área constituye uno de los paisajes naturales más hostiles de la Patagonia, debido principalmente a la escasez y distribución desigual de fuentes de agua. En las planicies (al norte y al sur del río Negro), el agua que fue utilizada por las poblaciones humanas se halla en pequeñas lagunas alimentadas por las lluvias que ocupan bajos de erosión. Alcanzan su máximo nivel de agua luego de las grandes lluvias, y se secan en períodos con bajas precipitaciones. Hacia el sur, en los grandes bajos, hay pequeños surgentes de agua de salinidad variable pero en general con agua potable, que en algunos casos forman unas estructuras sobre-elevadas, llamadas localmente “menucos”¹⁴. Más al sur de estos bajos, y especialmente en su sector medio (Trapalcó-Santa Rosa) hay numerosos cañadones que desaguan en ellos en las grandes lluvias, y que en algunos sectores puntuales pueden conservar agua en posición superficial o semi-subterránea (a la que puede accederse excavando con las manos en la arena). En resumen, el panorama ambiental para esta área es el de una extensa “zona seca” con pequeños “parches húmedos” (lagunas, surgentes o cañadones).

Hasta hace unos años se sabía poco sobre la arqueología de estos sectores de la provincia. Las únicas investigaciones fueron dirigidas por Carlos Gradin en las décadas de 1970 y 1980, cuando visitó dos grupos de sitios arqueológicos, uno ubicado en el Gran Bajo del Gualicho, y otro en cercanías del dique Casa de Piedra, sobre la margen rionegrina del río Colorado. Aunque estos últimos no fueron descriptos en detalle, se trata de materiales dejados por ocupaciones muy breves en cercanías de lagunas. Uno de los sitios del Bajo del Gualicho presenta un conjunto poco numeroso de materiales (líticos, cerámica y vidrios tallados) dispersos alrededor de un zanjón, que al igual que las lagunas solo ofrece agua dulce luego de las lluvias. El segundo es conocido como Piedra del Gualicho, y fue mencionado por varios viajeros que lo visitaron durante el siglo XIX. Se trata de un sitio ritual donde se dejaban ofrendas para propiciar al *Gualicho*, un ser sobrenatural en el que creían los tehuelches septentrionales, con el cual había que estar en buen trato para poder cruzar con éxito una de las travesías más difíciles e inhóspitas de la región. La ruta prehispánica en la que se encuentra el sitio unía Castre (sobre el río Negro) y Valcheta (cerca del piedemonte de la meseta de Somuncurá), y fue transitada por viajeros-naturalistas ilustres como Georges Claraz, Francisco P. Moreno y Carlos Burmeister. Aún en el siglo XIX seguía teniendo importancia ritual, y se dejaban allí diversas ofrendas en un alero rocoso.

14 Se trata de lomadas de pocos metros de altura en cuyo centro (en la zona más alta) surge el agua. Se forman porque los sedimentos eólicos se acumulan y asientan alrededor del agua.

Los pueblos nómades de Río Negro

Aunque las nuevas investigaciones arqueológicas realizadas en los bajos y planicies ubicadas al sur del río Negro son muy recientes, permiten caracterizar el registro arqueológico e imaginar el uso que se le dio en el pasado. En las planicies, los materiales arqueológicos se encuentran dispersos en las cercanías de las lagunas y consisten principalmente en desechos de talla e instrumentos líticos; excepcionalmente se encuentran también fragmentos de cerámica. Las posibilidades de preservación de materiales orgánicos son bajas debido a que en las planicies predominan los procesos erosivos y, por lo tanto, es escasa la depositación de sedimentos (que podrían sepultarlos y así preservarlos). Las fuentes de agua localizadas en los grandes bajos (manantiales y menucos), presentan en su cercanía mayor cantidad de materiales arqueológicos, indicando asentamientos humanos más duraderos. Recientemente se realizaron excavaciones y sondeos en varios sitios ubicados en los bajos de Trapalcó y Mansilla (Figura 29), y los materiales están siendo estudiados. El registro incluye, además de artefactos líticos y cerámica, restos óseos y materiales aún más frágiles como valvas de almejas, traídas probablemente desde el río Negro (150 km). Sitios similares se localizaron en otros sectores de Trapalcó y en el cercano bajo de Santa Rosa.

Entre los cañadones del sector de planicies se destaca Santa Victoria, que se origina al pie de las sierras de Queupu-Niyeu y recorre más de 130 kilómetros en sentido noreste hacia el bajo de Trapalcó. Es un cauce de grandes dimensiones que presenta manantiales y colecta agua de lluvias de una amplia cuenca, y así permite el tránsito humano entre la meseta de El Cuy y la zona de bajos, atravesando una parte del sector norte de las planicies. Las primeras campañas arqueológicas a este lugar fueron realizadas por Gradin en las décadas del 1970 y 1980, cuando localizó varios sitios superficiales con cerámica y artefactos líticos, y otros con arte rupestre, en pequeñas cuevas y paredones rocosos. Estos últimos se ubican en cercanías de pequeños manantiales que desaguan hacia el cañadón principal y presentan, entre otros, el motivo de “grecas” que consiste en líneas escalonadas¹⁵. En los últimos años se retomaron las investigaciones en el cañadón Santa Victoria, encabezadas por la antropóloga Marien Béguelin. Se realizaron una serie de campañas, en las cuales se visitaron los sitios detectados previamente por Gradin y se localizaron nuevos sitios con arte rupestre en el tramo superior del cañadón.

15 Este motivo da nombre al “estilo de grecas”, que se encuentra ampliamente distribuido en la Patagonia (véase Capítulo 4) y ha sido asignado a los últimos momentos de historia prehispánica (Holoceno tardío final).



Figura 29. Excavaciones y sondeos en los bajos de Trapalcó y de Mansilla. Sitio Trapalcó 2 (arriba) y Puesto Mansilla (abajo).

MESETAS Y SERRANÍAS

Son varias las mesetas y serranías que se elevan sobre el paisaje de planicies norpatagónicas. Las mesetas más importantes, Somuncurá y El Cuy, están formadas por rocas volcánicas de edad terciaria y actúan como reservorio del agua de precipitaciones (nieve y lluvia). El agua se acumula en forma de grandes lagunas en las depresiones del interior de las mesetas, y emerge en pequeños surgentes o manantiales en los bordes de ambas formaciones. Solo en el piedemonte de Somuncurá los manantiales llegan a formar verdaderos arroyos, como el Valcheta. En el caso de las serranías, la mayoría tiene poca altitud: Grande, Pailemán, Queupu-Niyeu y algunos cerros y serranías que forman parte de las mesetas basálticas de El Cuy y Somuncurá.

La meseta de El Cuy

Las primeras campañas arqueológicas a la meseta de El Cuy también fueron realizadas por Carlos Gradin, quien realizó prospecciones en sectores cercanos a la localidad homónima. En este sector detectó un sitio arqueológico en posición estratigráfica en una cueva y también sitios superficiales, aunque no realizó descripciones detalladas de los materiales y sitios. Un sondeo realizado en el interior de la cueva permitió definir, de acuerdo al hallazgo de restos vegetales (pastos y cañas), la presencia de dos niveles de ocupaciones humanas.

Recientemente, la investigadora Marien Béguelin impulsó nuevas investigaciones en esta meseta. Se observaron y mapearon algunos sitios con estructuras de piedra (conocidos como “recintos” o “parapetos”) (Figura 30) y se realizaron transectas para evaluar la distribución superficial de artefactos en cercanías de lagunas. En los bordes de la meseta se muestrearon sistemáticamente algunos sitios superficiales ubicados en cercanías de manantiales. Las condiciones de estos ambientes no suelen ser propicias para la preservación de materiales orgánicos en superficie, por esta razón, en los muestreos superficiales se registraron principalmente instrumentos líticos como puntas, rapadores o perforadores, y desechos del proceso de su manufactura. Las rocas utilizadas como materia prima son variadas, algunas provienen de formaciones rocosas disponibles en el entorno inmediato, como las calcedonias, y otras pueden haber sido transportadas desde decenas o cientos de kilómetros. Estos aspectos están comenzando a estudiarse.

En el extremo sur de la meseta de El Cuy también se observaron sitios con manifestaciones rupestres, tanto pinturas como grabados. No se cuenta con fechados radiocarbónicos, aunque la presencia de cerámica indica que algunos de ellos corresponden al Holoceno tardío. El conocimiento arqueológico de

esta meseta es escaso, pero se espera que las investigaciones iniciadas recientemente provean información novedosa en los próximos años.



Figura 30. Estructuras de piedra en la laguna Verde, meseta de El Cuy.

La meseta de Somuncurá y sus estribaciones

En la meseta de Somuncurá viene realizando investigaciones desde hace unos 15 años el equipo dirigido por la arqueóloga Laura Miotti. La meseta contiene en su parte superior, a más de 1.000 msnm, decenas de pequeños bajos, la mayoría de ellos con lagunas semi-permanentes (Figura 31). En estos lugares van a abreviar y alimentarse varias especies de aves acuáticas (por ejemplo, flamencos) y de mamíferos (principalmente guanacos). Estas fuentes de agua tan importantes para la vida en la actualidad, también habrían sido imprescindibles para la supervivencia de grupos cazadores-recolectores, y para la circulación a través de la meseta. Varios relatos históricos indican que al menos desde el siglo XVIII, la actual Ruta Nacional 23, que corre paralela a la “Línea Sur” del ferrocarril, fue una rastrillada que era transitada por grupos mapuches, tehuelches y pampas, que también cruzaban de norte a sur a través de la meseta, utilizando

Los pueblos nómades de Río Negro

paraderos en cercanía de fuentes de agua. Además, Somuncurá contenía enclaves especiales e incluso sagrados para la cacería de guanacos.



Figura 31. Laguna Azul, meseta de Somuncurá.

Los esfuerzos por el estudio del pasado prehispánico de las mesetas patagónicas generados por científicos pioneros como Rodolfo Casamiquela y Carlos Gradín, mostraron la presencia de numerosos sitios arqueológicos sobre la meseta de Somuncurá, de acuerdo también con algunas menciones de naturalistas viajeros que atravesaron esta región (como Georges Claraz y Francisco Pascasio Moreno, también conocido como “el Perito Moreno”). El relato de Claraz, de finales del siglo XIX, brinda una excelente descripción sobre las características topográficas que convierten a ciertas zonas del paisaje mesetario, como las lagunas pequeñas, en excelentes lugares para la caza de guanacos y ñandúes por acecho (Figura 32). Estas ideas, y la experiencia arqueológica en ambientes similares del Macizo del Deseado (Santa Cruz), fueron consideradas por Laura Miotti y equipo para retomar las investigaciones sobre la meseta de Somuncurá.



Figura 32. Guanacos abrevando en la laguna Azul, meseta de Somuncurá.

Uno de los primeros lugares investigados fue el mítico lugar llamado *Yam-nagoo*, (“beber y correr” en lengua Aoniken, según Claraz) el cual representaba un paraíso terrenal para los cazadores nómades de una amplia región. Este complejo se ubica en el sector noroeste de la meseta, en una laguna donde desemboca el arroyo Talagapa, y también en cercanías de los cerros Los Dos Amigos (con puntas “cola de pescado” que indican que hubo ocupaciones de los primeros pobladores del continente, véase Capítulo 2). Alrededor de ese espejo de agua, a distancias de entre 2 y 7 km, se hallaron numerosos sitios arqueológicos que fueron fechados mediante el método de datación de carbono-14: la mayoría de ellos corresponde a tiempos coloniales, cuando ya se establecían las economías pastoriles y el comercio con la sociedad occidental. Uno de estos sitios es La Vieja o *Yahmoc* (su nombre indígena), una piedra que para los pueblos tehuelches representaba a una figura humana, la dueña de ese paraje y de los guanacos, a quien había que dejar una ofrenda como agradecimiento. Un dato interesante que aparece en el contexto funerario de cueva Las Cañas, es la presencia de fragmentos de caña colihue que crece en la cordillera,

Los pueblos nómades de Río Negro

por lo que podría tratarse de evidencia de contactos entre gente de esta meseta y de zonas cordilleranas, al menos para momentos tardíos.

En cercanías de estas lagunas, y en muchas otras de Somuncurá, es destacable la presencia de estructuras de rocas basálticas, llamadas generalmente “parapetos” (Figura 33), que serían las bases de los asentamientos de las bandas cazadoras. A su alrededor se hallan frecuentemente diversos artefactos de piedra y fragmentos de cerámica; las excavaciones han mostrado también la presencia de carbones y cenizas. En estos sitios se han realizado ocupaciones humanas continuadas desde hace al menos 2.000 años, de acuerdo al hallazgo de artefactos indígenas y también hispano-criollos. En algunos sitios se hallaron vidrios industriales tallados, mostrando la adaptación de la sociedad pre-hispánica a un nuevo escenario social, que incluyó el uso de numerosos elementos hispano-criollos y también de alimentos novedosos. Aun así, los lugares ceremoniales conservaron su importancia hasta el siglo XIX. Por ejemplo, los relatos de Claraz muestran que aún se dejaban regalos (en este caso, leña) junto a la piedra del sitio *Yahmoc* en la segunda mitad del siglo XIX.



Figura 33. Parapeto de caza en el borde de la laguna Azul, meseta de Somuncurá.

En las lagunas La Maciega, El Ganso y Azul se hallaron varios sitios con arte rupestre, cuyos motivos representan distintos estilos. Los grabados y pinturas más antiguos tendrían cerca de 3.000 años y presentan motivos zoomorfos y pisadas de animales; otros muestran laberintos y espirales concéntricas. También se detectaron numerosos parapetos, varios de ellos con artefactos

arqueológicos. Tal es el caso de la laguna Azul, donde se encontró una gran variedad de artefactos mayoritariamente líticos (puntas de proyectil, raspadores, objetos para la molienda, restos de pigmento y placas grabadas con motivos iconográficos). Además, se hallaron fragmentos de cerámica que, de acuerdo a los fechados, muestran una gran profundidad temporal para esta tecnología entre los cazadores de la meseta. En muchos estratos se encontraron también restos óseos de guanaco, algunos con huellas de procesamiento (realizadas con cuchillos de piedra). En el Parapeto 3 se realizaron dos fechados radiocarbónicos, que indican ocupaciones de cazadores entre 1.700 y 1.900 años AP, que junto con un fechado del sitio Taperera de Isidoro, constituyen los fechados más antiguos. En síntesis, la evidencia de este y otros sitios muestran que Somuncurá no fue solamente un lugar de tránsito. Los lugares especiales para la caza por acecho como el *Yamnagoo* y la Laguna Azul, las connotaciones simbólicas encontradas en esos lugares, y la presencia de elementos foráneos nos permiten inferir su selección y uso recurrente, y una alta movilidad regional y extra-regional de las sociedades humanas que ocuparon la meseta.

En el piedemonte (o estribaciones) de la meseta de Somuncurá, las investigaciones iniciadas hace unos años por los arqueólogos Luciano Prates, Emiliano Mange y Alejandro Serna también han comenzado a dar los primeros resultados. La presencia de numerosos surgentes de agua en los pies de la meseta ofreció a los cazadores-recolectores ambientes que, aunque no ofrecían condiciones tan favorables para la caza como las partes altas, proveyeron espacios abrigados y con condiciones menos extremas. La mayoría de los sitios se encuentran ubicados en los pequeños valles de los arroyos nacidos en esos manantiales, en varios de los cuales se están realizando investigaciones sistemáticas. Uno de ellos, el sitio Tembrao, fue excavado hace algunos años, y los materiales recuperados muestran que allí se asentó un campamento y se consumieron varias especies de animales. La presencia de cerámica y de instrumentos para moler (probablemente alimentos) indica que un grupo estuvo asentado por un tiempo prolongado. Otros sitios residenciales (campamentos) fueron localizados en el curso superior y medio del arroyo Valcheta, y algunos con arte rupestre se ubican en cercanías de manantiales. Esto repite el patrón extendido a lo largo de toda la región vinculado con la fuerte relación entre el arte rupestre y las fuentes de agua dulce. Otro tipo de sitio arqueológico en los bordes de la meseta son los entierros humanos: en el sitio Aguada Cecilio, que se encuentra ubicado en un pequeño alero, se hallaron restos de varios individuos sub-adultos; sobre uno de ellos se obtuvo un fechado radiocarbónico de 350 años AP. Además de los restos humanos se recuperó una punta de lanza, dejada probablemente como ofrenda funeraria de alguno de los jóvenes.

Las sierras de Pailemán

Como se dijo previamente, las serranías no cordilleranas de la provincia de Río Negro están poco estudiadas desde el punto de vista arqueológico. Todas ellas son sierras bajas, que no superan los pocos centenares de metros sobre los terrenos circundantes. Las sierras de Pailemán fueron visitadas por Carlos Gradin en los años 1972 y 1973, quién describió las pinturas del sitio Rinconada Catriel, que presentan motivos puntiformes, de “grecas” y unas características y enigmáticas “zetas” (Figura 34). Cerca de allí en los últimos años el equipo dirigido por Luciano Prates estudio el sitio Cueva Galpón, una cueva que presenta también pinturas rupestres y numerosos entierros humanos (Figura 35) (véase también Capítulo 8). Entre los paneles de pinturas se destaca uno que incluye motivos circulares rojos y negros, que podría ser contemporáneo a un evento de entierros humanos, fechado en algo más de 3.000 años AP. Otros paneles de la cueva tienen figuras realizadas con líneas blancas y algunos podrían representar pisadas de animales (maras). Se halló también junto con los contextos mortuorios, un bloque de pigmento rojo, posiblemente utilizado para realizar algunas de esas figuras.



Figura 34. Motivos en forma de “zetas” de Rinconada Catriel, Sierras de Pailemán.

Ocupaciones prehispánicas en las zonas áridas del centro y sur de Río Negro

En el registro de Cueva Galpón se destaca la presencia de un entierro con numerosos cuerpos depositados sobre estructuras realizadas con vegetales, a manera de una “cama de paja” (con pastos, ramas de jarilla y cordeles que las ataban). De este contexto mortuorio se obtuvieron dos fechados, que ubican las inhumaciones hace más de 3.000 años. Otros materiales hallados son: restos óseos de animales, una pequeña chapa de cobre, dos bolas de boleadora, cuentas de collares o colgantes realizados con valvas de moluscos, una pequeña bolsa de cuero, un fragmento de caña colihue, fragmentos de textiles, trenzas vegetales y pequeños trozos de cuero. Considerando que no se hallaron evidencias claras de ocupaciones residenciales (no hay fragmentos de cerámica ni evidencia de talla de artefactos de piedra en el lugar), algunos de estos materiales serían bienes que poseían las personas inhumadas u ofrendas dejadas junto a los cuerpos. Los restos óseos de diversos animales (que corresponden principalmente a guanacos y armadillos) podrían haber sido consumidos durante la realización de pinturas e inhumaciones. Tampoco en otros lugares de Pailemán se detectaron sitios residenciales, esto se debería a la ausencia de fuentes de agua permanentes y a la escasez de recursos que caracterizan a estas serranías.



Figura 35. Vista desde arriba del sitio Cueva Galpón (sierras de Pailemán).

EL AGUA Y LA MOVILIDAD HUMANA EN EL CENTRO Y SUR DE RÍO NEGRO

Las investigaciones realizadas en las zonas áridas de Río Negro muestran que el registro arqueológico se encuentra ubicado en los alrededores de fuentes de agua que son pequeñas (por ejemplo, manantiales) o discontinuas a lo largo del año (por ejemplo, lagunas). El área más extensa de las tratadas en este capítulo es la de planicies, donde la disponibilidad de agua condicionó la movilidad y las actividades realizadas por los grupos humanos. Numerosos relatos de viajeros del siglo XIX hacen referencia a la dependencia que tenían las sociedades indígenas del agua de las lagunas para atravesar las áreas entre los ríos Negro y Colorado y, especialmente, entre el río Negro y la meseta de Somuncurá. En estos viajes, que en tiempos prehispánicos (sin caballos) durarían varios días, los grupos humanos harían paradas breves en cercanías de las lagunas, momentos en los que realizaban la talla de instrumentos de piedra necesarios para cazar y proveerse de alimentos. Probablemente solo podían transitar estos caminos en los meses con más precipitaciones, mientras que durante parte del año este sector podría haber sido una barrera infranqueable. Debido a que atraviesa en sentido Este-Oeste toda la provincia, esta zona es inevitable para quienes se trasladaban hacia el sur del río Negro o entre este río y el Colorado. Algunas lagunas que no se secaban frecuentemente concentraron más materiales arqueológicos, ya que serían nodos frecuentemente visitados en estas rutas. Los grandes bajos, que se encuentran aproximadamente a mitad de camino entre el río Negro y la meseta de Somuncurá, habrían sido estaciones donde podrían detenerse y establecerse por un tiempo más prolongado. Por el reducido número de manantiales y de la disponibilidad puntual del agua, los mismos puntos se habrían reutilizado una y otra vez. En estos dos sectores no se han encontrado hasta el momento sitios mortuorios, ni tampoco con arte rupestre, aunque esto último se debería a la falta de soportes rocosos adecuados y duraderos donde realizar las pinturas.

En las mesetas los grupos humanos probablemente establecieron campamentos más duraderos, especialmente en los valles de los pequeños arroyos. Allí los materiales arqueológicos incluyen fragmentos de cerámica, de artefactos de molienda, y una mayor variedad de materiales faunísticos, lo que indicaría ocupaciones residenciales algo estables. Estos valles tienen agua permanente y más diversidad de recursos, sobre todo vegetales y pequeños vertebrados (aves y mamíferos). Como hemos visto, los sitios arqueológicos sobre las mesetas de Somuncurá y El Cuy son diferentes, y en muchos de ellos se encuentran estructuras de piedra que indicarían que se realizaron actividades

específicas: principalmente el acecho y la caza de manadas de guanaco. Sobre estas mesetas los guanacos son más abundantes que en los sectores bajos. En estas actividades también el agua es un factor clave: los sitios de acecho se encuentran ubicados en cercanías de aguadas (lagunas o surgentes) donde se dirigían a beber estos animales. Los sitios con arte rupestre son frecuentes tanto en los bordes rocosos de las mesetas como en los sectores altos, y generalmente están asociados a fuentes de agua (por ejemplo, surgentes) lo que indica la importancia que tenían estos lugares. Aunque se hallaron también sitios que poseen entierros humanos, son escasos en las mesetas y bajos en comparación con otras áreas de la provincia. Esto podría relacionarse con la mayor estabilidad y densidad poblacional de los valles, aunque debe considerarse que esas zonas tienen también sedimentos sueltos donde es más fácil realizar inhumaciones (véase Capítulo 6).

Para terminar, es importante señalar que más allá de las limitaciones para el tránsito y la supervivencia en las travesías del centro de río Negro, hay evidencia arqueológica que muestra que el ambiente no impidió el movimiento de personas entre el sur y el norte de la provincia. Por un lado, las valvas de las almejas *Diplodon chilensis*, que son propias de la cuenca del río Negro, aparecen ocasionalmente en sitios ubicados hacia el norte de este río (en lagunas y en el valle del río Colorado), y también hacia el sur (en lagunas, bajos y en los bordes septentrionales de Somuncurá). Se trasladaban las valvas que eran usadas como pequeños contenedores, o como receptáculo de alguna sustancia. También los estudios realizados de isótopos estables sobre restos humanos (véase Capítulo 8) muestran que las personas inhumadas en el valle del río Negro habrían tenido contactos frecuentes con sectores ubicados al norte de esta cuenca. Más allá de las fuertes limitaciones ambientales, la capacidad de adaptación de los cazadores-recolectores de Norpatagonia permitió incorporar los bajos y las mesetas áridas al paisaje humano desde los momentos iniciales del poblamiento.

LECTURAS SUGERIDAS

- Casamiquela R. 1988. *En pos del gualicho. Estudio de mitología tehuelche*. Fondo Editorial Rionegrino, Viedma.
- Gradin C., A. Aguerre y A. Albornoz (eds.). 2003. *Arqueología de Río Negro*. Secretaría de Acción social de Río Negro, Viedma.
- Gradin C. 1971. Parapetos habitacionales en la meseta de Somuncurá, Pcia. de Río Negro. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Vol. V, 2: 171-185. Buenos Aires.

Los pueblos nómades de Río Negro

- Miotti L., M. Salemme, D. Hermo, L. Magnin y J. Rabassa. 2004. Yamnago 137 años después: otro lenguaje para la misma región. En: *Contra Viento y Marea, Arqueología de Patagonia*. Editado por M. T. Civalero, P. Fernández y A. Guraieb. Pp: 775-796, Buenos Aires.
- Prates L. y E. Mange 2016. Paisajes de tránsito y estaciones en las planicies y bajos del centro-este de Norpatagonia. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 41 (1): 217-236.

8

Arqueología funeraria

Alejandro Serna

Una de las principales vías a partir de las cuales se genera conocimiento arqueológico es el estudio de los entierros humanos. Considerando que la arqueología se encarga de estudiar sociedades pasadas a través de la evidencia material, el hallazgo de los restos mortales de esas personas constituye una oportunidad directa de adentrarse en su forma de vida. Los huesos y dientes, que son los tejidos que más resisten el paso del tiempo y los que suelen ser hallados, son capaces de retener y brindar información de distinto tipo. Mediante estudios visuales, métricos y químicos es posible conocer muchas de las características que las personas tuvieron en vida, por ejemplo, el periodo en el que vivieron, el sexo y la edad, las posibles causas de muerte y situaciones de violencia a las que pudieron estar sometidas, los estados de salud, los tipos de dieta y agua consumida, algunas formas de actividad corporal y las relaciones de parentesco. Con esta información es posible discutir muchos aspectos de la vida en la antigüedad: composición demográfica en un lugar y momento; escenarios de violencia a gran escala (por ejemplo, procesos de invasión y colonización); enfermedades y cuidado de enfermos y lesionados (por ejemplo, individuos con dificultades motrices); cambios en la forma de obtención y procesamiento de recursos alimenticios, acceso inequitativo a los alimentos,

ya sea por estatus social, edad o género; desplazamiento en el territorio e, incluso, formación de identidad grupal; entre muchos otros temas.

Además de la información que puede aportar un esqueleto, la muerte en sí misma, más allá de ser un evento de carácter biológico, es también un hecho social. Y, como tal, está cargado de actitudes y manifestaciones personales y grupales (costumbres, ritos, mitos), que son el producto de creencias y contextos sociales particulares. Por este motivo, además del estudio de los restos óseos en sí mismos, el registro de los lugares y los modos en que se disponen los cuerpos son una parte importante de cualquier investigación que busque comprender cómo fue la vida y la relación que las personas tuvieron con la muerte en otras épocas. En suma, los entierros humanos presentan una doble naturaleza que los transforma en valiosas referencias del pasado. Por un lado, la biología le otorga a los huesos y dientes un enorme potencial para almacenar información de la vida de las personas y, por otro, la sociedad los impregna de aspectos culturales y muchas veces sagrados. La manera que el arqueólogo tiene para preguntarle a los esqueletos sobre distintos temas es mediante la investigación sistemática de los tejidos biológicos y del entorno en el que fueron hallados. Una vez obtenida una respuesta, su trabajo es darle respetuosamente una nueva voz que pueda ser escuchada. Además de informar sobre el conocimiento arqueológico generado a partir de los restos humanos en la provincia de Río Negro, este capítulo también trata acerca de la relación entre las comunidades originarias y los equipos de investigación, y sobre la errónea utilización de ciertos conceptos raciales para referirse a los seres humanos.

EL PASADO DE RÍO NEGRO A TRAVÉS DE LOS HUESOS

Las investigaciones y la antigüedad de los pobladores prehistóricos

El hallazgo de restos humanos arqueológicos en la provincia de Río Negro es frecuente y su historia tiene más de un siglo. Las primeras menciones fueron realizadas por naturalistas y exploradores, entre ellos Pellegrino Strobel, George C. Musters y Francisco P. Moreno, quienes localizaron “cementeros” en el valle del río Negro durante sus viajes en la segunda mitad del siglo XIX. En las décadas posteriores y hasta mediados del siglo XX, las expediciones se volvieron más frecuentes y los hallazgos fueron multiplicándose, principalmente en la zona de la laguna del Juncal en cercanías de la localidad de Viedma. En general, estas expediciones tenían el objetivo de conformar y consolidar colecciones osteológicas para los grandes museos de la provincia de Buenos Aires (por ejemplo, el Museo de La Plata o el Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti), y buena parte de las investigaciones estaban centradas en la identificación de

diferencias biológico-culturales a partir del estudio métrico de los cráneos recuperados. Durante la segunda mitad del siglo XX, las investigaciones continuaron con objetivos similares: definir y discutir la filiación étnica de las personas mediante los restos óseos. Recién a partir del año 2005 comienzan a desarrollarse nuevos proyectos sistemáticos y desde nuevas concepciones teóricas, esta vez orientados a caracterizar diversos aspectos de las formas de vida de los antiguos habitantes del territorio rionegrino¹⁶.

En el marco de estas investigaciones se hallaron nuevos restos humanos, en particular en la zona del valle del río Negro (véase Capítulo 6) y en la costa del golfo de San Matías (véase Capítulo 5), y comenzaron a contestarse preguntas de investigación novedosas a partir de ellos. Uno de los mayores intereses de estas nuevas investigaciones fue indagar acerca de la antigüedad de los entierros. Gracias a las dataciones radiocarbónicas, hoy en día se sabe que la cronología más antigua en Río Negro corresponde a aproximadamente 3.000 años AP. Hallazgos de esta edad se han registrado en sitios arqueológicos de la zona de bosques del sudoeste (sitio Población Anticura, cerca de S.C. de Bariloche), en la costa del golfo de San Matías (sitio San Antonio Oeste-Playón Cementerio, en cercanías de San Antonio Oeste), en las sierras de Pailemán (sitio Cueva Galpón, próximo a la localidad de Sierra Pailemán) y en los sectores medio e inferior del valle del río Negro (sitios Loma de los Muertos, cercano a General Conesa, y Laguna del Juncal, al sur de Viedma). En la zona de la meseta de Somuncurá, los hallazgos realizados hasta el momento suelen ser considerablemente más modernos, cercanos a los 300-200 años AP (sitios Aguada Cecilio y Cueva de las Cañas). Todas estas evidencias muestran que los antiguos pobladores enterraron a sus muertos en distintos tipos de paisajes (bosque, costa, valle y sierras) a lo largo del territorio rionegrino, probablemente en los mismos lugares donde habitaron.

Los modos de entierro

Los modos en que las personas dispusieron a sus muertos y llevaron a cabo los rituales y ceremonias fúnebres no fueron homogéneos. En la costa del golfo de San Matías, el estudio de las prácticas mortuorias ha demostrado que fueron variables a lo largo del tiempo. Desde los 3.000 a los 1.300 años AP aproximadamente, no se observan estructuras funerarias ni objetos acompañando a los cuerpos, y la forma de entierro es exclusivamente primaria. Se denomina

¹⁶ Cerca del año 2005 comenzaron a desarrollarse proyectos arqueológicos en la meseta de Somuncurá a cargo de Laura Miotti, en la costa del golfo de San Matías a cargo de Cristian Favier Dubois y Florencia Borella, y en el valle medio del río Negro a cargo de Luciano Prates y Emiliano Mange.

“entierro primario” a los casos en que se deposita al difunto y, como puede suceder en un cementerio de la actualidad, el hallazgo arqueológico es el de un esqueleto con sus huesos en posición anatómica natural o articulado. A partir de los 1.300 años AP continúan los entierros primarios, pero también comienza a registrarse en el área una nueva forma de disponer a los muertos: los “entierros secundarios”. Este tipo de práctica es mucho más compleja, puesto que implica distintos tipos de manipulación del cadáver. En principio, el entierro secundario implica la desarticulación del esqueleto y el reordenamiento de los huesos en posiciones no anatómicas para formar “paquetes o fardos funerarios”, conformados por los restos de uno o varios difuntos. Al día de hoy, tenemos conocimiento de dos maneras básicas de preparar al cuerpo para el entierro secundario: una posibilidad consistía en dejar que naturalmente los tejidos blandos se descompongan y desaparezcan dejando el cuerpo a la intemperie y/o bajo tierra; y, la otra, en descarnar el esqueleto con ayuda de instrumentos cuando el cuerpo estaba “fresco” o parcialmente descompuesto¹⁷. Además del reordenamiento anatómico, en algunos casos las partes del esqueleto son seleccionadas y dispuestas en forma tal que los huesos que conforman al paquete sigan patrones específicos (Figura 36).

Con frecuencia, las personas que decidían realizar los fardos funerarios con sus muertos, también teñían la superficie de los huesos con pintura¹⁸ -en general roja- y hasta plasmaban diseños en ellos. Según los investigadores, este cambio observado en la disposición y el tratamiento de los muertos (entre entierros primarios y secundarios), podría ser el correlato de un cambio de estrategia de uso del espacio, no solo por la capacidad de inhumar de forma ordenada a varios individuos en espacios más reducidos, sino porque algunos testimonios de los siglos XVIII y XIX señalan que los paquetes funerarios a veces eran trasladados grandes distancias antes de ser definitivamente enterrados. Un caso interesante es el de los “cráneos pintados” hallados en la bahía San Blas y descriptos por Milciades Vignati, que algunos investigadores han sugerido que podrían pertenecer a personas que vivieron en el sur de Cuyo.

17 Las tareas de descarnar y despostamiento son inferidas por los arqueólogos a través de las huellas de corte y raspado que los instrumentos de piedra dejan en los huesos.

18 En general, las pinturas se confeccionaban combinando minerales ferrosos (por ejemplo, hematita) con ácidos grasos (grasa animal u aceite vegetal).

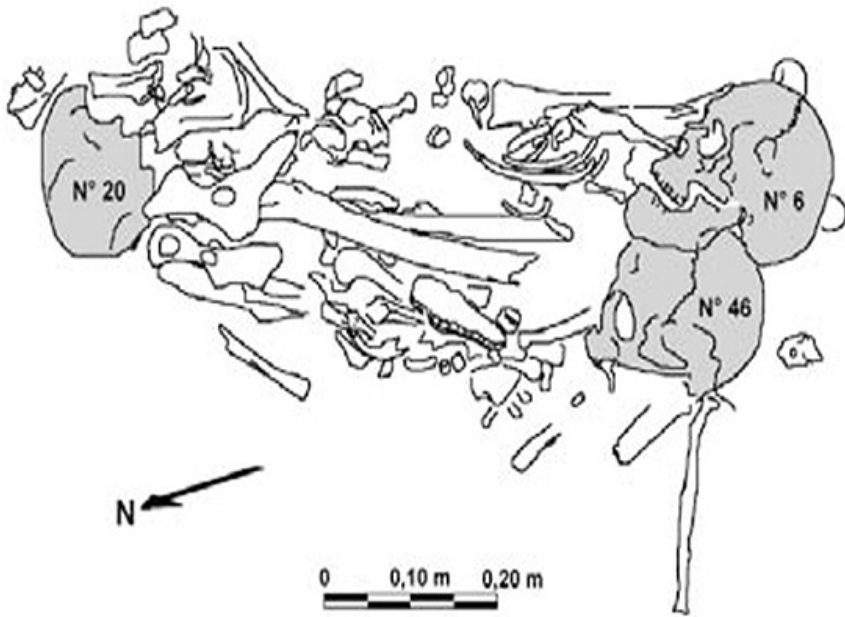


Figura 36. Paquete o fardo funerario del sitio arqueológico Paso Alsina 1 (provincia de Buenos Aires), excavado por Gustavo Martínez y equipo (tomada y modificada de Martínez *et al.* 2006).

Las costumbres funerarias

En el valle del río Negro, los entierros son abundantes y suelen hallarse en sectores sobre-elevados cercanos a cuerpos de agua, usualmente en la planicie aluvial del río. Así como en la costa, también se registra la presencia de entierros primarios y secundarios con pintura, aunque con menor certeza cronológica debido a la escasez de dataciones radiocarbónicas sobre estos últimos. En el valle se observa, además, un patrón particular: la coincidencia dentro de un mismo espacio de entierros humanos y diversos restos materiales (por ejemplo, restos de comida, artefactos rocas, etc.). Esta superposición espacial de restos humanos y otros tipos de evidencia arqueológica de tipo “residencial” fue observada por varios naturalistas, viajeros e investigadores, y tradicionalmente estos restos materiales fueron interpretados de dos maneras: a) como acompañamiento funerario (a

veces llamado “ajuar funerario”) ofrecido para servir a los muertos en una eventual vida trascendental; y b) como restos de festines llevados a cabo como parte de la ceremonia de entierro. A través de la reinterpretación de varios sitios y nuevas evidencias arqueológicas, actualmente no se apoya ninguna de estas dos hipótesis. Las características generales del registro material (cantidad, tipo y disposición) que coexiste espacialmente con los entierros, además de las grandes similitudes con otros sitios dentro del valle, permiten inferir que los hallazgos serían la expresión de actividades residenciales desempeñadas a lo largo del tiempo y no necesariamente relacionadas con un evento puntual de inhumación ni un grupo específico de personas. En cambio, se propone que este escenario de superposición entre lo ritual mortuorio y lo cotidiano, estaría dado por la concepción que los grupos tenían en relación a la muerte, que no implicaba la necesidad de separar el ámbito doméstico y el sagrado como se suele hacer en la actualidad con los cementerios. Entonces, en lugar de calificar a estos sitios bajo el nombre tradicional de “cementerios”¹⁹, puede plantearse que representan puntos del paisaje que fueron ocupados una y otra vez a través del tiempo (llamados por algunos investigadores “lugares persistentes”), y que pudieron haber sido elegidos por tener características especiales y cualidades que los hacen aptos para ciertas actividades (por ejemplo, cercanía a fuentes importantes de recursos). En este sentido, es probable que los grupos que habitaron el valle del río Negro hayan compartido y transmitido a lo largo de las generaciones ciertas ideas acerca de la muerte, de lo que constituye un lugar adecuado para realizar inhumaciones y de la ubicación de determinados sitios utilizados para enterrar a los muertos.

En la zona boscosa cerca de San Carlos de Bariloche y en la meseta de Somuncurá, el conocimiento respecto a las prácticas mortuorias no es tan completo como en la costa atlántica y en el valle del río Negro, debido al hallazgo de una menor cantidad de restos. En el caso del bosque, se destacan por su antigüedad (entre 3.000 y 1.500 años AP) los de cuatro individuos encontrados en superficie en el sitio Población Anticura, aunque se desconoce la posición y condiciones originales en que los cuerpos fueron dejados. Aunque con una edad mucho más moderna (640 años AP), en la isla Victoria ubicada en el lago Nahuel Huapi, se halló un entierro primario. Por otra parte, la zona de Somuncurá se caracteriza por presen-

¹⁹ Si bien el concepto arqueológico de “cementerio” aplicado a sociedades cazadoras-recolectoras puede definirse de muchas maneras, una de las características más importantes es la exclusividad, es decir, el uso de los lugares únicamente para los entierros.

tar entierros de menor antigüedad y, bajo dos modalidades particulares de disponer a los muertos. El primero consiste en entierros en “nicho”, es decir, la disposición de los cuerpos dentro de oquedades rocosas naturales poco profundas (sitios Cueva de Las Cañas en la meseta de Tromen Niyeu y Aguada Cecilio cerca de la localidad del mismo nombre) (Figura 37). El otro modo de entierro registrado es el tipo túmulo o “*chenque*”, que refiere a una acumulación de rocas de altura y diámetro variable bajo las cuales se depositan los restos del o los difuntos (Figura 37). Aunque aún no se han detectado *chenques* no saqueados o alterados, se han registrado varias estructuras probables en el sitio Manantial Ramos Mexía, próximo a la localidad de Ministro Ramos Mexía.

Por último, es interesante mencionar el caso particular del sitio Cueva Galpón, ubicado en las sierras de Pailemán. Este sitio, ocupado hace más de 3.000 años AP, está ubicado en el interior de una cueva donde se registraron, además de restos humanos, diversos e infrecuentes materiales arqueológicos (por ejemplo, un fragmento de cobre, cuentas de collar y una bolsa de cuero con cabello en su interior) y pinturas rupestres. Los restos humanos, que corresponden a más de diez individuos de ambos sexos y distintas edades, estaban muy mezclados y algunos de ellos asociados a “camas de paja”²⁰. Además, uno de los rasgos más sobresalientes de estos restos es que varios de ellos se encuentran parcialmente quemados. Si bien aún resta realizar análisis específicos, los estudios llevados a cabo hasta el momento sugieren que los huesos se quemaron dentro de la cueva, algunos de ellos con restos de tejido blando. Aunque el origen del fuego podría estar relacionado con rituales funerarios, hay evidencia que sugiere que pudo haberse iniciado por la combustión espontánea del abundante guano de murciélago que cubre el suelo de la cueva, fenómeno que a veces ocurre en este tipo de abrigos rocosos. La falta de evidencias de ocupación residencial, lo cual es llamativo debido a las buenas condiciones para acampar que usualmente tienen las cuevas (principalmente protección ante inclemencias climáticas), podría estar relacionada con las características del sistema serrano en el cual se halla la cueva, y principalmente a la ausencia de fuentes de agua (véase Capítulo 7). Por último, es interesante destacar que la asociación entre los restos humanos, varios de los objetos materiales y las pinturas rupestres señalan el profundo valor simbólico que esta cueva probablemente tuvo en el pasado.

20 En el sitio Cueva Galpón, las “camas de paja” corresponden a estructuras vegetales formadas por haces de pasto entrelazados y anudados a pequeños troncos o ramas gruesas (algunos de ellos de jarilla).



Figura 37. Distintas formas de depositar los cuerpos de los difuntos. Tipo nicho en el sitio Aguada Cecilio (arriba) y tipo *chenque* en la localidad santacruceña de Bahía Nodales (abajo) (la última es cortesía de Leandro Zilio).

Movilidad y dieta

Además de preocuparse por la antigüedad, las formas de entierro y las prácticas mortuorias, las investigaciones arqueológicas sobre restos humanos también han estado orientadas a la implementación de análisis químicos para tratar cuestiones como el desplazamiento de las personas en el territorio y el tipo de alimentos que consumían. Esto es posible a través del análisis de los “isótopos estables”²¹ de ciertos elementos químicos que están presentes en los huesos y dientes de los seres vivos. Para estudiar la movilidad en el pasado (o “paleomovilidad”), un elemento frecuentemente usado es el oxígeno, con sus variantes isotópicas “¹⁸O” y “¹⁶O”. Su aplicación en arqueología se basa en el principio que establece que la composición isotópica, es decir la relación entre ambas variantes de oxígeno en nuestros tejidos corporales (por ejemplo, hueso o esmalte dental), refleja principalmente la composición isotópica del agua que bebemos. Entonces, conociendo los valores de oxígeno de las fuentes de agua y comparándolos con los tejidos humanos, es posible inferir cómo se movió esa persona en un momento determinado de su vida (momento de formación del tejido analizado). Gracias a esta herramienta, hoy en día sabemos que las personas enterradas en el valle del río Negro consumieron probablemente agua del río Colorado localizado al norte, mientras que aquellos enterrados en el piedemonte de Somuncurá, tuvieron un consumo de agua principalmente local y hacia el oeste de la meseta.

Cuando se trata de estudiar el tipo de alimentos que las personas consumían en el pasado (“paleodieta”), los isótopos más utilizados son los del carbono (¹³C y ¹²C) y del nitrógeno (¹⁵N y ¹⁴N). La idea básica de su utilización en arqueología es similar a la del oxígeno, solo que en este caso el carbono y el nitrógeno darán cuenta de los alimentos consumidos. Los isótopos del carbono son buenos para estudiar los distintos tipos de recursos vegetales consumidos, por ejemplo, es posible distinguir entre ciertos tipos de plantas, como el maíz y el algarrobo. En el caso del nitrógeno, a medida que la persona consume proteína animal, los niveles de su cuerpo aumentan respecto del de los animales que consume. De este modo, teniendo como referencia los niveles de nitrógeno de los animales disponibles para alimentarse, es posible identificar qué tipo de recursos pudo haber consumido esa persona. Además, este isótopo es particularmente útil para detectar dietas marinas, que suelen tener altos

21 Los isótopos son átomos de un mismo elemento químico que poseen un mismo número de protones pero que difieren en la cantidad de neutrones en su núcleo, es decir, varían en su masa. Los isótopos estables presentan las mismas propiedades químicas (se unen o reaccionan con los mismos elementos), pero varían en sus propiedades físicas (velocidad de reacción y fuerza de las uniones).

niveles de nitrógeno. Hasta el momento, la mayor cantidad de resultados isotópicos relacionados con la dieta proceden de la costa del golfo de San Matías (véase Capítulo 5). La combinación de los isótopos de carbono y nitrógeno ha permitido inferir que en esta zona en momentos tempranos (3.000-2.000 años AP) el consumo de fauna marina habría sido predominante, y más tardíamente (1.500-400 años AP), la dieta se habría vuelto mixta, ampliándose con fauna terrestre (por ejemplo, guanaco y pequeños vertebrados), así como con recursos vegetales. Esto quiere decir que las personas que se asentaron, o que al menos fueron enterradas en la costa, explotaron distintos sectores del ambiente a través del tiempo, ya sea por decisión propia o por cambios ambientales.

Identidad grupal

Otro de los temas que ha sido recientemente abordado a partir de los restos humanos es el de la formación de la identidad grupal a través de cambios visibles en el cuerpo, de modo similar a como un tatuaje hoy en día puede identificar a un grupo particular de personas. En Patagonia, la parte del cuerpo que ha sufrido alguna modificación por parte de las personas en el pasado y que perdura a través del tiempo, es el cráneo. La modificación de la forma del cráneo se realizaba durante los primeros años de vida de los bebés y consistía, básicamente, en comprimir leve y diariamente la cabeza con el objetivo de ir orientando poco a poco su crecimiento y, así, obtener una forma deseada²² (Figura 38). Aunque este tipo de modificación puede producirse de forma no intencional (por ejemplo, por la posición de descanso del bebé), existe una gran cantidad de aparatos formados por vendas, tablas o almohadones que se encargan de realizar la tarea (Figura 38). El estudio de esta práctica ha llamado la atención de arqueólogos en todo el mundo porque se han registrado evidencias en todos los continentes y con varios miles de años de antigüedad. Uno de los aspectos más sobresalientes de esta práctica es que ha demostrado ser útil para distintas sociedades como mecanismo para plasmar y transmitir significados. Casos arqueológicos y etnográficos alrededor del mundo, y en contextos muy diversos, han demostrado la importancia de la forma de la cabeza como expresión de ideales (por ejemplo, religiosos, belleza o bélicos) o como indicador de diferencias de algún tipo (grupales, estatus social, casta o familia, género).

²² Es importante destacar que varias investigaciones, observaciones y relatos etnográficos señalan que no hay evidencias de que la modificación pueda traer aparejados problemas neurológicos u otros tipos de trastornos en la salud.

En el noreste de la Patagonia y sudeste de la región pampeana²³, resultados recientes muestran que no todos los individuos estaban modificados y que a lo largo del tiempo se utilizaron dos formas básicas de modificación del cráneo, una con achatamientos antero-posteriores de los 3.000 a los 1.500 años AP y, luego otra, principalmente achatada en la parte posterior del cráneo a partir de los 1.000 años AP. En base a esto se ha planteado que la modificación del cráneo pudo haber funcionado como una especie de “código” compartido que permitía a las personas que vivían en distintos sectores identificarse entre sí, de modo similar a como la indumentaria deportiva permite diferenciar simpatizantes de equipos futbolísticos hoy en día. En este caso, la forma básica de la cabeza se habría compartido regionalmente a lo largo del tiempo, independientemente de las variantes locales causadas por la utilización de diferentes aparatos modificadores. Entre las personas que habitaron Río Negro, las variantes dentro de cada forma básica, así como la cantidad de individuos modificados, derivaría de la autonomía que cada grupo familiar habría tenido sobre llevar a cabo o no la práctica, y de qué manera hacerlo.

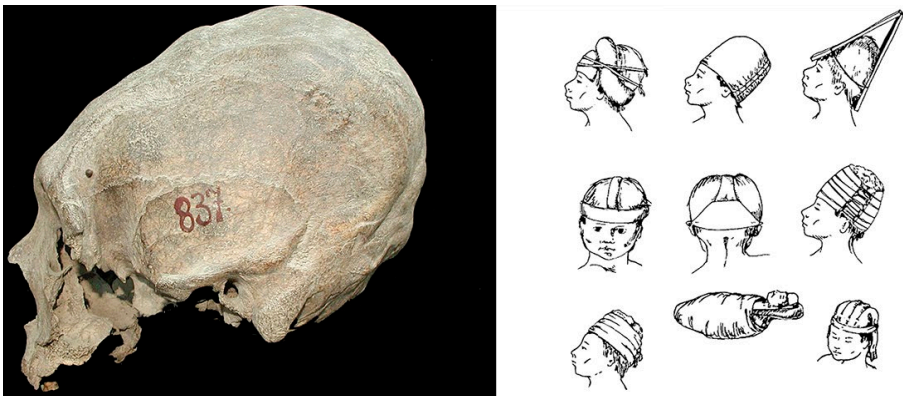


Figura 38. Cráneo procedente de la zona de la laguna del Juncal con evidencias de haber sido modificado intencionalmente durante la infancia; obsérvese el achatamiento en las zonas anterior y posterior (izquierda). Esquema mostrando diferentes tipos de aparatos para modificar la cabeza del infante (derecha).

²³ Hay ciertos fenómenos, tales como la construcción de identidad, que suelen estudiarse teniendo en cuenta grandes escalas espaciales.

COMUNIDADES ORIGINARIAS Y ARQUEÓLOGOS: RESPETO, ENTENDIMIENTO Y COLABORACIÓN

Hasta el momento, este capítulo se ha ocupado de explicar por qué la arqueología se vale de los restos humanos para estudiar el pasado, y de mencionar algunos aspectos que hemos comenzado a comprender acerca de la vida en el antiguo territorio rionegrino gracias a ellos; pero no se han mencionado los códigos éticos y marcos regulatorios que implican el estudio de los restos de personas. En nuestro país, la Asociación de Antropología Biológica Argentina (AABA) ha consensuado ciertas normas en relación al estudio, conservación y gestión de los restos humanos del pasado. El Código Deontológico o ético de la AABA explicita los requisitos necesarios para emprender cualquier tipo de estudio o tratamiento sobre restos humanos, y subraya que deben ser tratados con dignidad, sensibilidad y respeto, además de atender a la diversidad de concepciones que puede haber sobre estos aspectos²⁴. Más allá de los marcos regulatorios y legales referidos al tratamiento de estos restos, gran parte de los avances en esta materia se han dado como fruto de las luchas y reivindicaciones llevadas a cabo por las comunidades originarias desde hace décadas. Las fuertes tensiones entre los distintos sectores interesados en el destino de los restos (las comunidades originarias y pobladores no indígenas, los investigadores, y el Estado) han comenzado poco a poco a adoptar formas concretas de acción colectiva orientadas a lograr un balance que legitime los reclamos originarios y respete a todas las partes: restitución, co-gestión o gestión colaborativa y creación espacios de encuentro y reflexión conjunta.

Desde hace alrededor de dos décadas que la restitución de restos humanos arqueológicos a comunidades originarias está sancionada como Ley Nacional (n° 25.517)²⁵. A través del pedido de distintas colectividades originarias, se ha logrado que varios restos alojados en instituciones puedan ser re-enterrados. La primera restitución exitosa de restos humanos albergados en instituciones con fines científicos en la Argentina fue la del Cacique Inacayal²⁶ (Comunidades Mapuche–Tehuelches, provincia de Chubut), enterrado en Tecka en el año 1994. Desde entonces, son varios los reclamos que han sido escuchados y atendidos. Algunos ejemplos destacados son los de *Panguitruz Güor*, también co-

²⁴ Una de las expresiones más evidentes del trato digno hacia los restos humanos es la no exposición en los museos.

²⁵ Si bien la Ley de Restitución (Ley 25.517) fue sancionada en el año 2001, fue reglamentada recién en el año 2010 (Decreto 701/2010).

²⁶ El 21 de noviembre de 2014, el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP) aprobó por unanimidad la restitución complementaria de otros restos mortales pertenecientes al Cacique Inacayal.

nocido como Mariano Rosas (Pueblo Ranquel, provincia de La Pampa), *Kryggi*-Damiana- (Federación Nativa Aché, Paraguay), Margarita Foyel (Comunidades Mapuche-Tehuelches, provincia de Chubut) o la reciente restitución de los restos correspondientes a nueve personas Qom a la Colonia Aborigen Napalpí (provincia de Chaco). Ligado a este tipo de experiencias entre grandes instituciones museísticas y colectividades que buscan reivindicación, también han surgido nuevas iniciativas a menor escala entre los investigadores y las comunidades locales. Por ejemplo, en la localidad de Puerto Santa Cruz (provincia de Santa Cruz), el equipo de investigación dirigido por Ricardo Guichón y la Comunidad Mapuche-Tehuelche *Lof Fem Mapu* han creado un “Reservorio Transitorio Cogestionado” para albergar restos mortales, cuyo objetivo principal es recibir restos ya analizados y garantizar el resguardo apropiado. Uno de los aspectos más importantes de este caso es el logro de un espacio concreto y práctico de gestión colaborativa intercultural, que tiene en cuenta las visiones e intereses de todas las partes.

La comunicación y colaboración entre investigadores y comunidades también ha adoptado distintas formas según los lugares y contextos. En el nordeste de Chubut, la arqueóloga Julieta Gómez Otero recibió y respetó una solicitud por parte de referentes de las comunidades originarias de la zona para cesar con los rescates arqueológicos de restos humanos. Posteriormente, producto de la no intervención arqueológica, nuevos enterratorios humanos fueron saqueados y destruidos. Con el objetivo de evitar situaciones similares, los investigadores impulsaron y abogaron por generar una mesa de diálogo y trabajo para analizar, debatir y consensuar prácticas frente a esta clase de problemáticas de interés común. Gracias a esto, recientemente un colectivo conformado por organismos de pueblos originarios, gubernamentales e investigadores lograron sancionar un “Protocolo del tratamiento de restos humanos arqueológicos”. Un caso diferente de colaboración es el de la solicitud realizada al Museo de La Plata por la comunidad Wichi *Afwenchehos* “Pajarito” (provincia de Formosa). Con el objetivo de legalizar y reivindicar sus derechos de territorio, la comunidad solicitó la exhumación y el análisis forense de algunos de sus ancestros. Finalmente, gracias a los resultados bioantropológicos y arqueológicos generados por el equipo de investigación, la comunidad logró legitimar legal y científicamente su reclamo²⁷. Otros ejemplos demuestran situaciones de acción participativa horizontal e interactiva de las comunidades originarias en el desarrollo de proyectos arqueológicos. En este sentido, el trabajo llevado a

27 Documental elaborado por el Centro de Producción Audiovisual (Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP): https://www.youtube.com/watch?v=tf3Bv_ADC28.

cabo en el Parque Nacional Lihué Calel (provincia de La Pampa) representa un ejemplo a destacar. Allí se localiza el cementerio sitio Chenque I, que dispone de un sendero de interpretación guionado en forma conjunta por la investigadora Mónica Berón y representantes del Pueblo *Rankülche*. De este modo, se conjugan los saberes, valores y cosmovisiones de ambas partes involucradas en la construcción del pasado, al tiempo que se enfatiza sobre los modos de vida de los antiguos pobladores del área.

Además de estos encuentros, desde hace tiempo se han abierto nuevos espacios de diálogo y reflexión entre investigadores y comunidades con respecto a los restos humanos. Debido a la creciente demanda y visibilización de los reclamos de las comunidades, así como de la necesidad por parte de los investigadores de generar e implementar herramientas adecuadas para atenderlas y desarrollar sus investigaciones, a partir del año 2011 comenzaron a darse una serie de encuentros llamados “Taller de Restitución de Restos Humanos de Interés Arqueológico y Bioantropológico (TaDiRH)”. La finalidad de estos encuentros es acordar y definir políticas institucionales coherentes con las demandas de las comunidades en lo que respecta al tratamiento de sitios y repositorios de restos mortales prehispánicos. Si bien en un principio estos talleres se centraron en las experiencias y el debate de los investigadores, actualmente participan también miembros de las comunidades. De forma relativamente contemporánea con la institucionalización de este nuevo espacio, el encuentro entre las comunidades y los arqueólogos comenzó a darse formalmente en reuniones científicas regionales a través de mesas de diálogo (por ejemplo, en las VIII Jornadas de Arqueología de la Patagonia, en el año 2011); y también en eventos nacionales, como el simposio “Pueblos originarios y arqueología: reflexiones, críticas, propuestas y diálogo intercultural” del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina en el año 2013.

Los casos mencionados en este apartado son solamente algunos ejemplos de un conjunto de acciones deliberadas cada vez más frecuentes y orientadas a fortalecer los lazos entre investigadores y comunidades originarias. Varios de estos casos han sentado precedente y son modelos a considerar con el objetivo de crear espacios de discusión horizontales y multiculturales. Lejos de representar una dicotomía y de constituirse como actores opuestos, las comunidades y los arqueólogos son ambos responsables de velar por la protección y el respeto hacia los restos mortales prehispánicos, así como de combinar conocimientos, valores y cosmovisiones con el objetivo de construir conjuntamente un pasado que dé cuenta de los modos de vida de los antiguos pobladores, que sea reivindicante y que respete las sacralidades. En definitiva, de crear un co-

nocimiento amplio que contemple los aportes de todas las partes y contribuya a consolidar la identidad.

LOS RESTOS HUMANOS Y LAS “RAZAS” EN PATAGONIA

Para finalizar, es necesario hacer una pequeña reflexión sobre los restos humanos y las “razas” en Patagonia. Algunos conceptos raciales asociados a los pueblos patagónicos, como “láguidos” o “pámpidos”, han trascendido el ámbito académico y suelen ser utilizados en la actualidad para hacer referencia a distintos grupos étnicos que existieron y que siguen existiendo en la región (por ejemplo, tehuelche, araucano/mapuche, yámana). Esto es así porque buena parte del siglo XX estuvo dominada por un enfoque teórico que buscaba organizar y resumir la complejidad de la variación biológica humana en “tipos” o “razas” definidos por características biológicas y culturales específicas. En 1938, el antropólogo José Imbelloni publicó un trabajo conocido como “Tabla clasificatoria de los indios”, que sería en lo sucesivo adaptado a las distintas regiones de nuestro país, y que planteaba la existencia de tres razas en la Patagonia: fuéguida, pámpida y ándida. Este trabajo fue muy influyente y constituyó la base de un destacado trabajo posterior: “Los antiguos Patagones. Estudio de craneología” de Marcelo Bórmida. En base a observaciones y mediciones sobre cráneos, este autor refinó las descripciones y la clasificación anterior, y definió los grupos raciales que habrían poblado la región en distintas y sucesivas etapas. Estos esquemas clasificatorios concebían a los grupos humanos como agrupaciones de individuos con características físicas y culturales similares, incapaces de cambiar a través del tiempo, excepto cuando eran influenciadas por migraciones de otros grupos. Dentro de este marco, la variación o diversidad -tanto biológica como cultural- al interior de cualquier población quedaba ignorada casi por completo. Esto implicaba que a cada uno de los grupos patagónicos, le correspondía una forma de cráneo distintiva y un conjunto específico de rasgos culturales.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la forma de pensar y concebir a los grupos humanos comenzó a cambiar en nuestro país, siguiendo las tendencias de otros lugares del mundo. Éstos dejaron de ser vistos como compartimentos estancos, donde las características biológicas se asociaban en forma directa con lo cultural, y el interés de las investigaciones pasó de la clasificación racial a comprender los motivos de la diversidad biológica, que hasta entonces era ignorada. Poco a poco, la relación directa entre características físicas y culturales fue rompiéndose. Las denominaciones raciales fueron dejadas de lado y

comenzó a aceptarse una complejidad mucho mayor en cuanto a las relaciones entre grupos humanos y a los motivos de su diversidad. Hoy en día hay un consenso general entre los investigadores en cuanto a que los grupos no estaban naturalmente aislados unos de otros, sino que había en general mucho contacto e intercambio genético, y que a su vez, gran parte de la variación de las características físicas observadas está también relacionada con la actuación de algunos procesos biológicos complejos que actúan a escalas locales y según el contexto ambiental. Es decir, hoy queda claro que el concepto de “raza” no es adecuado para entender la variabilidad de los seres humanos, cuya diversidad no puede ser explicada por un concepto tan poco flexible.

LECTURAS SUGERIDAS

- Aranda C., G. Barrientos y M. Del Papa. 2014. Código deontológico para el estudio, conservación y gestión de restos humanos de poblaciones del y pasado. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 16 (2): 111-113.
- Ametrano S. J. 2015. Los procesos de restitución en el Museo de La Plata. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 17 (2): 1-13.
- Mariano C. 2011. Prácticas mortuorias y registro bioarqueológico en la costa rionegrina del golfo San Matías, Argentina. *Intersecciones en antropología* 12 (1): 17-25.
- Hajduk A., A. Albornoz y M. Lezcano. 2007. Nuevos pasos en pos de los primeros bariloichenses. *Arqueología del Parque Nacional Nahuel Huapi. Patrimonio Cultural: la gestión, el arte, la arqueología y las ciencias exactas aplicadas*: 175-194.
- Prates L. y V. Di Prado. 2013. Sitios con entierros humanos y ocupaciones residenciales en la cuenca del Río Negro (Norpatagonia, Argentina): diacronía y multicausalidad. *Latin American Antiquity* 24 (4): 451-466.

9

Arqueología y patrimonio

Daniela Saghessi y Adolfo Eliges

En el caso de nuestro país, y en particular de Norpatagonia, todos los hechos históricos fueron relatados (a partir del siglo XVI) desde la mirada de la sociedad conquistadora y se encuentran mediados por sus ideas y experiencias. Sin embargo, como hemos visto a lo largo de este libro, el territorio actual de Río Negro fue poblado hace miles de años por sociedades indígenas que no utilizaron ningún tipo de escritura formal. A pesar de esto, se preserva una versión local de aquella historia (o historias) en la memoria individual y colectiva de los descendientes de estos pueblos que fue transmitida oralmente, de generación en generación, y comprende tradiciones que no se encuentran plasmadas en los documentos históricos. Por su parte, la Arqueología nos ofrece una ventana alternativa a ese pasado a través de los restos materiales que de aquellas sociedades y de sus actividades han quedado preservados en la tierra. Estos dos tipos de registro, oral y material, son bienes patrimoniales esenciales para la construcción de nuestra historia e identidad. Abordar los restos arqueológicos como un acervo genuino de miles de años de historia y, por lo tanto, como bienes patrimoniales que necesitan ser protegidos, resguardados y estudiados, será el tema central de este capítulo.

¿QUÉ ES EL PATRIMONIO CULTURAL?

En términos generales, el patrimonio es todo aquello que una sociedad considera digno de ser conservado, independientemente de su interés utilitario. Ese patrimonio podría dividirse en dos grandes conjuntos, patrimonio cultural y patrimonio natural; el primero incluye, entre otras cosas, a las obras arquitectónicas y a los lugares naturales transformados por los humanos y, el segundo, las formaciones naturales sobresalientes (por ejemplo, geológicas) y las zonas protegidas por su biodiversidad (por ejemplo, la selva amazónica). Inicialmente, la noción de patrimonio cultural hacía referencia a un legado histórico y social de generaciones pasadas, formado por un conjunto de bienes materiales con cierto valor histórico, científico o artístico. En el año 2004, se introduce un importante componente al concepto de patrimonio cultural. En una conferencia internacional realizada en la ciudad de Tokio, se proclama el concepto de “patrimonio intangible” o “inmaterial” que incluye al conjunto de las manifestaciones culturales y de las tradiciones transmitidas generacionalmente, como las lenguas, los relatos y cuentos populares, la música y la danza, las fiestas, las tradiciones culinarias y la artesanía. También se estableció una nueva categoría patrimonial, los bienes mixtos, que incluyen a los paisajes culturales, es decir, paisajes naturales con un importante impacto antrópico (por ejemplo, el santuario de Machu Pichu en Perú). Estos paisajes fueron creados intencionalmente por los humanos en el pasado y aún cumplen una función social. Así, el patrimonio cultural de un pueblo queda definido por todas sus obras materiales y no materiales, por los lugares que crea y en los que habita, y por los restos de sus antepasados que han perdurado en el tiempo.

EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO

El patrimonio arqueológico comprende cualquier evidencia de la existencia de grupos humanos en el pasado, es decir, todo tipo de registro arqueológico. Se incluyen lugares donde se haya realizado alguna actividad, estructuras y objetos materiales muebles e inmuebles que se encuentren en la superficie, el subsuelo, o bajo las aguas. Entre estos bienes culturales podemos encontrar restos humanos, desechos de comida (como los huesos, las cáscaras de huevos, las valvas de moluscos, los frutos, las semillas, etc.), artefactos de piedra (puntas de flecha, morteros, bolas de boleadora, hachas, sobadores, etc.), objetos de cerámica (vasijas, platos, cántaros, etc.), adornos personales (cuentas de collares, colgantes, etc.), construcciones arquitectónicas (restos de viviendas, esculturas, terrazas de cultivo, etc.), entre otros. Además, en muchos casos se trata de objetos que han sido utilizados y abandonados en el lugar en que fue-

ron hallados, lo cual permite conocer aspectos cotidianos de sus vidas. Aún en épocas históricas, es decir para las cuales se cuenta con registros escritos, los objetos arqueológicos pueden aportar evidencia que complementa o ponen en discusión la información proveniente de esas fuentes.

EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

Como hemos visto a lo largo de este libro, el contexto es uno de los principales atributos del registro arqueológico e incluye el espacio físico donde los objetos arqueológicos fueron utilizados, descartados, abandonados y luego descubiertos, y también las relaciones o asociaciones entre los distintos objetos. Su preservación es fundamental para el estudio científico ya que, a través del análisis sistemático de la ubicación de cada objeto se puede comprender sus procesos de producción y las relaciones que existieron entre ellos, las personas y su entorno original. Sin embargo, puede suceder que encontremos estos bienes patrimoniales alejados de sus ámbitos originales y agrupados con criterios arbitrarios, como ocurre en las colecciones privadas o particulares. En la mayoría de los casos, la valiosa información contextual de las piezas se perdió y no puede recuperarse, debido al desconocimiento de su importancia y por la falta de sistematicidad en los métodos de recolección y registro.

Los coleccionistas aficionados suelen hacer una selección estética de los objetos recolectados, descartando aquellos que no resultan atractivos por su estado o abundancia. Esto genera la pérdida de la información referida a las relaciones entre artefactos y con el medio que los contenía. De esta forma, es importante reconocer, por un lado, que las colecciones privadas de objetos arqueológicos han resguardado piezas fundamentales de nuestro patrimonio de la destrucción, que estos conjuntos han contribuido con las investigaciones arqueológicas y que, en muchos casos, pasaron a formar parte de museos públicos. Pero, por otro lado, es fundamental tomar conciencia que la recolección privada de materiales arqueológicos produce un daño irreversible sobre el patrimonio. Como fue señalado en el Capítulo 1, un mismo artefacto puede dar lugar a interpretaciones muy diferentes, dependiendo de dónde fue recuperado.

PATRIMONIO Y LEGISLACIÓN

En nuestro país, la importancia de resguardar el patrimonio arqueológico es reconocida oficialmente en 1913, cuando se sanciona la Ley Nacional 9080. Esta establece por primera vez la jurisdicción federal sobre los sitios arqueológicos y paleontológicos, poniendo bajo su alcance no solo a los bienes

patrimoniales hallados en su lugar original, sino también aquellos que se encuentran en colecciones privadas. A partir de entonces, el Estado nacional se presenta como el principal agente de protección del patrimonio cultural, en general, y del arqueológico en particular. Con la reforma de la Constitución Nacional de 1994, se reconoció la soberanía provincial sobre los sitios arqueológicos. Desde ese momento, aunque sigue habiendo una coordinación del Estado nacional, las políticas de protección quedan en manos de los organismos pertinentes de cada provincia (art. 41 de la Constitución Nacional).

En el año 2003, la sanción de la Ley 25743 de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico estableció las tareas correspondientes a los organismos nacionales y provinciales. Se asignó a las provincias la creación de un organismo a cargo de la aplicación de la ley, el registro de sitios y colecciones, y la concesión de permisos para realizar investigaciones en su territorio. Asimismo, corresponde al Estado nacional la protección del patrimonio arqueológico y paleontológico, y su defensa y custodia en el ámbito internacional, mediante la prevención y sanción de importaciones o exportaciones ilegales. Las autoridades de aplicación de la ley a nivel nacional son el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL), en lo referente al patrimonio arqueológico, y el Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, sobre el patrimonio paleontológico. Ambas instituciones se encuentran en la ciudad de Buenos Aires y son las responsables de constituir y sostener los registros nacionales de yacimientos, colecciones y restos arqueológicos y paleontológicos, en coordinación con las respectivas instituciones provinciales. Además, Argentina ratificó todas las Convenciones de la UNESCO aplicables al patrimonio cultural, que tienen la finalidad de garantizar la protección de los bienes culturales en caso de conflictos armados, la prohibición de la importación, la exportación y la transferencia ilícita de los bienes culturales, y la protección del patrimonio cultural subacuático e inmaterial, ampliándose el rango de aplicación de estas normas tanto a los bienes inventariados por el Estado como a los no registrados.

La provincia de Río Negro cuenta con una normativa patrimonial acorde con la legislación descripta. En 1996, se sancionó la Ley 3041 sobre la Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico. Esta ley tiene como objetivos la protección, la conservación, el acrecentamiento y la recuperación del patrimonio arqueológico y paleontológico, así como la regulación de las actividades relacionadas con la investigación y el aprovechamiento científico y cultural de dicho patrimonio. También define los objetos arqueológicos y los yacimientos, y qué debe entenderse por excavaciones, prospecciones, hallazgos casuales e investigaciones. Se remarca la importancia de considerar a

los yacimientos arqueológicos y paleontológicos, y a los objetos que allí se encuentren, como bienes inajenables, es decir, que no se puede ni debe extraerse un beneficio económico de ellos. La ley prevé la creación de un registro para todos los bienes arqueológicos y paleontológicos, muebles e inmuebles, públicos y privados, que se encuentren en la provincia. Actualmente, el organismo encargado de llevar a cabo estas tareas es la Secretaría de Cultura, dependiente del Ministerio de Turismo, Cultura y Deporte de Río Negro. Además, desde el año 2015, funciona en la provincia la dirección de Patrimonio y Museos que tiene entre sus objetivos principales fomentar la conservación y la valorización del patrimonio arqueológico.

PATRIMONIO, IDENTIDADES, EDUCACIÓN Y TURISMO

El patrimonio cultural, en general, y el arqueológico en particular, son elementos que se integran en los procesos de construcción de las identidades y la memoria colectiva de las sociedades. Conforman un conjunto vasto de objetos, lugares, saberes y prácticas, cuyo significado es cambiante y refleja un ideario común en un momento determinado. Existen varias instituciones que intervienen en las tareas de protección, conservación y visibilización del patrimonio, entre las que se destacan los museos locales. Estas instituciones son esenciales como reservorio y lugar de protección del patrimonio y la construcción y definición de las historias locales. Es deseable entonces que estos establecimientos funcionen como puntos de encuentro y diálogo entre los científicos que investigan el patrimonio y la comunidad local. Por ejemplo, mediante la planificación y ejecución de actividades concretas (talleres, charlas, muestras, visitas guiadas) que vuelvan socialmente accesibles los resultados de esas investigaciones en ámbitos públicos, en general, y educativos, en particular (Figura 39).

Los museos pueden además contribuir con el desarrollo local y regional en la medida que sean considerados como una atracción turística. A lo largo de la provincia de Río Negro hay actualmente más de 30 museos. Un problema recurrente que perjudica su funcionamiento como centros de resguardo del patrimonio, de investigación y de educación, es la falta de continuidad de las políticas de apoyo a los proyectos y ofertas de los museos locales y provinciales. Esto ha llevado, desde hace décadas, incluso al cierre de algunos de estos espacios, con la pérdida y desarticulación de colecciones enteras. La puesta en valor del patrimonio y de los museos permite realizar planes de turismo sustentable, favorecer las investigaciones en el ámbito local y fortalecer la identidad cultural de la comunidad.



Figura 39. Taller realizado por arqueólogos y arqueólogas en el Museo Paleontológico de Lamarque.

Desde los últimos años se están realizando, a lo largo de la provincia, diferentes acciones que buscan promover la apropiación y re-significación de la historia prehispánica regional a través de la valorización y protección del patrimonio arqueológico local. El trabajo colaborativo entre los pobladores y los museos locales para dar aviso sobre el hallazgo de sitios arqueológicos y la ejecución de proyectos de extensión destinados a la puesta en valor de los materiales de colecciones privadas por parte de los equipos de investigación autorizados son algunos ejemplos concretos de estas acciones que, en última instancia, buscan generar un nuevo espacio de encuentro y diálogo entre los saberes científicos y la comunidad.

LECTURAS SUGERIDAS

- Berberían E. y M. Berberían. 2009. La ley nacional 25.743 de Protección del patrimonio arqueológico y paleontológico. Conductas ilícitas y sanciones. Cuadernos de Seguridad. Buenos Aires, pp. 61-88.
- Endere M. L., M. Mariano, M. E. Conforti y C. Mariano. 2015. La protección legal del patrimonio en las provincias de Buenos Aires, La Pampa y Río Negro. Viejos problemas y nuevas perspectivas. *Intersecciones en Antropología* 16. Buenos Aires, pp. 207-219.

- ICOMOS. 1990. Carta Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico. Asamblea General del International Council of Monuments and Sites (ICOMOS). Lausana.
- Pérez Gollán J. M. 1991. En el país del Nomeacuerdo. La situación del patrimonio cultural en la Argentina. Mesa Redonda. *Ciencia Hoy* 3 (16). Buenos Aires.
- UNESCO. 1972. Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural. UNESCO. Paris, pp. 140-173.
- UNESCO. 2005. Conferencia internacional por la globalización y la herencia cultural intangible. United Nations University, Tokyo.

AZARA

FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

La Fundación Azara, creada el 13 de noviembre del año 2000, es una institución no gubernamental y sin fines de lucro dedicada a las ciencias naturales y antropológicas. Tiene por misión contribuir al estudio y la conservación del patrimonio natural y cultural del país, y también desarrolla actividades en otros países como Paraguay, Bolivia, Chile, Brasil, Colombia, Cuba y España.

Desde el ámbito de la Fundación Azara un grupo de investigadores y naturalistas sigue aún hoy en el siglo XXI descubriendo especies –tanto fósiles como vivientes– nuevas para la ciencia, y en otros casos especies cuya existencia se desconocía para nuestro país.

Desde su creación la Fundación Azara contribuyó con más de cien proyectos de investigación y conservación; participó como editora o auspiciante en más de doscientos libros sobre ciencia y naturaleza; produjo ciclos documentales; promovió la creación de reservas naturales y la implementación de otras; trabajó en el rescate y manejo de la vida silvestre; promovió la investigación y la divulgación de la ciencia en el marco de las universidades argentinas de gestión privada; asesoró en la confección de distintas normativas ambientales; organizó congresos, cursos y casi un centenar de conferencias.

En el año 2004 creó los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realizan cada dos años. Desde el año 2005 comaneja el Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, vecino al Parque Nacional Iguazú, en la provincia de Misiones. En sus colecciones científicas –abiertas a la consulta de investigadores nacionales y extranjeros que lo deseen– se atesoran más de 200.000 piezas. Actualmente tiene actividad en varias provincias argentinas: Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Chaco, Catamarca, San Juan, La Pampa, Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y Santa Cruz. La importante producción científica de la institución es el reflejo del trabajo de más de setenta científicos y naturalistas de campo nucleados en ella, algunos de los cuales son referentes de su especialidad.

La Fundación recibió apoyo y distinciones de instituciones tales como: Field Museum de Chicago, National Geographic Society, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, Fundación Atapuerca, Museo de la Evolución de Burgos, The Rufford Foundation, entre muchas otras.

www.fundacionazara.org.ar
www.facebook.com/fundacionazara
www.instagram.com/fundacionazara/



DELIVERY de LIBROS:

Ingresá a **www.vmeditores.com.ar**

Comprá online el libro que quieras y recibilo cómodamente en tu domicilio. Envíos a todo el mundo.

www.facebook.com/vmeditores
www.instagram.com/vmeditores



Más de 80.000 años pasaron desde que los primeros seres humanos modernos salieron de África hasta que pisaron por primera vez el territorio actual de Río Negro hace algo más de 13.000 años. Enfrentando el desafío de avanzar sobre un territorio desconocido y nunca antes pisado por nuestra especie, integraron a su propia vida cada rasgo del nuevo paisaje, ocupando progresivamente y adaptándose a una gran diversidad de ambientes, desde los bosques andinos de la región cordillerana hasta las áridas costas del océano Atlántico.

Estos grupos habrían organizado el uso de recursos, el sistema de asentamiento y la movilidad sobre la base de la captura de animales y de la recolección de vegetales. Vivían en grupos constituidos por unas pocas familias que se desplazaban grandes distancias (hasta cientos de kilómetros en pocas semanas) basándose en un profundo conocimiento del territorio y sus recursos. El paisaje natural era concebido y utilizado a partir de un complejo sistema social, económico y simbólico.

Este libro recorre la historia de las ocupaciones humanas en el territorio actual de la provincia de Río Negro, desde el poblamiento temprano hasta el contacto hispano-indígena. Siguiendo un criterio cronológico y geográfico, se define el campo de la arqueología y su relación con otras disciplinas, e incluye aspectos como el problema del poblamiento inicial en el contexto social y paleo-ambiental, las ocupaciones durante el Holoceno medio, la variabilidad y complejidad social durante los últimos milenios, la arqueología funeraria y el patrimonio arqueológico. Una obra necesaria para la generación de conocimiento sobre las sociedades prehispanicas y para la construcción de la identidad de la sociedad actual y los desafíos futuros de los estudios sobre el pasado.